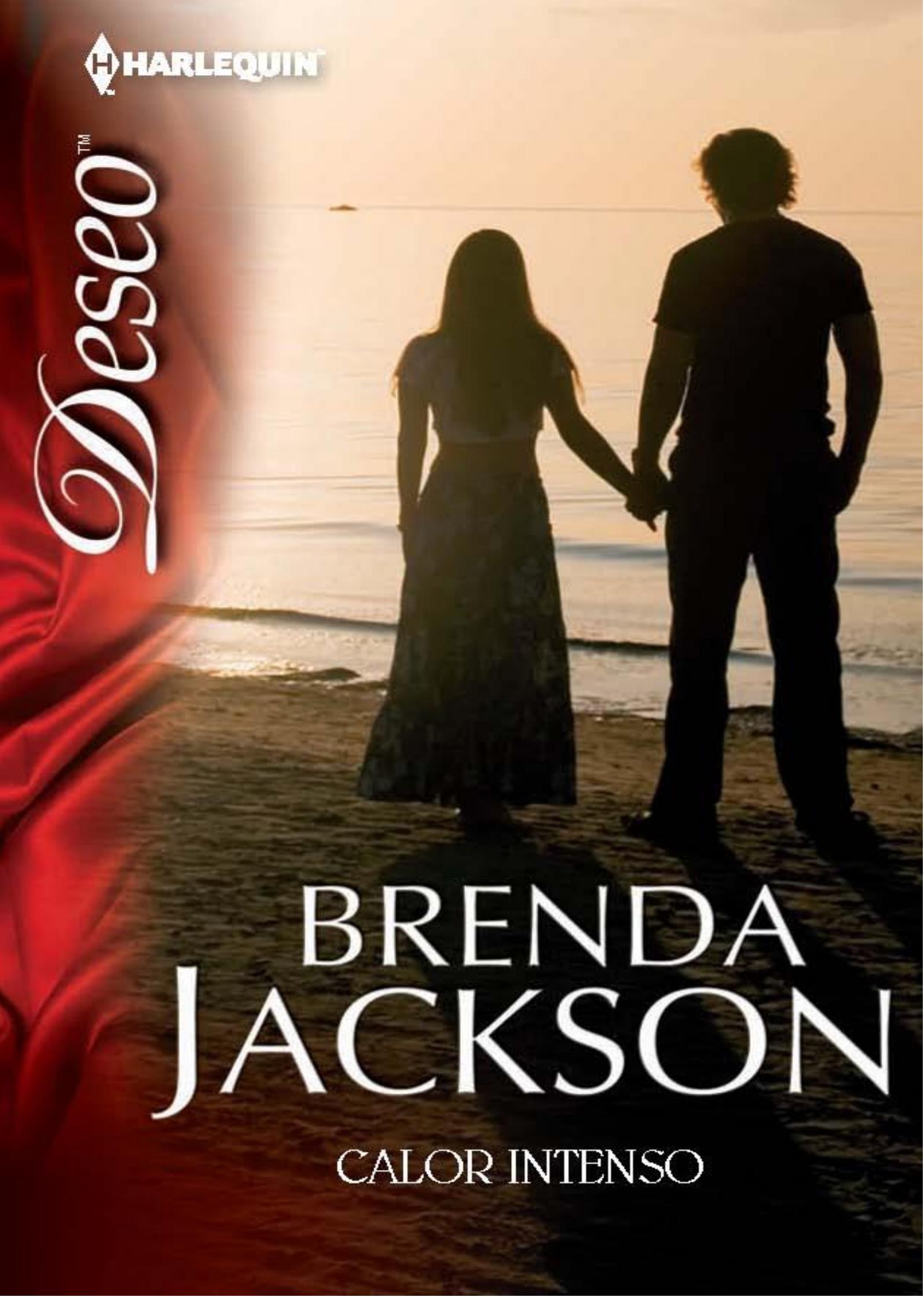




HARLEQUIN™

Desee™



BRENDA  
JACKSON

CALOR INTENSO



# BRENDA JACKSON

## Calor Intenso

22º de la Serie Los Westmoreland

Feeling the heat (2012)

**Calor intenso** (2012)

**Título original:** Feeling the heat (2012)

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Deseo 1875

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Micah Westmoreland y Kalina Daniels

### ARGUMENTO:

*En los brazos de una pasión abrasadora*

Aunque la aventura que el doctor **Micah Westmoreland** había tenido hacía mucho tiempo con **Kalina Daniels** había terminado demasiado repentinamente, sabía que ella no lo había olvidado. Y ahora que estaban trabajando codo con codo, no podía ignorar las chispas que todavía saltaban entre los dos. En aquella ocasión, Micah no se plantearía sus motivos, sino que se limitaría a hacerla suya.

### SOBRE LA AUTORA:



**Brenda Jackson** vive en la misma ciudad donde nació, Jacksonville (Florida). Se graduó en el colegio William M. Raines, y estudió administración de empresas en la universidad de Jacksonville. Está casada desde hace 34 años con su amor del colegio y tiene dos hijos de 28 y 26 años. Actualmente trabaja en una compañía de seguros.

Comenzó a escribir en 1994, con su libro *Tonight and Forever*, que introdujo a la Familia Madaris, que ha enganchado a numerosos lectores con su sentido del humor. Es miembro de Romance Writers of America y fundadora de Women Writers of Color. Durante años ha recibido numerosos premios, y es la primera autora afroamericana de romance en aparecer en USA Today's Bestseller's List.



## CAPÍTULO 01

Micah Westmoreland miró al otro extremo de la sala de baile a la mujer que acababa de llegar y de inmediato sintió que se le contraían las entrañas. Kalina Daniels era indudablemente hermosa, sensual en cada sentido de la palabra.

La deseó desesperadamente.

Mientras bebía un sorbo de champán en sus labios se asomó la sombra de una sonrisa.

Pero si conocía a Kalina, y la conocía, lo despreciaba y aún no lo había perdonado por lo que los había separado dos años atrás. Reinaría un día helado en el infierno antes de que dejara que se acercara a ella, lo que significaba que volver a compartir su cama quedaba descartado.

Respiró hondo y, a pesar de la distancia, le dio la impresión de que podía captar su fragancia. Tampoco podía desterrar los recuerdos del tiempo que habían compartido estando en Australia. Y había habido muchos. Incluso en ese momento, no requería mucho recordar el susurro de su aliento justo antes de que su boca...

—¿Es que aún no has aprendido la lección, Micah?

Miró ceñudo al hombre de pie frente a él. Era evidente que su mejor amigo, Beau Smallwood, también se había percatado de la entrada de Kalina, y Beau, más que cualquier otro, conocía la historia que habían tenido.

—¿Debería? —preguntó apoyándose en los talones.

Beau apenas sonrió.

—Sí, si no lo has hecho, claro que deberías. ¿He de recordarte que yo estaba presente aquella noche en que Kalina terminó mandándote al infierno y ordenándote que no le volvieras a hablar jamás?

Micah se encogió, recordando también esa noche. Beau tenía razón. Después de que Kalina hubiera oído casualmente lo que consideró la verdad, le dijo que se fuera a un lugar indecente en diversos idiomas. Hablaba bien tantos. Las palabras podrían haber sonado extrañas, pero el significado había sido de una claridad meridiana. No quería verlo otra vez. Nunca.

—No, no tienes que recordarme nada —se preguntó qué diría cuando lo viera esa noche. ¿Habría pensado que estaría allí? Después de todo, esa ceremonia era para honrar a todo el personal médico que trabajaba para el gobierno federal. Como epidemiólogos del Centro de Control de Enfermedades, los dos encajaban en dicha categoría.

Conociéndola, sospechaba que probablemente él estaría en la gala. Que sería reacio a encararla. Pensaba lo peor de él y había creído lo que su padre le había contado. Al principio, que creyera algo así lo había irritado... hasta que aceptó que dadas las circunstancias, por no mencionar lo bien que los había manipulado el padre de ella, era imposible que no lo hubiera creído.

Una parte de él deseó ser capaz de afirmar que debería haberlo conocido mejor, pero incluso en ese momento no podía realizar semejante aseveración. Desde el principio él le había dejado bien claro, igual que con el resto de mujeres, que no estaba interesado en una relación seria. Y como Kalina estaba obsesionada con su carrera tal como lo había estado él, la sugerencia de una aventura sin ataduras no le había molestado en absoluto y la había aceptado a sabiendas de que no sería prolongada.



En su momento, no tenía modo de saber que se metería en él de tal manera que, incluso en ese instante, le resultaba difícil aceptarlo. No había estado preparado para el giro serio que había tomado la relación hasta que fue demasiado tarde. Por ese entonces, el padre de ella había mentido de forma deliberada para salvar el pellejo.

–Bueno, todavía no te ha visto, y prefiero no andar cerca cuando lo haga. Y aunque tú lo hayas olvidado, yo sí recuerdo la hostilidad de Kalina hacia ti –dijo Beau al tiempo que recogía una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasó al lado de ellos–. Y dicho eso, me largo –y con celeridad se fue al otro extremo del salón.

Con la vista clavada en la copa espumeante, suspiró con frustración y alzó la vista a tiempo de ver a Kalina cruzar la sala. No pudo evitar notar que no era el único hombre que la observaba. No lo sorprendió.

Siempre se había movido con elegancia, dignidad y estilo. Esa clase de presencia no era una necesidad para su profesión. Pero ella la convertía en una.

Le había quedado claro la primera vez que la conoció –aquella noche de tres años atrás cuando el padre de Kalina, el general Neil Daniels, los había presentado en una función militar en Washington D. C.– que Kalina y él compartían una atracción intensa, que había pronosticado una conexión encendida. Lo que sí lo había sorprendido había sido que lo cautivara sin siquiera intentarlo.

Ni siquiera le había facilitado las cosas. De hecho, para su modo de pensar, se las había dificultado sin rodeos. Había creído que podría manejar prácticamente cualquier situación. Pero cuando más adelante se la había encontrado en Sídney, ella casi le había demostrado que estaba equivocado.

Habían estado a kilómetros de casa trabajando juntos mientras trataban de evitar que se propagara un virus mortífero. Él no había estado preparado para sentar la cabeza. Las mujeres habían entrado y salido de su vida con frecuencia, en cuando se percataban de que no tenía intención de poner ningún anillo en el dedo de nadie. Además, disfrutaba viajando y conociendo mundo. Poseía un terreno enorme en Denver a la espera del día en que estuviera preparado para retirarse, pero aún no veía eso en muchos años. Para él era importante su carrera como epidemiólogo.

Pero esos dos meses en que había tratado con Kalina llegó a pensar en instalarse en sus cien acres sin hacer otra cosa que disfrutar de la vida con ella. En otro momento, esos pensamientos le habrían producido pánico, pero con ella, los había aceptado como algo inevitable. Pasar tiempo con alguien como ella haría que cualquier hombre pensara en vincular su vida con una sola mujer, sin salir nunca más de pesca.

Al conocer a la familia Daniels, de inmediato había sabido que el padre era controlador y que la hija estaba decidida a que no la controlara. A Kalina le gustaba su independencia. La deseaba. Y tenía la determinación de exigirla... sin importar que a su padre le gustara o no.

En cierto sentido, él lo entendía. Después de todo, procedía de una familia grande y, aunque no tenía hermanas, sí tenía tres primas más jóvenes.

Volvió a centrarse en Kalina. Era una mujer que se negaba a dejar que la mimaran, aunque su padre estaba decidido a hacerlo de todos modos. Micah podía entender eso, y que un padre deseara proteger a su hija. Pero a veces un padre iba demasiado lejos.



Cuando el general Daniels se había acercado a él para que hiciera algo que evitara que Kalina fuera a China, no le había seguido la corriente. Lo que había sucedido entre Kalina y él había sido espontáneo y no había estado motivado por una petición de su padre, aunque en ese momento ella pensara lo contrario. Desde el principio se habían sentido atraídos el uno por el otro. No entendía cómo ella podía dar por hecho que había tenido motivos ocultos para buscar una aventura.

Kalina era lista, inteligente y hermosa. Poseía los ojos de color whisky más exquisitos, lo que hacía que su piel de tonalidad miel pareciera radiante. Y las luces de la habitación parecían resaltar su cabello castaño, que le llegaba al hombro.

El cuadro general que presentaba haría que cualquier hombre fuera consciente sin pudor alguno de su propia sexualidad. Bebió otro sorbo y miró el extremo de la sala y pensó que se la veía tan espléndida como en la última cita que tuvieron, cuando habían regresado a los Estados Unidos.

Había sido en esa misma ciudad, donde se habían conocido, que su vida juntos había terminado después de que ella descubriera lo que creía que era la verdad. Hasta ese día, Micah dudaba de que pudiera personar al padre de ella por distorsionar los hechos y ponerle aquella trampa.

Respiró hondo y se acabó la copa. Era hora de salir de las sombras y situarse justo en la línea de fuego. Y rezaba para sobrevivir.

Micah estaba allí.

La sonrisa en el rostro de Kalina se congeló al experimentar un escalofrío de percepción y una penetrante palpitación en el centro de sus piernas. No le sorprendió la reacción familiar de su cuerpo en lo referente a él, simplemente la irritaba. El hombre le provocaba esa clase de efecto, e incluso después de tanto tiempo, no había disminuido.

Costaba creer que habían pasado dos años desde que descubriera la verdad, que su aventura en Australia había estado orquestada por su padre para mantenerla alejada de Beijing. Eso había dolido, y seguía doliendo, pero lo que había hecho Micah solo había reforzado su creencia de que no se podía confiar en los hombres. Ni en su padre, ni en Micah, ni en ningún otro.

Pero sabía que ningún hombre podía compararse con él, con o sin ropa. Esa conclusión le recordó cuando se conocieron casi tres años atrás, en un acontecimiento similar a ese celebrado en Washington D. C.

Aquella noche a su padre lo habían honrado con el rango de oficial de cargo. Ella había tenido sus propios motivos para celebrarlo en la capital de la nación. Al fin había terminado sus estudios en la facultad de Medicina y aceptado un encargo para trabajar como civil para el gobierno federal en el equipo de investigación de enfermedades infecciosas.

No había tardado mucho en oír los murmullos sobre el doctor Micah Westmoreland, un hombre atractivo como el pecado, que se había graduado en la facultad de Medicina de Harvard antes de dedicarse a trabajar para el gobierno como especialista en enfermedades infecciosas. Pero nada podría haberla preparado para el encuentro cara a cara.

Se había quedado sin habla. Con el último vestigio de su dignidad femenina, había podido cerrar la mandíbula y recobrar el sentido común una vez que su padre había terminado las presentaciones.

Cuando Micah había reconocido su presencia con una voz demasiado sexy para pertenecer a un hombre de verdad, supo que estaba perdida. Y cuando le había estrechado la mano, había sido el



gesto más sensual que jamás había experimentado. Solo el contacto había bastado para provocarle escalofríos por todo el cuerpo. Le había resultado bochornoso que cualquier hombre pudiera excitarla tanto y sin siquiera esforzarse.

–Dígame, doctora Daniels, ¿adónde la lleva su próximo encargo?

La pregunta del mayor la sacó de su ensimismamiento. ¿Le había parecido captar cierta burla en esa voz? Era bien consciente del rumor que flotaba en su entorno de que su padre no se cortaba un ápice en recurrir a su posición para controlar los destinos que le daban y que haría cualquier cosa que le concediera el rango que ostentaba para mantenerla alejada de todo daño. Eso significaba que jamás podría ir a ningún lugar donde hubiera acción de verdad.

Llevaba dos años tratando de ir a Afganistán y siempre le habían denegado la petición alegando que le necesitaban en otro lugar. A pesar de los juramentos de su padre, veía la influencia de él en esas decisiones.

–Aún no he recibido ningún encargo. De hecho, he decidido tomarme un tiempo libre, un mes entero a partir de mañana.

La sonrisa del hombre se había ampliado.

–Vaya, qué coincidencia. Yo también he decidido tomarme unos días libres, aunque solo catorce. ¿Irá a algún lugar en particular? Quizá podríamos ir juntos.

Estaba a punto de exponerle al mayor que nunca pasarían tiempo juntos, ni aunque en ello le fuera la vida, cuando Brian miró más allá de su hombro y frunció el ceño. De pronto el corazón se le desbocó y no tuvo que imaginar la causa.

Se negó a volverse, pero no fue capaz de contener la reacción de su cuerpo cuando Micah entró en su campo de visión.

–Buenas noches, mayor Rose –dijo con cierta dureza en la voz. Los dos hombres intercambiaron saludos tensos y Micah estudió al mayor con frialdad antes de centrar toda su atención en ella. Su cara se suavizó al preguntarle–: ¿Y tú cómo has estado, Kalina?

Dudó de que realmente le importara. No le sorprendió que hubiera asistido a esa gala, pero sí que adrede la hubiera buscado, y no le cupo ninguna duda de que así había sido. Cualquier otro hombre que hubiera hecho lo que había hecho él, la evitaría como la peste. Pero no el doctor Micah Westmoreland. El hombre tenía un valor de acero, pero en ese caso lo había empleado de forma necia. Kalina tenía demasiado orgullo y dignidad como para montar una escena, algo con lo que seguro había contado él, pero igual que la última vez, su intención era dejarle bien claro que se trataba de la última persona con la que quería estar.

–Yo estoy bien, y ahora, si me disculpan, caballeros, seguiré haciendo mis rondas sociales. Acabo de llegar y hay otras personas a las que quiero saludar.

Necesitaba alejarse rápidamente de Micah. Se lo veía deslumbrante con su esmoquin, probable razón por la que tantas miradas femeninas se dirigían a él. Hasta tenía las piernas flojas de tanta proximidad. De repente se sintió arder.

–Yo también planeaba mezclarme con los invitados –dijo él, alargando la mano para tomarle el brazo–. Bien podría unirme a ti ya que hay un asunto que quiero que tratemos.

Contuvo el impulso de espetarle que no tenían nada que tratar. No quería liberar con fuerza su brazo porque ya estaban atrayendo atención, probablemente de aquellos que se habían enterado



de lo que había sucedido entre ambos dos años atrás. Por desgracia, la rumorología cobraba apogeo cuando se trataba de Micah Westmoreland.

De hecho, ella misma había oído hablar de él mucho antes de que se conocieran. Y no porque fuera el tipo de hombre que se dedicara a ir por ahí cortejando mujeres. El problema radicaba en que las mujeres tenían la tendencia de situarlo en el primer lugar de su lista de deseos.

–Bien, hablemos –le demostraría que también ella estaba lista. Miró al mayor Rose y le dedicó una sonrisa de disculpa–. Si nos excusa, parece que el doctor Westmoreland y yo tenemos algunas cosas que tratar. Y aún no he decidido dónde pasaré mis vacaciones, pero se lo comunicaré. Creo que sería divertido si se uniera a mí –soslayó la mano de Micah al apretarle el brazo.

El mayor asintió.

–Maravilloso. Esperaré noticias de sus planes, Kalina.

Antes de que pudiera responder, Micah se la llevó por el brazo.

–No cuentes con que el mayor Rose se reúna contigo en ninguna parte –Micah prácticamente gruñó en el oído de Kalina mientras la guiaba por la pista de baile en dirección a una salida. Antes había comprobado que los ventanales conducían al jardín. Era enorme y alejado del baile, así que nadie podría oír la reprimenda que sin duda iba a darle Kalina.

Ella lo miró furiosa.

–Y no cuentes con que él haga otra cosa. No soy tuya, Micah. La última vez que miré, no tenía nada tuyo en mi cuerpo.

–Entonces vuelve a mirar, encanto. Todo lo mío está escrito en la totalidad de ese cuerpo. Te marqué. Y nada ha cambiado.

Se detuvieron delante de la réplica del hotel del afamado jardín de rosas de la Casa Blanca. La última vez que ella había hablado, él no había logrado intercalar ninguna palabra ya que había tenido que esquivar todos los insultos y acusaciones que le había lanzado. No sería el caso en esa ocasión. Él tenía mucho que decir y pretendía que ella lo escuchara todo.

–¿Que nada ha cambiado? ¿Cómo te atreves a imponerme tu presencia después de lo que has hecho? –rugió Kalina, transformándose de una dama sofisticada en una leona furiosa.

A él le encantó verla desprenderse de tanta formalidad y sofisticación. En el dormitorio era donde más le gustaba ese cambio.

Él cruzó los brazos.

–¿Y qué es exactamente lo que he hecho, aparte de pasar dos meses contigo de lo que considero el mejor tiempo de mi vida, Kalina?

–¿Y se supone que he de creerme eso? –puso la espalda rígida–. ¿Vas a mentirme en la cara, Micah? ¿A negarme que no estabas aliado con mi padre para evitar que fuera a Beijing? Mi presencia no era necesaria en Sídney.

–No niego que estaba totalmente de acuerdo con tu padre en que Beijing era el último lugar en el que necesitabas estar, pero yo jamás acepté mantenerte fuera de China –pudo ver que ella no quería escuchar la verdad. Ya lo había oído todo con anterioridad y, a pesar de ello, se negaba a escuchar. O a creer–. Y no es que no fueras necesaria en Sídney –añadió al recordar cómo los habían enviado allí para combatir el posible brote de un virus mortal–. Tú y yo nos esforzamos mucho para evitar que la epidemia de la gripe aviar se extendiera por Australia, así que para



nosotros no fue solo sexo, sexo, sexo y más sexo. Nos matamos a trabajar, ¿o es que lo has olvidado?

Supo que su afirmación la hizo recordar. Quizá hubieran compartido la cama durante aquellos dos meses, pero las horas diurnas no fueron ni divertidas ni juegos. Nadie, excepto algunos miembros del gobierno australiano, habían sabido que su presencia en el país se debía a algo más que placer.

Habían trabajado bien juntos y habían combatido una enfermedad contagiosa. Él ya había pasado un año en Beijing y había necesitado marcharse cuando su tiempo allí se había acabado. La depresión había comenzado a filtrarse en él de tanto ver morir a la gente ante sus ojos, en especial a los niños. Había sido muy frustrante trabajar sin parar y sin éxito con la intención de tratar de encontrar una cura antes de que las cosas empeoraran.

Kalina había querido ir a Beijing para estar en el centro de los problemas. Podía imaginar cómo habría operado. Podía ver cómo se apegaría a la gente, en especial a los niños, hasta el punto en que habría situado el bienestar de ellos al suyo propio.

Eso y solo eso había sido el motivo por el que había coincidido con su padre, pero en ningún momento había tramado tener una aventura con ella con el fin de retenerla en Sídney. Era bien consciente de que toda su hostilidad nacía de la creencia contraria y, durante dos años, le había dejado pensar lo peor, principalmente porque se había negado a escuchar cualquier cosa que tuviera que decirle. Y al parecer todavía lo hacía.

—¿Has terminado de hablar, Micah?

La pregunta le devolvió la atención al presente.

—No, ni por asomo. Pero no puedo decirlo todo esta noche. Necesito verte mañana. Sé que durante los próximos días estarás en la ciudad, y yo también. Comamos juntos. Mejor aún, pasemos ese tiempo juntos despejando las cosas entre nosotros.

—¿Despejar las cosas entre nosotros? —bufó Kalina con furia. ¿Es que de verdad pensaba que quería pasar un solo minuto en su presencia? Incluso estar ahí con él en ese minuto estiraba la situación al límite—. Creo que necesito explicarte algunas cosas, Micah. No hay nada que aclarar. Es evidente que crees que soy una mujer que un hombre puede tratar como le plazca. Pues tengo noticias para ti. No trago con eso. No te necesito más que tú a mí. No me gusta el modo en que mi padre y tú manipulasteis las cosas para satisfacer vuestra necesidad de ejercer alguna clase de poder sobre mí. Y yo...

—¿Poder? ¿De verdad piensas que era lo que intentaba hacer, Kalina? Sinceramente, ¿qué clase de persona crees que soy?

Soslayó el deje de decepción que oyó en su voz. Sin duda era otra actuación. Al final de esos dos meses, había descubierto el extraordinario actor que podía ser.

Alzó el mentón e irguió la espalda.

—Creo que eres igual que los demás hombres que mi padre intentó colocarme. Él dice saltad y vosotros solo preguntáis hasta dónde. Pensé que eras diferente y descubrí que me equivocaba. Tú ves a mi padre como una especie de héroe militar, una leyenda, y lo que él dice va a misa. Tengo veintisiete años y soy lo bastante mayor como para tomar mis propias decisiones sobre lo que quiero hacer y adónde quiero ir. Y ni tú ni mi padre tenéis voto en el asunto. Más aun...



Lo siguiente que supo fue que Micah la había alzado del suelo y la tenía en sus brazos. Su boca la besó con apasionamiento, arrebatándole el aire de los pulmones y de los labios las palabras que había estado a punto de soltarle.

Luchó contra él, pero solo durante un minuto. Fue el tiempo que necesitaron esos condenados recuerdos de lo bien que sabía y besaba en invadirla y destrozarse el último vestigio de resistencia. Y entonces cedió a lo que sabía que sería el placer más intenso que había conocido.

Micah pensó en lo mucho que había echado de menos eso. Tenerla en un abrazo mientras saqueaba su boca con una intensidad que nacía de todas partes de su cuerpo. Ella había empezado a acusarlo de cosas que no había hecho. Y de pronto lo había invadido el impulso abrumador de cerrarle la boca con un beso. Y eso había hecho.

Y con el beso aparecieron recuerdos de cómo habían sido las cosas entre ellos la última vez que habían estado juntos, antes de que la ira se hubiera instalado y destruido su felicidad. Se preguntó si de verdad habían pasado dos años desde la última vez que había probado la boca más deliciosa que conocía. Y el cuerpo pegado al suyo no se parecía a ningún otro. Encajaba a la perfección. El modo en que le devolvía el beso le revelaba que había echado de menos esa conexión íntima tanto como él.

Sus acusaciones le molestaban mucho porque en ellas no había ni un ápice de verdad. Bajo ningún concepto había sido un títere de su padre, ni de nadie.

Sus alegatos solo demostraban lo poco que lo conocía, algo que pretendía remediar. Pero por el momento, solo quería disfrutar del instante.

Profundizó el beso y sintió el calor que le atravesaba la piel y le llegaba a los huesos, mientras por sus venas corría un torrente candente de deseo. Un beso le provocaba eso solo con Kalina.

Los dos años sin verse no habían mitigado nada entre ellos.

Le rodeó la cintura con los brazos y el calor hizo que se le acelerara el pulso y que su cuerpo se excitara como no lo había hecho en años. Dos, para ser exactos.

Y en ese momento quería recuperar el tiempo perdido. No podía entender cómo ella era capaz de pensar que había fingido toda esa pasión. No pudo evitar acariciarle el cabello.

Profundizó el beso aún más cuando fue evidente que ella se sentía tan excitada y necesitada como él. Podía negar algunas cosas, pero no esa. Sí, estaba furiosa con él y era algo evidente. Pero también lo era que toda esa furia se había transformado en una pasión tan densa que la necesidad de hacerle el amor le estaba desgarrando las entrañas.

La conversación entre una pareja que se acercaba hizo que Kalina se separara con presteza de sus brazos. Bastó mirarla una vez a los ojos bajo la suave luz de las lámparas para ver que el beso la había encendido.

Se inclinó y acercó los labios a los suyos.

—Te equivocas conmigo, Kal. Jamás me vendí a tu padre. No respondo ante nadie. Nadie me dice lo que tengo que hacer. Si crees lo contrario, entonces no me conoces.

Sintió la tensión que los rodeaba, la atmósfera cargada, el hormigueo eléctrico que subía por su espalda. En ese instante era más consciente que nunca de ella.

Estaba arrebatadora enfundada en ese vestido negro de cóctel que dejaba un brazo al desnudo y que le ceñía las curvas mejor que un mono de licra. Irradiaba una sensualidad imposible de resistir. Otros hombres habían sido reacios a acercarse a ella aquella noche en Washington.



Después de todo, era la hija del general Daniels y era un hecho reconocido que este la había situado en un pedestal. Pero a diferencia de los otros hombres, Micah no era un militar a las órdenes del padre de ella. Formaba parte del personal civil que no tenía que recibir órdenes del general.

Ella lo sacó de sus pensamientos al inclinarse hacia él con ojos que lo miraban furiosos.

–Voy a decirte esto solo una vez más, Micah. Mantente alejado de mí. No quiero tener nada más que ver contigo –espetó.

Él suspiró.

–Es evidente que no escuchabas, Kalina. No tuve una relación contigo porque tu padre me lo ordenara. Estuve contigo porque quise. Y te va a costar mucho convencerme de que aún sigues irritada conmigo después de haber compartido semejante beso.

–Piensa lo que quieras. Ya carece de importancia.

Él tenía la intención de hacer que importara.

–Pasa el día de mañana conmigo. Piénsatelo.

–No hay nada que pensar. Ve a utilizar a otra.

Él sintió un destello de furia.

–Yo no te utilicé –luego, con voz baja y ronca, añadió–. Significas mucho para mí, Kalina.

Ella tragó saliva. Hubo un tiempo en que habría dado cualquier cosa por oírle decir eso. Incluso en ese momento, desearía poder creerle, pero era incapaz de olvidar la expresión de culpabilidad en la cara de Micah cuando por casualidad se lo encontró con su padre hablando de ella. No había sido difícil sumar dos más dos. De inmediato regresó al hotel, hizo las maletas y se marchó.

Al primero que había encarado había sido a su padre y este le había contado todo. Cómo había hablado con Micah para que hiciera lo que fuera necesario para mantenerla en Sídney y lejos de Beijing. Había afirmado que lo había hecho por su propio bien, pero no había creído que Micah llegaría tan lejos como para seducirla. Una relación no había figurado en los planes que habían trazado.

–No crees que significas mucho para mí –repitió ante la inmovilidad y el silencio de ella.

–No, no te creo. ¿Cómo puedo pensar que significo algo para ti aparte de un buen rato en la cama, cuando de forma explícita me dejaste claro desde el principio que lo que compartíamos era una relación sin ataduras? Y que aparte del dormitorio, jamás dejarías que me acercara a ti. Hay tanto sobre ti que desconozco. Como tu familia, por ejemplo. ¿Cómo puedes esperar que crea que signifiqué algo, Micah?

Entonces dio media vuelta y regresó al salón de baile.



## CAPÍTULO 02

Cuando Micah llegó a su hotel, estaba furioso. Al regresar al salón, no pudo encontrar a Kalina por ninguna parte. Si creía que era lo último que había visto de él, se equivocaba. Bajo ningún concepto iba a dejar que lo desterrara al olvido. Jamás.

Ese beso que habían compartido prácticamente había sellado las cosas, sin importar que ella quisiera reconocerlo o no. No solo había sentido su pasión, la había probado. Seguía irritada con él, pero eso no había impedido que se excitaran mutuamente. Después del beso, había visto fuego en sus ojos.

Se pasó la mano por la cara. Muy bien, Kalina había dicho la verdad sobre él acerca de no querer que se acercara mucho. Gracias a una relación que había tenido en la universidad, se había mostrado cauteloso. Siendo estudiante se había enamorado de una mujer y había descubierto que al mismo tiempo ésta se había estado acostando con uno de los profesores para obtener mejores notas. Entonces había tomado la decisión de no dejar que ninguna otra mujer volviera a acercarse. Desde entonces, no había vuelto a involucrarse emocionalmente con otra.

Pero durante su relación con Kalina, había empezado a bajar la guardia. Ciertamente que no había habido tiempo para cenas a la luz de las velas, paseos por el parque, flores y esas cosas, pero había compartido con ella más que con cualquier otra mujer... en el dormitorio.

Respiró hondo y tuvo que preguntarse en voz alta:

—Pero, ¿fuera del dormitorio le diste algún motivo para que pensara que había algo más allá de las sábanas? —y de inmediato supo la respuesta.

No. Ella tenía razón, no le había contado nada sobre su familia, y conocía la causa. Había llevado a Patrice, su amante de la universidad, a casa y se la había presentado a su familia como la mujer con la que algún día se casaría. La mujer que algún día tendría sus hijos. Ella había intimado con sus familiares. Les había caído bien y al final los había traicionado a ellos tanto como a él.

Miró hacia el techo y pudo ver todos sus errores, y el primero de muchos era haber dejado que pasaran dos años sin buscar a Kalina. Era bien consciente de lo que su padre le había contado. Pero había dado por hecho que al final ella reflexionaría y comprendería que el general no había sido completamente sincero. Sin embargo, ella había creído lo peor. Esencialmente porque en realidad nunca lo había conocido.

De repente le sonó el teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo y vio que era su hermano mayor, Dillon. Entre ellos solo había una diferencia de edad de dos años y siempre habían sido cercanos.

—¿Hola?

—No hemos tenido noticias tuyas en un tiempo y pensé en ver cómo estabas —dijo su hermano.

Se apoyó contra la pared. Siendo Dillon el mayor, prácticamente se había ocupado de todo cuando sus padres y sus tíos habían muerto en un accidente de avión. Había habido quince Westmoreland, nueve de ellos por debajo de los dieciséis años, y Dillon había jurado que los mantendría a todos juntos. Y lo había cumplido.

Micah había estado en su segundo año de universidad y no había podido echarle una mano, pero Ramsey, su primo, apenas unos meses más joven que él, había arrimado el hombro.

—Estoy bien —se oyó mentir. Entonces respiró hondo y añadió—: Esta noche he visto a Kalina.



Aunque Dillon nunca la había conocido en persona, sabía quién era. Una noche en casa, Micah le había contado a su hermano todo sobre ella y la causa que los había separado. Dillon le había sugerido que se pusiera en contacto y aclarara toda la situación, además de reconocerle lo que sentía por ella. Pero una veta de obstinación no se lo permitió. Lamentó no haber seguido el consejo de su hermano.

–¿Y cómo se encuentra?

–Sigue odiándome, si es lo que quieres saber –se pasó otra vez la mano por la cara–. Adelante, di que ya me lo dijiste.

–Yo no haría eso.

No, no era el estilo de su hermano.

–Bueno, ¿qué piensas hacer, Micah?

La pregunta se debía a que Dillon sabía lo mucho que Kalina significaba para él... aunque ella lo desconociera.

–No estoy seguro, porque sin importar lo que digo, no me cree. Una parte de mí desearía poder olvidarlo, pero no puedo, Dil. Me es imposible dejarla.

–Entonces, no lo hagas. Tú nunca has abandonado. El Micah Westmoreland que conozco va tras lo que desea y jamás ha dejado que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Pero si no la quieres lo suficiente como para luchar por ella y hacerle ver la verdad, entonces no sé qué decirte.

Y como si el tema de Kalina hubiera quedado cerrado, Dillon se puso a hablar de otra cosa. Le contó que su cuñada, Bella, avanzaba bien en el embarazo y que los médicos habían confirmado que serían gemelas.

–Son las primeras chicas de nuestro lado de la familia –dijo. Sus padres siempre habían tenido chicos. Siete en total.

–Lo sé, y todo el mundo está entusiasmado y preparado para que nazcan –repuso Dillon–. Aunque nadie más que Jason –indicó a su hermano e inminente padre.

El resto de la conversación lo puso al día sobre lo que pasaba en casa. Su hermano Jason se había asentado en la felicidad marital al igual que su primo Derringer. Dillon también mencionó que el hijo de Ramsey y Chloe nacería en unos meses.

–¿Crees que podrás venir para el bautismo del pequeño Callum?

Movió la cabeza. Otro caso familiar que le costaba creer que hubiera sentado la cabeza.

–Pretendo estar allí –afirmó–. En unas pocas semanas, dispondré de unas vacaciones de treinta días. Pasado mañana me voy a Bajadad, donde permaneceré dos semanas. Desde allí volaré a casa –Bajadad era una ciudad pequeña y hermosa en el norte de la India cerca de las laderas del Himalaya.

–Será estupendo volver a verte.

Micah rio entre dientes.

–Haces que suene como si llevara años sin ir por casa, Dil. Estuve hace siete meses para la recepción nupcial de Jason.

–Lo sé, pero cada vez que vienes a casa y conseguimos reunir a todos, es estupendo.

Micah asintió. Todos los Westmoreland estarían presentes, incluidos sus primos de Atlanta, Texas y Montana.



Momentos más tarde, pusieron fin a la conversación. Fue al dormitorio para desvestirse y darse una ducha. La pregunta que le había hecho Dillon reverberaba en su cabeza. ¿Qué iba a hacer acerca de Kalina?

Lo que tenía claro era que, tal como le había dicho a ella, no tenía intención de dejar que el mayor Rose se le acercara.

«¿Y cómo piensas impedirselo?», se mofó su propia mente.

Respiró hondo. Dillon tenía razón. Él no solía abandonar y era hora de que hiciera que Kalina fuera consciente de ello.

El teléfono móvil lo sacó de sus pensamientos. Lo extrajo del bolsillo del pantalón y vio que se trataba de una llamada oficial del Departamento de Salud y Servicios Humanos.

—¿Sí, mayor Harris?

—Doctor Westmoreland, primero quiero disculparme por llamarlo tan tarde. Y segundo, llamo para informarle de cambios en la misión a la India.

—¿Cuáles son esos cambios, mayor?

—Saldrá mañana en vez del lunes. Y la esposa del doctor Moore está de parto ahora mismo, de modo que ha habido que sacarlo del equipo. Tendremos que enviar un reemplazo.

Micah dirigía el equipo de respuesta epidémica de los Estados Unidos, compuesto por unos treinta epidemiólogos, de modo que era la norma llamarlo para comunicarle cualquier cambio.

Estaba a punto de darle las gracias a la mayor y cortar cuando ella añadió:

—Ahora he de llamar a la doctora Daniels. Por desgracia, deberá cancelar sus vacaciones para ocupar el puesto del doctor Moore.

A Micah se le disparó el pulso.

—¿Qué acaba de decir? —preguntó con el fin de cerciorarse de que había oído bien.

—Que la doctora Daniels será el reemplazo del doctor Moore, ya que es la siguiente en la lista de personal de guardia. Por desgracia, iba a empezar sus vacaciones mañana.

—Qué pena —comentó, sin sentir ninguna simpatía. Lo que para otros era mala suerte de Kalina, para él representaba una bendición. Ni aunque lo hubiera planeado adrede hubiera podido conseguir un cambio mejor.

Desde luego, cuando ella se enterara, automáticamente pensaría lo peor. Daría por hecho que la modificación había sido idea suya y que era el responsable de estropearle las vacaciones. Aunque no sería la primera vez que falsamente lo acusaba de algo.

—Buenas noches, doctor Westmoreland.

—Buenas noches, mayor Harris —se despidió con tono risueño.

Ya solo le quedaba trazar un plan para cerciorarse de no estropear las cosas con Kalina en esa ocasión.

Kalina iba de un lado a otro de su habitación de hotel. «¿Qué iba a hacer con Micah?».

Había sabido que dejar que la besara había sido una mala elección, pero no había sido capaz de resistir esa boca sobre la suya. Y a pesar de lo mucho que le gustaría hacerlo, no podía echarle en exclusiva la culpa a él. Ella había buscado esos labios con tanta codicia como él los suyos. Una oleada de calor la había consumido en el instante en que le había introducido la lengua en la boca. Lo reconocía, seguían atraídos el uno por el otro. No pasaba nada por eso.



Frunció el ceño. Claro que pasaba, en especial cuando incluso en ese momento, las sensaciones vertiginosas se habían apoderado de su estómago. Sabía con absoluta certeza que no quería sentirse atraída por Micah Westmoreland. No quería tener nada que ver con él, punto.

Miró el reloj y vio que era medianoche pasada. Aún seguía con el vestido de cóctel puesto. Había empezado a ir de un lado a otro de la habitación en el instante en que llegó al hotel. ¿Por qué dejaba que le hiciera eso? ¿Y por qué él mentía, afirmando que no había estado compinchado con su padre cuando ella sabía que era falso?

Fue a sentarse al sofá, ya que no quería acostarse, pues sabía que en cuanto lo hiciera, solo soñaría con Micah. Reclinándose, recordó la primera vez que habían trabajado juntos. La había ido a buscar al aeropuerto de Sídney. Se habían conocido un año antes y la atracción por el otro había sido ardiente e instantánea. Ese día había necesitado cinco minutos con él para darse cuenta de que no había menguado ni un ápice.

Y los dos merecían el crédito por tratar de ignorarla. Después de todo, tenían que llevar a cabo un trabajo importante. Y lo habían logrado durante la primera semana sin tocarse ni una sola vez. Pero el comienzo de la segunda había sido el final de dicha situación. Había sucedido una noche en que se habían quedado trabajando hasta tarde ordenando muestras, diseccionando aves, tratando de asegurarse de que la gripe aviar no se extendiera al continente de Australia.

Técnicamente, él había sido su jefe, ya que dirigía el equipo del gobierno. Pero él nunca había ejercido el poder de dicho cargo sobre ella o cualquier otra persona. Micah era un líder nato y todo el mundo le concedía con facilidad el respeto que merecía.

Y aquella noche en particular ella le había dado otra cosa. Hasta aquella noche había creído que todo el acto sexual estaba sobrevalorado. Micah le había demostrado su error tantas veces que con solo recordarlo aún experimentaba una sensación de hormigueo. Había dado por hecho que se trataba de la aventura de una noche, pero no había sido el caso. La noche siguiente él la había invitado a cenar y le había propuesto una relación sin ataduras, siempre que estuviera interesada. Y lo había estado. Estaba dedicada a su carrera y no quería involucrarse más que él en algo serio.

A partir de entonces habían mantenido una relación exclusiva durante los dos meses que habían permanecido en Sídney. Kalina se sentía tan satisfecha con la relación que cuando le negaron una petición previa para ir a Beijing, no le molestó.

Esa satisfacción había durado hasta que regresó a los Estados Unidos y descubrió la verdad. No solo su padre había manipulado sus órdenes, sino que había solicitado la ayuda de Micah para que hiciera lo que fuera necesario con tal de que la mantuviera contenta en Sídney.

Se había sentido como una tonta.

Pensando que ya había dedicado demasiado tiempo a recorrer el camino de los recuerdos, se levantó del sofá y fue al dormitorio para cambiarse y tratar de dormir cuando sonó su teléfono móvil. Lo recogió de la mesita y vio que se trataba de la mayor Sally Harris, la coordinadora administrativa responsable de los encargos que le encomendaban a ella. Se preguntó por qué la llamaría tan tarde.

Levantó la tapa del aparato.

—¿Sí, mayor Harris?

—Doctora Daniels, lamento llamarla tan tarde y quiero disculparme porque he de transmitirle malas noticias.



–¿Cuáles son? –frunció el ceño.

–La esposa del doctor Moore se ha puesto de parto hoy mismo, por lo que ha habido que descartarlo del equipo de respuesta epidémica que iba a ir a Bajada. Sé que sus vacaciones iban a empezar mañana, pero necesitamos su ayuda en la India.

Kalina respiró hondo.

–¿Cuánto tiempo me necesitarán allí?

–Dos semanas, a partir de mañana, y luego puede reanudar sus vacaciones.

Asintió.

–¿Doctora Daniels? –insistió la mayor.

Resignada, respondió:

–Sí, desde luego –aunque no tenía elección en la materia. Era una civil, pero ello no significaba que no debiera cumplir las órdenes de su jefe, y no tenía derecho a enfadarse con Jess Moore porque su esposa fuera a tener un bebé–. Estaré lista.

–Gracias, le enviaré la información a su correo electrónico.

–Y al doctor Westmoreland ya se la ha notificado del cambio en el personal.

Estuvo a punto de soltar el aparato.

–¿El doctor Westmoreland?

–¿Sí?

–¿Por qué se le notificó?

–Porque es el director del equipo.

La cabeza de Kalina comenzó a darle vueltas. Nadie debería ser tan cruel como para volver a hacerla trabajar con Micah.

–¿Fue el doctor Westmoreland quien sugirió que yo reemplazara al doctor Moore? –inquirió con suspicacia.

–No, el motivo de que se la llamara a usted es que es la siguiente doctora de guardia en la lista de suplencias.

Con un movimiento de cabeza, pensó en lo afortunada que era. La idea de pasar dos semanas junto a Micah hizo que echara humo.

–¿Doctora Daniels?

–¿Sí?

–¿Hay algo más que quiera saber?

–No, nada.

–Gracias, doctora, y buenas noches.

–Buenas noches, mayor Harris.

Cortó la comunicación sabiendo que no podía dejar que sus sentimientos por Micah interfirieran en su trabajo. Solo tendría que mantener las distancias con él. Fue al dormitorio y comenzó a quitarse la ropa.

Lo primero que haría sería establecer unas reglas básicas entre ambos. Si él consideraba la situación como una oportunidad dorada para volver a tenerla en su cama, vería el triste error que

**Calor Intenso**  
**BRENDA JACKSON**  
**22º de la Serie Los Westmoreland**



había cometido. No era la clase de mujer que olvidara con facilidad. Tal como le había dicho esa misma noche, no había nada más que tuvieran que decirse acerca de lo sucedido entre ambos hacía dos años. Era algo que se había terminado.

Pero como tuviera que tomar en consideración el beso, cerca de él tendría que mantener la guardia a todas horas. Porque la relación podía haberse acabado, pero la atracción entre los dos seguía viva y coleando.



## CAPÍTULO 03

Micah vio el fuego en los ojos de Kalina a tres metros de distancia, mientras se dirigía a él con la espalda rígida y el mentón alzado. Se metió una mano en el bolsillo de los vaqueros y le alegró que fuera domingo y hubiera poca gente. Daba la impresión de que iban a volver a chocar.

La observó. Iba vestida para viajar, con el cabello recogido en una coleta y calzada con unos zapatos cómodos. Se la veía bien con los vaqueros, la camiseta y la cazadora ligera. Pero siempre estaba mejor que cualquier mujer que conociera, con o sin ropa.

Siguió mirándola al tiempo que recordaba su cuerpo extendido debajo de él cuando le había hecho el amor. Incluso en ese momento, podía recordar la sensación de pasar los dedos por su esencia femenina mientras la besaba con un grado de pasión que había desconocido que poseía hasta que apareció ella.

Sacó las manos de los bolsillos. Lo último que necesitaba era que Kalina notara su estado de excitación, de modo que giró y entró en el despacho privado que usaba siempre que estaba en Washington por asuntos de negocios.

Además, el mejor lugar para conducir ese encuentro era detrás de puertas cerradas.

Cuando ella prácticamente cerró de un portazo, él ya se hallaba detrás del escritorio.

A pesar de lo que anhelaba ir a su lado y besarla y convencerla de lo mucho que se equivocaba con él, el sentido común le dictó que no se moviera. Pretendía hacer lo que no había hecho hacía dos años. Darle la oportunidad de llegar a conocerlo. Estaba convencido de que si lo hubiera conocido, no se habría precipitado en creer lo peor en él.

—Doctora Daniels, tengo entendido que está lista para volar a Bajadad.

—¿Y quieres que crea que no has tenido nada que ver con esas órdenes, Micah? —entrecerró los ojos.

Él cruzó los brazos y la miró a los ojos.

—En este punto, Kalina, puedes creer lo que te apetezca. Que yo lo niegue carece de importancia ya que de todos modos no me creerías.

—¿Y por qué debería hacerlo? —espetó.

—Porque no tengo motivo para mentir —repuso con sencillez—. ¿Se te ha llegado a pasar por la cabeza que podría estar diciendo la verdad? Por las dudas que lo necesites oír de mí, igual que no tuve nada que ver con el plan de tu padre de mantenerte lejos de Beijing, tus órdenes para ir a Bajadad no han sido idea mía. Aunque me encanta el cambio. Eres una buena especialista y no se me ocurre nadie que pueda querer más en mi equipo. Tratamos con un virus sospechoso. Ya han muerto cinco personas y el gobierno sospecha que podría ser parte de algo que hay que cortar de raíz lo antes posible. Sin embargo, no sabremos con qué tratamos hasta que llegemos allí.

Observó cómo toda su actitud cambió con la información que acababa de darle. Sin importar lo demás, era una profesional, y como él mismo acababa de afirmar, era buena en lo que hacía.

—¿Cuál es el punto de entrada? —preguntó, acercándose hasta el escritorio.

—Hasta ahora, solo mediante la ingestión. Se sospecha que se ha puesto algo en el suministro de agua. De ser cierto, dependerá de nosotros averiguar qué es.



Ella asintió. La posición del gobierno era que si el enemigo había desarrollado alguna especie de producto químico mortífero, entonces los Estados Unidos necesitaban conocer de qué se trataba. Era importante para determinar desde el principio a qué se enfrentaban y cómo podían proteger al personal militar estadounidense.

—¿Y cómo se detectó, Micah? —preguntó con serenidad.

Él se sentó en la mesa. No lejos de donde se erguía Kalina.

—Se encontró a cinco adultos sanos de más de cincuenta años muertos en la misma semana sin ningún signo obvio de haber sufrido algún tipo de traumatismo —respondió—. Sin embargo, sus lenguas se habían hinchado al doble del tamaño normal. Aparte de eso, no había nada más, ni siquiera pruebas de alguna sustancia ajena en su corriente sanguínea.

Vio la expresión en los ojos de ella. La mayoría de los grupos terroristas experimentaba en un pequeño número de personas antes de soltar un ataque masivo, para cerciorarse de que su arma de guerra química era eficaz. Era demasiado prematuro presuponer a lo que podían estar enfrentándose, pero el investigador que ya los esperaba allí había planteado las sospechas que albergaba. Antes del 11 de septiembre las armas químicas eran consideradas las bombas atómicas de los pobres. Sin embargo, debido a la capacidad que tenían de llegar a millones de personas de formas muy distintas, esas armas habían pasado a considerarse las peores y más efectivas de todas las formas de guerra.

—¿Has estado alguna vez en Bajada? —le preguntó ella.

—Sí, hace varios años, justo después de que se produjeran las primeras elecciones democráticas. Fue mi primera misión después de salir de la universidad y entrar a trabajar para el gobierno federal. Nos enviaron en una misión de paz cuando enfermaron miembros de la casa real. Algunos sospecharon juego sucio. Sin embargo, no tardamos en determinar que no había sido nada tan grave, sino un saco contaminado de trigo que jamás debió usarse.

La expresión en sus ojos le indicó que se sentía intrigada. Siempre había sido así con ella. Formularía un montón de preguntas para apagar esa gran curiosidad que poseía. Creía que había vivido una vida aventurera como epidemióloga, cuando gracias a su padre, siempre la habían mantenido en un papel secundario.

En cierto sentido, lo sorprendía que fuera a Bajada. O el padre finalmente había aprendido la lección o se había vuelto descuidado acerca del paradero de su hija.

Se puso de pie y decidió cambiar de tema.

—Creo que necesitamos hablar acerca de lo sucedido anoche —dijo mirándola a los ojos. Vio que volvía a situarse a la defensiva.

—No, no lo necesitamos.

—Sí, Kalina. Saldremos en una misión juntos, y creo que va a ser importante que nos sintamos cómodos el uno con el otro y dejemos a un lado nuestras diferencias personales. Yo seré el primero en reconocer que he cometido muchos errores... en lo que a ti respecta y lamento haberlos cometido. Ahora piensas lo peor de mí y nada que yo pueda decir o hacer cambiará eso.

Hizo una pausa y supo que debía elegir sus palabras con sumo cuidado.

—No tienes que preocuparte porque mezcle el placer con el trabajo, ya que me niego a involucrarme con una mujer que no confía en mí. Así que entre nosotros jamás podrá volver a haber algo.



Ya lo había dicho. Probó la mentira en su lengua, pero supo que los motivos para expresarla estaban justificados. No tenía intención de renunciar a ella. Jamás. Pero debía aprender a confiar en él. Y haría lo que fuera necesario para que eso sucediera.

Aunque ella intentó ocultar su reacción, Micah vio cómo la declaración la había sacudido. Una parte de él aún quería creer que en lo más hondo Kalina aún sentía algo por él.

Ella alzó el mentón con gesto obstinado.

–Bien. Me alegra que nos hayamos quitado eso de encima y que nos entendamos.

Él miró la hora.

–El avión sale en unas pocas horas. Te ofrecería llevarte al aeropuerto, pero a mí también me lleva otra persona.

Lo miró con la cabeza ladeada.

–No pasa nada. He reservado un coche de alquiler –se pasó el bolso al hombro–. He de irme.

–Saldré contigo –dijo, caminando a su lado. No tenía problema ofreciéndose a llevarla si lo necesitaba, pero no había querido parecer demasiado ansioso por estar en su compañía–. Consideramos que va a ser un vuelo de doce horas. Te aconsejo que comas bien antes de despegar. La comida que nos servirán en el avión no será la mejor.

Ella rio entre dientes y ese sonido le provocó algo. Le agradó estar caminando a su lado.

–No pienses que no sé cómo es la comida de los aviones militares. Voy a pasar a comprar un sándwich en Po’Boys –indicó.

Supo que lamentó mencionar el restaurante al ver cómo se ruborizaba. Al igual que él, seguro que estaba recordando la última vez que habían ido juntos. Había sido su primera noche en los Estados Unidos de vuelta de Australia. Quizá no recordara lo que habían comido aquella noche, pero sí todo lo que habían hecho después en la habitación del hotel.

–Pidas lo que pidas, come suficiente por los dos –dijo, rompiendo el silencio.

–Lo haré –lo miró.

Ya se hallaban en el exterior, de pie en los escalones superiores de los Centros de Control de Enfermedades.

–Bueno, supongo que nos veremos en el avión. Cuídate hasta la noche, Kal.

Entonces, sin mirar atrás, se dirigió hacia el coche que en ese mismo instante se detuvo junto al bordillo. Sonrió, pensando que la sincronización era perfecta al ver quién lo conducía.

Su primo, el senador Reggie Westmoreland, lo había llamado aquella mañana para invitarlo a almorzar. Reggie, su esposa Olivia y sus mellizos de un año vivían en Washington durante gran parte del año. Era Olivia y no Reggie quien había ido a recogerlo para llevarlo a la casa que tenían en Georgetown. Era una mujer hermosa y podía imaginar los pensamientos que bullían en la mente de Kalina.

Esta observó a Micah bajar los escalones en dirección al coche que lo esperaba. Hacía ejercicio de forma habitual y se notaba en sus espaldas anchas y en las piernas musculosas que los vaqueros resaltaban. No importaba desde qué ángulo se lo mirara, uno era tan bueno como el otro.



Y se preguntó por qué había tenido que llamarla Kal. Era el apodo que le había puesto durante la relación que mantuvieron. Nadie más la llamaba de esa manera. Su padre detestaba los apodos y siempre se dirigía a ella por su primer y segundo nombres. Para él era Kalina Marie.

Intentó no mostrar ninguna emoción al ver a una mujer bajar del coche con una sonrisa luminosa mientras avanzaba hacia Micah. Este la abrazó con efusividad y calidez como si también se sintiera feliz con el encuentro.

«No es de extrañar que te descarte con tanta rapidez », pensó con disgusto exasperado, odiando el hecho de que verlo con otra mujer le molestara. «¿Qué esperabas? Han pasado dos años. Que tú no tuvieras una relación seria desde entonces no significa que él hiciera lo mismo. Además, fuiste tú quien cortó, quien lo acusó de estar aliado con tu padre...».

Movió la cabeza mientras el coche arrancaba. ¿Por qué intentaba revisar el pasado? Sin importar la vehemencia de Micah al afirmar otra cosa, ella creía a su padre. Sí, era controlador, pero la quería. No tenía motivo para mentirle. Entonces, ¿por qué le importaba tanto la presencia de esa mujer extremadamente hermosa?

Apretando el bolso en la mano, bajó los escalones hacia el aparcamiento. Se dijo que necesitaba controlar todos sus sentidos mientras tratara con Micah.

–Lamento imponer mi presencia, pero creo que este es el único asiento libre que queda en el avión –dijo Micah al sentarse junto a Kalina.

Ella lo miró de forma extraña antes de observar alrededor, como si quisiera cerciorarse de que decía la verdad.

Él sonrió mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

–Tienes que dejar de hacer eso, ¿lo sabías?

–¿Qué? –enarcó una ceja.

–Comportarte como si cada palabra que saliera de mi boca fuera mentira.

–Bueno, una vez que cuentas una mentira, la gente tiene la tendencia de dejar de creerte en el futuro. Algo así como el niño que gritó lobo –cerró los ojos como si diera por finalizada la conversación.

Pero en los planes de él no figuraba eso.

–¿Qué pasará cuando descubras que te has equivocado conmigo?

Ella abrió los ojos y lo miró, como si ese pensamiento no fuera una opción.

–No creo que suceda, pero si es así, entonces te deberé una disculpa.

–Y cuando suceda, quizá yo sea reacio a aceptártela –entonces se reclinó en el asiento y cerró los ojos, siendo él quien puso fin a la conversación al tiempo que la dejaba con algo sobre lo que reflexionar.

Mientras por los altavoces les anunciaban las reglas de vuelo, él mantuvo los ojos cerrados. La insistencia de Kalina de que conspiraría con su padre lo crispaba cada vez que ella lo manifestaba.

–Es bonita.

Micah abrió los ojos y la miró.

–¿Quién?

–La mujer que te recogió hoy.



Él asintió.

–Gracias. Yo también creo que lo es –repuso con sinceridad. De hecho, consideraba que todos sus hermanos y primos se habían casado con mujeres hermosas. Y no solo eso, sino que eran inteligentes, listas y fuertes.

–¿Lleváis tiempo viéndoos?

Sería muy sencillo contarle que Olivia era familia, pero decidió dejar que pensara lo que se le antojara.

–No, y en realidad ahora no nos estamos viendo. Solo somos amigos –agregó.

–¿Amigos íntimos?

Él volvió a cerrar los ojos.

–Sí –había sentido la tentación de mantenerlos abiertos para ver la expresión de ella, pero sabía que cerrados le daría más eficacia a su indiferencia.

–¿Hace cuánto que os conocéis?

–Casi cinco años.

–Oh.

Hasta el momento, todo lo que había dicho era verdad. Simplemente, no se explayaba. Era su elección y su derecho. Además, así le daba algo en lo que pensar.

Decidiendo que ya le había hecho demasiadas preguntas sobre Olivia, dijo:

–Puede que desees descansar un poco. Nos espera un vuelo largo.

Y pretendía compartir cada hora con ella. No era una coincidencia que el último sitio hubiera sido el de al lado del de Kalina y que él lo hubiera ocupado. No había asientos asignados y los pasajeros podían sentarse donde quisieran, y con la ayuda de la auxiliar de vuelo, se había asegurado de que todos se hubieran sentado en cualquier parte menos cerca de Kalina. Daba la casualidad de que la azafata sabía que el autor de *bestsellers* que figuraba en la lista del *New York Times*, Rock Mason, cuyo verdadero nombre era Stone Westmoreland, era primo de Micah. La mujer era una gran fan y la promesa de un ejemplar dedicado de su último *thriller* había obrado milagros.

Respiró hondo. Por el momento, solo debía fingir que la ignoraba. Estar sentado ahí deseando a Kalina no le hacía ningún bien, a la vez que debilitada su determinación de mantenerla a distancia mientras dejaba que llegara a conocerlo. No podía permitir que eso sucediera. Pero tampoco pudo evitar abrir los ojos y girar la cabeza.

–A propósito, Kalina. Aún tienes los hoyuelos más bonitos del mundo –volvió a mirar al frente antes de cerrar otra vez los ojos.

Satisfecho de haber podido calmarla un poco, estiró las largas piernas hasta donde pudo. Lo mejor que podía hacer era ponerse cómodo para el vuelo.

Había recibido una buena mano y pretendía ganarla de un modo que haría que el jugador de la familia, su primo Ian, se sintiera orgulloso.

De modo que Micah había conocido a la mujer mientras los dos mantenían la aventura. Kalina se preguntó si eso significaba que había vuelto con ella una vez acabado el tiempo que pasaron juntos. Le acababa de decir que solo eran amigos, pero había conocido hombres que afirmaban



únicamente amistad al tiempo que se acostaban con una mujer cada noche. Los hombres no solían darle a una aventura la misma importancia que las mujeres.

¿Y cómo se atrevía a hacerle cumplidos sobre sus hoyuelos en un momento como ese y en el estado de ánimo en que se hallaba? Tenía que trabajar con él, pero estaba convencida de que ya ni siquiera le caía bien. Aunque si quería ser justa, él siempre le había alabado los hoyuelos de las mejillas.

Y luego estaba el modo en que la había mirado al decirlo. Había vuelto esos magníficos ojos castaños hacia ella, provocándole un nudo en el estómago. Había sido tan inesperado que por un segundo había ladeado su mundo. Y antes de haberse recobrado, él le había dado la espalda y vuelto a cerrar los ojos.

Y en ese momento descansaba cómodamente a su lado. Todo él hombre. Sexy. Westmoreland. Y en apariencia aburrido... al menos con ella. Tuvo ganas de despertarlo para ponerse a charlar, pero se lo pensó mejor. Micah era un hombre complejo y solo pensar en eso le hacía palpar las sienes por la tensión.

No pudo evitar pensar en todas las cosas que desconocía de él. Por algún motivo, nunca había compartido mucho sobre sí mismo o su familia. Sabía que tenía varios hermanos, pero era algo que había descubierto por accidente al captar una conversación entre su buen amigo el doctor Beau Smallwood y él, no porque se lo hubiera contado Micah.

Sin embargo, su vida con su padre militar era un libro abierto. Después de que su madre muriera de cáncer cervical cuando ella tenía diez años, su padre prácticamente se había aferrado a ella como una parra. Los únicos momentos en que se separaban eran cuando él era llamado al servicio activo u otra misión a la que a ella no se le permitía ir. Eran los días que había pasado en la granja de sus abuelos en Alabama. Joe y Claudia Daniels habían fallecido hacía años, pero aún albergaba recuerdos cariñosos del tiempo que habían pasado juntos.

Volvió a mirarlo. Y le resultó extraño estar sentada junto al hombre que había estado dentro de su cuerpo... tantas veces. Era el tipo de hombre con el que fantaseaba una mujer. Experimentó un escalofrío al imaginarse desnuda al lado de él.

Pero no quería recordar nada sobre la última vez que habían estado juntos o lo que había significado para ella compartir con Micah aquellos dos meses.

Y lo que menos quería recordar era lo que ese hombre había representado para ella.

Como la película que pasaban en ese momento no le interesaba, decidió seguir el ejemplo de él. Echó el asiento para atrás, cerró los ojos y se quedó dormida.



## CAPÍTULO 04

Micah despertó a la mañana siguiente y mientras se estiraba estudió su entorno. Había estado demasiado cansado al llegar a la villa privada la noche anterior como para tomar nota del lugar, pero en ese momento no pudo evitar sonreír. No tuvo duda de que le gustaría. El dormitorio de Kalina estaba justo al lado del suyo.

Se levantó y fue al cuarto de baño, pensando que cuanto antes bajara, mejor. El gobierno había establecido un laboratorio para ellos en el sótano y, según el informe que había leído, estaría plenamente equipado para sus necesidades.

Poco después, ya estaba vestido y bajaba para desayunar. El otro doctor del equipo había llegado la semana anterior y Micah estaba ansioso de volver a verlo. Theodus Mitchell era un colega con el que ya había trabajado antes y que desempeñaba una tarea excelente en el campo de las enfermedades contagiosas.

–Kalina. Buenos días.

–Buenos días, Micah. ¿Bajas a desayunar?

–Sí, ¿y tú? –se adaptó al ritmo de ella.

–Sí, aunque no tengo apetito –respondió.

Él sí lo tenía, y no todo se ceñía a la comida. Se la veía muy bien. Descansada. Sexy como mil demonios con un par de pantalones marrones y una blusa verde. Y se había deshecho de la coleta. Llevaba el cabello hasta los hombros. El estilo hacía que sus facciones se vieran incluso más hermosas.

–Yo me muero de hambre –dijo cuando entraron en el ascensor–. Y estoy ansioso por llegar al laboratorio para comprobar a qué nos enfrentamos. ¿Tuviste la oportunidad de leer el informe?

Ella asintió mientras las puertas se cerraban.

–Sí, lo leí antes de acostarme. No tenía tanto sueño.

Eran los únicos que bajaban y de pronto los recuerdos inundaron su cerebro. La última vez que habían estado a solas en un ascensor, ella lo había tentado de tal manera que Micah había terminado pegándola contra una pared para uno muy, muy rápido. Los pensamientos de aquel momento le encendieron la sangre.

En ese momento ella se había situado en el otro extremo. Tenía la vista clavada en el vacío, como si no le importara nada en el mundo. Quiso encenderle la sangre del mismo modo en que Kalina le encendía la suya.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja y las puertas se abrieron, ella salió. Micah rio para sus adentros al pensar que intentaba poner distancia entre ellos. Aunque pretendiera lo contrario, era evidente que también ella había recordado la última vez que habían estado juntos en un ascensor.

En el patio habían establecido un bufé y en cuanto él salió a la terraza, su vista se vio atrapada por una visión panorámica del Himalaya, alzándose hacia un hermoso cielo de abril.

–¡Theo!

–Kalina, me alegra volver a verte.



Se volvió y vio cómo Kalina y Theo se abrazaban, sin sentirse en absoluto amenazado, ya que todo el mundo sabía lo entregado que estaba Theo a su hermosa esposa, Renee, una modelo internacional. Mientras respiraba el rico aire de la montaña, Micah se dirigió a la pareja. La última vez que los tres habían trabajado juntos, había sido en un encargo en Sídney. Beau también había formado parte del equipo.

Theo soltó a Kalina y se volvió hacia Micah con una sonrisa.

–Micah, me alegro de verte también. Es como en los viejos tiempos –afirmó Theo con un vigoroso apretón de manos.

–Sí, y por lo que tengo entendido, vamos a estar ocupados las dos próximas semanas.

Theo asintió con expresión seria.

–Hasta ahora, no se han producido más muertes, lo cual es una buena noticia.

Micah estuvo de acuerdo.

–Los tres podemos hablarlo durante el desayuno.

Kalina se sentó junto a Micah y trató de desenmarañar sus pensamientos. Pero no había nada que pudiera hacer con el calor que en ese momento le recorría el cuerpo. Era imposible ponerle una tapa. El deseo que fluía por ella era demasiado espeso para confinarlo. Por algún motivo, incluso entre las conversaciones que tenían lugar, no podía detener su mente de vagar entre los viejos recuerdos de lo que Micah y ella una vez habían compartido.

–¿Tú qué piensas, Kalina?

Los dos habían trabajado como epidemiólogos durante mucho más tiempo y habían visto y hecho mucho más que ella. Había disfrutado escuchando cómo analizaban las cosas, pensando que podría aprender mucho de ellos.

Micah, Theo y otro epidemiólogo llamado Beau Smallwood habían empezado a trabajar para el gobierno federal nada más salir de la facultad de medicina y eran buenos amigos; en especial Beau y Micah, que eran íntimos.

–Creo que aunque no podemos establecer suposiciones hasta disponer de los datos que las corroboren, estoy de acuerdo en que las muertes son sospechosas.

Micah sonrió. Mientras trataba de minimizar el efecto de esa sonrisa, se recordó que era alguien en quien no se podía confiar. Alguien que la había traicionado.

–Entonces, creo que lo mejor es que vayamos al laboratorio para averiguar a qué nos enfrentamos –afirmó Micah, levantándose. Fue a recoger la bandeja de ella, pero Kalina la retiró.

–Gracias, pero yo puedo tirar mi propia basura.

Él asintió.

–Como te plazca.

Al marcharse, oyó que Theo le susurraba a Micah:

–Mmm, amigo mío, parece que hay problemas en el paraíso.

Estuvo tentada de darse la vuelta y alertar a Theo sobre el hecho de que el «paraíso» se había terminado hacía dos años para ellos. Pero desterró la ira que sentía y continuó hacia el cubo de la basura.

Estaba a punto de girar cuando Micah apareció a su lado para deshacerse de sus propios restos.



–Deja de estar tan tensa conmigo, Kalina.

Lo miró, respiró hondo para no soltar algo grosero y le dijo:

–Que esté tensa, Micah, debería ser la menor de tus preocupaciones –luego se marchó.

La observó, admirando el contoneo de sus caderas. Los sentimientos que le inspiraba iban mucho más allá de lo sexual, pero era un hombre y esa mujer tenía un cuerpo que cualquiera apreciaría.

–Veo que sigue sin saber lo que sientes por ella.

Giró la cabeza y vio el humor en los ojos azules de Theo.

–No, no lo sabe.

–Entonces, ¿no crees que deberías decírselo?

Micah rio entre dientes.

–Con Kalina no sería tan fácil. Necesito mostrárselo, más que decírselo, ya que no cree ni una palabra que sale de mis labios.

–Parece que te espera una tarea ardua.

–Así es, pero al final habrá valido la pena.

Kalina fue plenamente consciente del momento en que Micah entró en el laboratorio. Con los ojos pegados al microscopio, no había alzado la vista. Era su primer día en Bajada y había requerido todo su control luchar contra la atracción que le inspiraba. Ella había desempeñado el papel de científica profesional y, con suerte, eso había colado. Al menos creía que Theo no lo había captado. Se hallaba demasiado absorto en los hallazgos de ese día en los informes del laboratorio como para notar que el aire que los rodeaba estaba cargado.

Pero ella no solo había percibido la poderosa química entre Micah y ella, sino que había notado la dura resistencia por parte de él. Por lo que veía, ambos intentaban resistirse al otro, algo que consideraba positivo.

A pesar de los dos años transcurridos desde su separación, siendo hombre y mujer, esa atracción era normal. Algunas cosas no podían evitarse. Pero con algo de suerte, en unos días pasaría y podrían ejecutar la misión para la que los habían enviado allí.

¿Y si no pasaba?

Esa idea le causó una sensación extraña en el estómago, a pesar de recordarse la traición de él, ya que cada vez que alzaba la vista y veía esa cara demasiado atractiva y sus ojos se encontraban, apenas era capaz de pensar con lógica.

Reconoció que se enfrentaba a un desafío, pero no sería la primera vez ni creía que la última. Nunca había sabido saltar a la cama de un hombre por el simple placer de hacerlo, y se había quedado sorprendida por la celeridad con que había aceptado tener una aventura con Micah dos años atrás. En la universidad había salido y se había acostado con un par de chicos. El resultado no había sido nada memorable. Al final había llegado a la conclusión de que el sexo y ella no cuajaban, lo que siempre le había parecido perfecto. De modo que cuando sintió las chispas volar entre Micah y ella de un modo que nunca antes había experimentado, había considerado que era una atracción que valía la pena explorar.



Se mordió el labio inferior, pensando que aquello había sido entonces y eso ahora. Había aprendido la lección acerca de Micah. Compartían una química que no se había mitigado con el tiempo.

Movió la cabeza. Sus pensamientos amenazaban con descontrolarse y era el momento de contenerlos. Había sido un día ajetreado, lleno de numerosas actividades y una conferencia con Washington que había durado un par de horas. En más de una ocasión había alzado la vista de sus notas y lo había sorprendido mirándola. Y cada vez que sus ojos se encontraban, un remolino de deseo le agitaba todo el interior y se apoderaba de sus sentidos.

–¿Has encontrado algo inusual, Kalina?

La voz profunda de Micah interrumpió sus pensamientos. Alzó la vista del microscopio y lamentó hacerlo. Se lo veía lo bastante atractivo como para comérselo. Literalmente.

Se había situado al lado de ella y eso había potenciado aún más la conciencia que tenía de la química existente entre ellos, que intentaba soslayar, aunque hasta el momento había resultado una tarea imposible.

–Creo que tienes que echarle un vistazo a esto –le dijo, apartándose para que pudiera mirar a través del telescopio.

Mientras él permanecía sentado en el taburete, absortó analizando lo que ella había querido que estudiara, lo observó unos momentos. Al rato, alzó la vista y la miró.

–¿Partículas granuladas?

–Sí, eso parecen ser, y apenas se notan. Pretendo separarlas para ver si logro precisar qué son. Existe la posibilidad de que la sustancia que entra en la corriente sanguínea no fuera un líquido, como dimos por hecho al principio.

Él asintió, coincidiendo con su suposición.

–Comunícame qué averiguas.

–Lo haré –Dios, necesitaba que le examinaran la cabeza, pero le era imposible apartar la vista de esos labios. Al ver que se movían, tardíamente comprendió que él había hablado—. Perdona, ¿has dicho algo? –inquirió, tratando de recuperar la compostura.

–Sí, dije que anoche soñé contigo.

Lo miró fijamente. ¿De dónde había salido eso? ¿Cómo diablos habían pasado de hablar de sus hallazgos bajo el microscopio a que él había tenido un sueño con ella?

–Y en mi sueño, te tocaba toda. Y saboreaba todo tu cuerpo.

El corazón le palpitó dolorosamente en el cuerpo. Sus palabras la dejaron sin habla y aliento. Y en vez de crísparla, lo que hacían era acariciarla en otras partes del cuerpo y sumirla en una fiebre sensual.

Respiró hondo y dijo:

–Pensé que ibas a mantenerte en tu sitio, Micah.

Él esbozó esa sonrisa sexy y ella sintió calor por todo el cuerpo. Unos pequeños agujonazos de deseo sexual, y la necesidad que durante dos años había tratado de soslayar, se expandieron con plena fuerza.

–Estoy manteniéndome en mi sitio, Kalina. Pero, ¿sabes cuál es el lugar que más me gusta?

Algo le dijo que no preguntara, pero de todos modos lo hizo:



–¿Cuál?

–En lo más hondo de ti.

No supo cómo pudo seguir de pie. Las piernas le temblaban y el corazón le palpitaba con más fuerza de la normal. Apretó los labios y desterró a un rincón de su mente todo lo que le gustaría hacerle a la boca de él.

–No tienes derecho a decir algo así –afirmó, moviendo la cabeza como si las palabras hubieran sido un recuerdo desagradable.

Él exhibió una sonrisa tunante.

–Tengo todo el derecho, en especial desde que prácticamente me has arruinado para poder disfrutar de cualquier otra mujer.

Lo que le faltaba oír. ¿Es que creía que no recordaba a la mujer que había ido a recogerlo el día anterior?

–¿Y qué ha sido de tu decisión de no implicarte con una mujer que no confiaba en ti?

Él rio entre dientes.

–Nada. Solo te he mencionado que anoche soñé contigo. Eso no significa nada. No existe ninguna implicación seria.

Ella frunció el ceño. Se estaba burlando de ella y eso no le gustaba. ¿En qué clase de juego andaba metido?

–Theo ya ha hecho planes para la cena. ¿Y tú?

Respondió sin pensar.

–No, no tengo ningún plan.

–Bien, entonces cenemos juntos.

–Acordamos no relacionarnos.

Volvió a reír entre dientes. Comer no es una relación, Kalina. Es un modo de satisfacer las necesidades corporales.

Ella guardó silencio, pero sabía muy bien lo que necesitaba su cuerpo.

–Cenar conmigo no es una condición necesaria para una aventura. Es donde dos amigos, antiguos amantes, colegas, como quieras describir nuestra relación, se sientan a comer. Conozco un lugar muy agradable cerca de aquí. Solía frecuentarlo la última vez que vine. Me gustaría llevarte.

«No vayas», le advirtió una voz interior. «Bastará con que te sientes frente a él a una mesa y lo veas comer». Tenía un modo de mover la boca tan sensual que daban ganas de llorar de emoción. Había necesitado todas sus fuerzas poder superar el desayuno de esa mañana.

–No creo que salir a cenar contigo sea una buena idea –respondió al final.

–¿Y por qué no?

–Principalmente, porque olvidaste añadir la palabra enemigo a la lista que describe nuestra relación. No me gustas.

–Bueno, da la casualidad de que tú a mí me gustas mucho –sonrió–. Y no nos considero enemigos. Además, tú no eres la parte agraviada aquí, lo soy yo. Soy un hombre inocente falsamente acusado de algo que no ha hecho.



Kalina se volvió hacia el microscopio mientras hablaba.

–Yo veo las cosas de forma diferente.

–Lo sé, entonces, ¿por qué no puedes venir a comer conmigo si nada de lo que diga o haga te hará cambiar de parecer? Yo solo te invité a cenar porque noté que durante el almuerzo has estado trabajando. Pero si te da miedo estar conmigo, entonces...

–No me da miedo estar contigo.

–Eso dices tú –giró para marcharse. Antes de llegar a la puerta, le dedicó una sonrisa por encima del hombro–. Si cambias de parecer acerca de la cena, me marcharé de aquí a eso de las siete y puedes reunirte conmigo en el vestíbulo.

Lo observó marcharse. Le desagradaba, razón por la que no estaba segura del motivo de que sus hormonas pudieran responder a él del modo en que lo hacían. La profundidad del deseo que sentía cerca de él era irreal. Y peligrosa. Solo potenciaba la tensión existente entre ambos, y el pensamiento de que quisiera que compartieran la cena la llenaba con un calor del que bien podía prescindir.

Lo mejor que podía hacer era quedarse y llamar al servicio de habitaciones. Era la elección más segura. Sabía que Micah ya no tenía un lugar en su vida. Entonces, a pesar de un ligero coqueteo, no sucumbiría. Ni se encerraría en su habitación porque no podía controlar la atracción que le inspiraba. Era hora de aprender a controlar la reacción que le producía. Habría otras misiones en las que trabajarían juntos y necesitaba dejar atrás de una vez por todas su relación pasada.

Se levantó y miró su reloj pulsera, decidiendo que, después de todo, cenaría con Micah. Pero se cercioraría de ser quien mantuviera el control en todo momento.



## CAPÍTULO 05

A las siete en punto, Micah salió del ascensor esperando no haberse excedido en el juego de su mano. Al mirar alrededor del vestíbulo y ver a Kalina sentada en uno de los sofás, experimentó una increíble sensación de alivio.

Se acercó a ella. Por la expresión en su cara, era evidente que la embargaba la aprensión ante la idea de que cenaran juntos, de modo que pretendía asegurarse de que lo pasara bien... al tiempo que se aseguraba de que recordaba lo que una vez habían compartido. Cuando lo vio y se puso de pie, un escalofrío de deseo le recorrió la espalda. Llevaba un vestido que le recordaba las piernas tan hermosas que tenía. Y su físico curvilíneo parecía hecho para ese atuendo.

Por si aceptaba, había decidido que su estrategia fuera no darle demasiada importancia al hecho de que lo acompañara. Sin embargo, le haría saber que apreciaba que se hubiera presentado.

Llegó hasta ella.

–Kalina. Estás guapa esta noche.

–Gracias. Creo que debemos dejar claras algunas cosas.

Imaginó que diría algo así.

–Esperemos hasta llegar al restaurante. Luego, podrás soltar lo que quieras –indicó, tomándola del brazo para cruzarla por el suyo.

Sintió la resistencia inicial antes de que se relajara.

–Perfecto, pero mantendremos esa conversación. No tengo ningún problema en cenar contigo, pero no quiero que te hagas ninguna idea.

Demasiado tarde. Ya se había hecho unas cuantas. Sonrió.

–Te preocupas demasiado. No es necesario que te pregunte si confías en mí porque sé que no lo haces. Pero, ¿podrías darme algo de margen?

Lo miró un momento más que el necesario antes de soltar un suspiro exasperado.

–¿Te importa que ya especialmente no me gustes más?

La tomó de la mano para guiarla fuera de la villa.

–Lamento oír eso porque decididamente tú sí me gustas. Siempre lo has hecho. Desde el principio.

–Eso es lo que tú dices –puso los ojos en blanco.

–Por lo tanto, lo sé –rio entre dientes.

Una vez fuera, liberó su mano. El aire estaba fresco, aunque ella había llevado un chal. Pudo visualizarla envuelta solo en eso, sin nada más debajo.

En una ocasión lo había hecho y aún no lo había olvidado. Había sido de color rojo. Él había aparecido en el hotel donde se alojaban en Sídney con la cena para llevar que había ido a comprar y ella había salido del dormitorio como una exuberante delicadeza roja. Había terminado siendo su festín de la noche.

–¿Daremos un paseo o iremos en taxi? –preguntó ella.



–Tomaremos un taxi y le diremos que vaya tranquilo para poder disfrutar de la hermosa vista. A menos que tú prefieras caminar. No está muy lejos.

–Me da igual –miró alrededor.

–En ese caso, el taxi.

El botones le abrió la puerta del taxi. Kalina se sentó atrás y Micah se acomodó a su lado. Al ser un vehículo no muy grande, disfrutaban de cierta proximidad que tampoco resultaba agobiante.

Una vez emprendido el trayecto, vio que él no dejaba de mirarla.

–Creía que habías dicho que pensabas disfrutar de la vista.

–Es lo que hago.

Se reprendió por olvidar lo mucho que él consideraba la seducción una forma de arte. Desde luego, debería saber que emplear ese encanto en ella era una pérdida de tiempo.

–¿Puedo hacerte una pregunta, Micah?

–Lo que quieras.

–¿Por qué haces esto? Me refiero a intentar seducirme. Estoy segura de que eres bien consciente de que es una pérdida de tu tiempo.

–¿Lo es?

–Sí.

Él guardó silencio unos momentos.

–Para responder tu pregunta, el motivo por el que lo hago es que espero que recuerdes.

No tuvo que preguntar qué esperaba que recordara. Ya lo sabía. Las cosas habían sido estupendas entre ellos. Todas las noches. Y las mañanas. Había sido el mejor amante que una mujer podía tener y había apreciado aquellas noches pasadas en brazos de Micah. Esos hombros anchos que tan bien conocía y a los que se aferraba mientras lo montaba de forma implacable. Y esas manos hermosas. Capaces de proporcionar un placer que hacía que olvidara todo lo demás. Unas manos que le recorrían todo el cuerpo, tocándola en lugares donde ningún hombre la había tocado antes, dejando una estela de calor a su paso.

Alzó la vista y vio que esos ojos castaños estaban clavados en los suyos, paralizándola y casi dejándola sin aire con esa intensidad. Deseó poder descartarla. Pero la atrapaba y le incrementaba los latidos del corazón. Un anhelo demasiado familiar se asentó entre sus muslos. Estaba haciendo que deseara algo que no había tenido desde que él se lo había dado.

–¿Recuerdas todas las cosas que solíamos hacer detrás de aquellas puertas cerradas, Kalina?

Claro que lo recordaba y dudaba de que alguna vez pudiera olvidarlo. El sexo había sido magnífico. El mejor. Pero todo había sido una mentira. Aquel recuerdo de su traición le atravesó el deseo y la obligó a soltar una carcajada.

–He de reconocértelo, Micah. Eres bueno.

Él se encogió de hombros antes de reponer con voz ronca:

–Siempre dijiste que lo era.

Y había sido la verdad.



–Sí, pero no eres lo bastante bueno como para volver a llevarme jamás a la cama de nuevo. Por si lo has olvidado, conozco los motivos por los que te acostaste conmigo –agradeció la partición de plexiglás que impedía que el taxista pudiera oírlos.

–Yo también los conozco. Te deseaba. Así de simple. Desde el momento en que entraste en la sala de baile del brazo de tu padre, supe que te deseaba. Y estar contigo en Sídney me brindaba la oportunidad de tenerte. Quería esas piernas a mi alrededor mientras yo te embestía. Quería tener mi cabeza entre tus muslos con el fin de conocer tu sabor, y quería que tú conocieras el mío.

Su cuerpo traicionero comenzó a responder a esas palabras. Una mirada de sensaciones revoloteó en su estómago.

–Todo fue por sexo, entonces –por una vez, intentó destruir el momento encendido.

–Al principio, sí –asintió–. Por eso te expuse mis reglas básicas. Pero luego...

Sabía que no debería preguntarlo, pero no pudo contenerse.

–Pero luego, ¿qué? –musitó.

–Luego el cazador se vio capturado por la presa.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla cuando el taxista les anunció por el altavoz que habían llegado. Miró por la ventanilla. Era un restaurante hermoso... pintoresco y romántico.

Él abrió la puerta y alargó el brazo para tomarla por la mano. La reacción al contacto la dominó al instante. Ese hombre podía provocarle anhelos sin siquiera intentarlo.

–Te va a gustar la comida que sirven aquí –después de ayudarla a bajar del taxi, no le soltó la mano.

La sensación de ese único dedo acariciándole la palma hizo que mantuviera la mano donde estaba.

–Estoy segura de que así será.

Entraron juntos al restaurante y Kalina no pudo recordar la última vez que lo habían hecho. Había sido agradable, embriagador, ser el centro de la atención de Micah Westmoreland.

Desconocía qué juego jugaba Micah esa noche o lo que intentaba demostrar. Lo único que sabía era que cuando se marcharan del restaurante, él sabría cuál era su postura y que no pretendía formar parte de ese juego.

–La comida aquí es deliciosa, Micah.

Él sonrió.

–Gracias. Esperaba que te unieras a mí ya que sabía que te encantaría todo lo que tenían en el menú. La última vez que vine, se convirtió en mi lugar predilecto para comer.

Recordó la última vez que había estado en Bajada. Se había sentido culpable de encontrarse tan lejos de casa, de la familia, en especial cuando los Westmoreland más jóvenes, a los que las muertes de sus padres había afectado con dureza, se habían rebelado con vehemencia.

Recibir una llamada de Dillon para informarle de que su hermano menor, Bane, había vuelto a meterse en problemas se había convertido en algo rutinario.

–Tenemos que hablar, Micah.

La miró y vio la expresión firme de su mandíbula. Había imaginado que Kalina tendría mucho que decir, por lo que había pedido que les dieran una salita privada en la parte de atrás, con vistas agradables, aunque no había nada más agradable que mirar a la mujer con la que cenaba.



En ese momento sabía que había caído en la manipulación de su padre, tal como le había sucedido a ella. El general había estado tan seguro de que él se sentiría tan irritado por el hecho de que Kalina no le creyera, que no perdería el tiempo tratando de convencerla de lo contrario. Y no lo había hecho. Había dejado que pasaran dos años mientras la mentira que ella consideraba verdad se ulceraba.

Pero había vuelto en busca de su perdón. No por lo que había hecho, sino por lo opuesto, lo que no había hecho, que era luchar por ella y demostrar su inocencia. Dillon lo había instado a ello en cuanto Kalina se enfrentó a él, pero había estado demasiado obstinado, demasiado dolido por la facilidad con la que ella había podido creer lo peor de él. En ese momento deseó haber luchado por ella.

–De acuerdo, puedes hablar que yo escucharé –dijo él, haciendo a un lado el plato mientras bebía un poco de vino.

–Quiero que pares con tus juegos.

–¿Y eso es lo que crees que hago?

–Sí.

Solo luchaba por su supervivencia del único modo que sabía. Pretendía lograr que confiara en él. Bajaría la guardia y la incluiría en su mundo, algo que no había hecho desde los tiempos de Patrice. La seduciría de vuelta a una relación y luego le demostraría que se equivocaba.

En esa ocasión haría las cosas de forma diferente y le mostraría que no era el hombre que ella creía.

–¿Y si te digo que te equivocas?

–Entonces, ¿cómo llamas lo que estás haciendo? –preguntó ella con tono frustrado.

–Ir en pos de la mujer que quiero –explicó con sencillez.

–¿Para meterme en tu cama?

–O cualquier otra manera que pueda conseguirte. No todo es sexual.

–¿Y esperas que me crea eso? –soltó un bufido femenino.

–La verdad es que no –rio entre dientes–. Numerosas veces me has dicho que no crees ni una palabra de lo que digo.

–Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por qué ibas a querer ir detrás de una mujer que no te desea?

–Pero sí me deseas.

–No, no es verdad –movió la cabeza.

–Claro que sí. A pesar de que te desagradó por lo que crees que hice, hay una parte de ti que me desea tanto como yo a ti. ¿Te lo demuestro?

–No puedes demostrar nada –entrecerró los ojos.

Decidió no discutir con ella.

–De acuerdo.

Kalina enarcó una ceja.

–¿O sea que estás de acuerdo con lo que acabo de decir?

–No, pero no me sentaré aquí para argüir contigo sobre ello.

Ella inclinó la cabeza.



–No vamos a argüir nada. Lo discutiremos. Las cosas no pueden continuar como hasta ahora.

–Bien, ¿qué sugieres?

–Que ceses los coqueteos y las insinuaciones sexuales. No los necesito.

Micah estaba bien al tanto de lo que ella necesitaba. Era lo mismo que necesitaba él. Una noche juntos. Pero compartir una noche sería solo el principio. En cuanto la tuviera de vuelta en su cama, pretendía mantenerla allí. Para siempre. Respiró hondo. La idea de «para siempre» con cualquier otra mujer bastaba para sumirlo en un ataque de pánico. Pero no con Kalina.

Dejó la servilleta sobre la mesa mientras la miraba.

–Ya que has sido tú quien los ha sacado, tomémonos unos momentos para hablar de necesidades, ¿de acuerdo? –ella asintió, lo que significaba que, al menos, escucharía lo que iba a sugerirle–. Aunque nuestra relación de dos años atrás empezó bien, terminó con una nota acre. No voy a repasar todo lo que pasó, todo sobre lo que falsamente me acusaste. Al principio me sentí muy irritado de que tuvieras una idea tan baja de mí. Entonces comprendí lo mismo que mencionaste un par de noches atrás en aquella fiesta... no me conocías. Jamás te di la oportunidad de conocer al verdadero Micah. De haberme conocido en serio, no habrías creído la mentira que te contó tu padre.

Ella guardó silencio, pero Micah sabía que eso no necesariamente significaba que estaba de acuerdo con él. Para Kalina, era culpable hasta que no demostrara su inocencia.

–Quiero que conozcas a mi verdadero yo, Kalina.

Bebió un sorbo de vino y mantuvo la mirada de él.

–¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

–Los dos tenemos unas vacaciones de treinta días en cuanto nos marchemos de la India. Me gustaría invitarte a que vinieras a casa conmigo.

Kalina se irguió en la silla.

–¿Ir a casa contigo?

–Sí.

Lo miró fijamente desde el otro lado de la mesa y por encima de la vela.

–¿Y dónde está exactamente esa «casa»?

–En Denver. Pero no dentro de la ciudad. Mi familia y yo somos dueños de tierras en Colorado.

–¿Tu familia?

–Sí, y me encantaría que la conocieras. Tengo catorce hermanos y primos en total que viven en Denver. Y luego están los primos que viven en Atlanta, Montana y Texas.

Era la primera vez que le mencionaba para algo a su familia, salvo el día en que habló brevemente acerca de sus padres ante la pregunta de ella.

–Qué familia tan diversa –ella no tenía ni hermanos ni primos. Era una bendición para él tener tantos.

Él se reclinó en la silla sin quitarle la vista de encima.

–Entonces, ¿vendrás?

–No –ni siquiera había tenido que pensárselo. No había ninguna razón para pasar sus vacaciones con Micah y la familia de este. ¿Qué iba a conseguir?



Como si él le hubiera leído la mente, dijo:

–Ayudará a arreglar las cosas entre nosotros.

–¿Y por qué voy a querer que se arreglen?

–Porque eres una persona justa y creo que en el fondo de tu ser quieres conocer la verdad tanto como yo quiero que la conozcas. Por los motivos que sean, y tengo mis sospechas acerca de ellos, tu padre mintió sobre mí. Necesito redimirme.

–No, no lo necesitas.

–Sí, Kalina. Que haya alguna vez algo entre nosotros, me importa. Como ya te he dicho, de verdad que disfruté del tiempo que pasamos juntos, y considero que si dejaras a un lado ese orgullo obstinado que tienes, también admitirías lo mismo.

Él tenía razón, lo había disfrutado. Pero el dolor de su traición no era algo que hubiera podido superar.

–¿Qué te ha hecho decidirte a invitarme a tu hogar, Micah?

–Te lo acabo de decir. Quiero que llegues a conocerme.

–¿Y no puede ser que planees que volvamos a acostarnos?

Él sonrió y bebió otro sorbo de vino.

–No te mentaré. Esa idea ha pasado por mi mente. Pero nunca me he impuesto a ninguna mujer y jamás pienso hacerlo. Me encantaría compartir una cama contigo, Kalina, pero el objetivo de este viaje es que me conozcas. Y también a mi familia.

Ella dejó su copa.

–¿Por qué quieres que la conozca ahora, Micah, cuando antes no lo quisiste? –notó la expresión seria que apareció en la cara de él. Lo observó mientras aguardaba una respuesta.

Después de beber un sorbo más de vino y tomarse su tiempo, finalmente le contestó:

–Se llamaba Patrice Nelson. La conocí en mi segundo año de universidad. Entonces yo tenía diecinueve años. Salimos brevemente antes de saber que ella era esa mujer especial y única. Di por hecho que pensaba lo mismo sobre mí. Llevábamos juntos unos meses cuando un avión que llevaba a mis padres cayó, matando a todos a bordo, incluidos al hermano de mi padre y a su esposa, mi tía.

Ella sintió como si acabara de recibir un golpe en el pecho. Había estado al corriente de lo de sus padres, pero no de que en el accidente hubiera fallecido más familia de Micah.

–Estaban muy unidos –continuó él–. Prácticamente lo hacían todo juntos, razón por la que iban en el mismo avión. Habían ido a pasar fuera el fin de semana. Mis padres tenían siete hijos y mis tíos ocho. Eso significaba que quince Westmoreland habían quedado huérfanos. Por ese entonces, nueve estaban por debajo de los dieciséis años, la mayoría de edad.

–Lo siento –comentó con un nudo en la garganta. Aún podía sentir su dolor. Debió ser un momento terrible para él.

–No obstante, todos logramos mantenernos juntos –explicó.

–¿Cómo?

–El mayor de todos los Westmoreland era mi hermano Dillon. Tenía veinticuatro años y acababa de graduarse en la universidad y tenía programado comenzar una carrera en el baloncesto profesional. Lo dejó todo para venir a casa. Dillon, y mi primo Ramsey, quien tenía



veinte, trabajaron duramente para mantenernos juntos, incluso cuando la gente los animaba a poner a los cuatro más pequeños en hogares de acogida. Se negaron. Dil, con la ayuda de Ramsey, nos mantuvieron unidos y juntos a todos.

En su voz pudo captar la admiración que sentía por su hermano y su primo. Entonces recordó a la mujer que en ese momento había en su vida.

–Y estoy segura de que esa tal Patrice estuvo allí para ti durante todo ese tiempo, ¿verdad?

–Sí, eso parecía. Me tomé un semestre libre para ayudar con las cosas en casa, ya que soy el tercero en edad de la familia, aunque solo un mes me separa de mi primo Zane –bebió un sorbo de vino y prosiguió–. Patrice vino a visitarme varias veces durante aquel semestre libre y llegó a conocer a mi familia. Le cayó bien a todos... menos a uno. Mi prima Bailey, la menor de los Westmoreland, apenas tenía siete años y Patrice no le gustó por motivos que no pudimos entender.

Guardó silencio un rato.

–En enero regresé a la universidad, un par de días antes que lo planeado. Fui directamente al apartamento de Patrice y...

–¿Y qué? –Kalina enarcó las cejas.

–Y la sorprendí en la cama con uno de sus profesores.

De todas las cosas que había imaginado que diría, ninguna era esa. Se miraron fijamente. Ella pudo percibir el dolor. El engaño de aquella mujer lo había herido profundamente.

–¿Qué sucedió después? –preguntó con curiosidad.

–Me fui a mi apartamento y ella me siguió. Me contó cuánto lo sentía. Dijo que consideraba que necesitaba ser sincera conmigo, al igual que consigo misma, así que también reconoció que no había sido la primera vez que lo hacía con uno de sus profesores, y tampoco sería la última. Dijo que necesitaba su licenciatura, que quería graduarse de las primeras de la clase y que no veía nada malo en lo que hacía. Dijo que si la amaba, lo entendería.

–¿Y tú lo entendiste? –inquirió Kalina atónita ante semejante desfachatez.

–No. Sus actos no solo me hirieron a mí, sino también a mi familia. Les había caído bien y se habían habituado a que estuviera con nosotros siempre que yo iba a casa. Probablemente no habría sido tan desagradable si las novias de Dillon y Ramsey no los hubieran traicionado por la misma época. No establecimos un buen ejemplo para los demás en cuanto a conocer y elegir a mujeres sinceras y honestas –tras una pausa, agregó con voz decepcionada–: Entonces me juré que jamás me involucraría con una mujer hasta el punto de traerla a casa a conocer a mi familia. Y he cumplido esa promesa... hasta ahora.

Bebiendo y sin apartar la vista de los ojos de Micah, ella no supo qué decir. ¿Por qué quebrantaba en ese momento el juramento por ella? ¿Tanto significaba para él que llegara a conocerlo mejor que en Sídney?

Reconocía que tenía razón. Aparte de estar familiarizada con lo bien que se desenvolvía en la cama, no conocía ni lo más mínimo de él, como su color favorito, su tendencia política o sus creencias religiosas. Eran cosas que carecían de importancia para una relación a corto plazo, pero esenciales para el largo plazo.

Pero ellos jamás habían mantenido una relación; simplemente habían disfrutado de la compañía del otro.



Y era muy consciente de que el motivo por el que en ese momento quería que lo conociera seguía sin tener nada que ver con lo que ella había querido, una relación para «siempre». Él daba por hecho que si llegaba a conocerlo, vería que se había equivocado al acusarlo de manipularla en nombre de su padre.

Sintió un nudo en la garganta y por primera vez se preguntó si se había equivocado sobre él y si su padre había mentado. ¿Y si era verdad que había empezado a significar algo para Micah tal como él afirmaba?

–No tienes que darme tu respuesta hoy, Kal, pero, por favor, piénsatelo.

Quebró el contacto visual y clavó la vista en la copa de vino, luego volvió a mirarlo.

–De acuerdo, pensaré en ello.

Él sonrió.

–Bien. Eso es todo lo que te pido –entonces miró la hora–. ¿Lista para irnos?

–Sí.

Al salir y parar un taxi, y una vez acomodados en su interior, ella dijo:

–Lo siento.

–¿Por qué? –enarcó una ceja.

–Tu pérdida. Tus padres. Tus tíos –no iba a disculparse por Patrice porque no veía que su ausencia representara una pérdida. Lo reconociera Micah o no, descubrir el engaño de su novia había representado una bendición.

–No compartí mi historia contigo buscando tu simpatía o pena –repuso sin pestañear.

–Lo sé –asintió. Él había dado los primeros pasos en dejar que fuera más allá de la guardia que había levantado. Por algún motivo, de verdad sentía que quería que llegara a conocerlo.

En ese momento dependía de ella decidir cuánto, si algo, quería conocerlo. Debía reflexionar si quería aceptar la invitación y pasar tiempo con su familia y él en Denver.

Esa misma noche, a oscuras en la habitación, con los brazos cruzados bajo la cabeza y la vista clavada en la oscuridad, Micah pensó que muy pocas personas conocían el verdadero motivo por el que Patrice y él habían puesto fin a la relación. Solo se lo había contado a Dillon, Ramsey y Zane, el primo con el que estaba más unido. Estaba seguro de que los demás daban por hecho que conocían la causa, pero él sabía que esas suposiciones ni siquiera se aproximaban a la realidad.

Encontrar a la mujer que amaba en la cama con otro hombre había sido traumático para él, y más después de haber pasado ya por un momento muy angustiante en su vida. Lo triste es que no había habido ningún remordimiento, ya que Patrice se había sentido justificada en hacer lo que había hecho.

Se movió en la cama y pensó en Kalina. Esa noche había disfrutado de su compañía y consideraba que la sensación había sido recíproca. Incluso había experimentado una conexión emocional con ella, algo que en años no había sentido con ninguna mujer.

Durante dos años cada uno había seguido su propio camino. Al principio, había estado tan indignado que le había importado un bledo. Pero por la noche permanecía despierto, deseándola y echándola de menos. Fue entonces cuando se había dado cuenta de lo mucho que se había metido en él. En los últimos dos años había viajado a varios países. Pero nada había podido erradicarla de su mente.



En ese momento había vuelto a su vida y pensaba emplear dicha oportunidad para rectificar un agravio. Siempre que ella aceptara ir a su hogar en Denver. Pero aunque no se lo había dicho, no pensaba aceptar un no por respuesta.

«Entonces, ¿qué vas a hacer si te rechaza, Westmoreland? ¿Secuestrarla?».

No sonaba como una mala idea, bromeó consigo mismo. Aunque de verdad esperaba que se lo pensara en serio.

En el taxi de regreso, incluso había averiguado que sabía montar a caballo y que sus abuelos habían sido agricultores en Alabama. Estos incluso habían criado, entre otras cosas, ovejas. Su primo Ramsey, el rancharo ovino de la familia, apreciaría saber eso. Y tenía ganas de mostrarle a Kalina su rancho. Esperaba que le gustara tanto como a él. Y...



## CAPÍTULO 06

Al día siguiente, Kalina se tensó al entrar en el laboratorio y recordar que ese día Micah y ella trabajarían allí solos. Theo se hallaba en otra zona analizando los gránulos extraídos de los cuerpos de las cinco víctimas.

Cerró a su espalda y lo observó. Se hallaba con la cabeza ladeada mientras estudiaba la solución en el matraz que sostenía a la luz. Le alegró que aún no fuera consciente de que había entrado.

Aún le daba vueltas en la cabeza a la petición que le había hecho la noche anterior, e incluso después de un sueño reparador, no había tomado una decisión. Había sopesado los pros y los contras de acompañarlo a Denver, pero ni eso había ayudado. Aunque habían llegado tarde de cenar, había tratado de ponerse en contacto con su padre. La persona con la que había hablado en el pentágono ni siquiera le informó del paradero en el que se hallaba, aduciendo que en ese momento era material confidencial. Había querido volver oír a su padre contarle cómo Micah había desempeñado un papel en mantenerla lejos de China. Una parte de ella creía que merecía conocer la verdad.

La humedad reinante hizo que cruzara los brazos. Al despertar había descubierto que llovía. Y aunque las duchas duraban solo diez minutos, habían bastado para encharcar las laderas de las montañas.

—¿Piensas quedarte ahí de pie o ponerte a trabajar? Hay mucho que hacer.

Ceñuda, se preguntó si tenía ojos en la nuca.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu fragancia te delató, como siempre.

Como casi todos los días usaba la misma colonia, lo dejaría pasar. Se alejó de la puerta al mismo tiempo que él se daba la vuelta. Y cuando esos ojos oscuros e intensos se clavaron en ella, se dio cuenta de que iba a ser uno de esos días de «babear por Micah». Ya los había tenido antes. Se lo veía muy atractivo. Seguro que el día anterior también lo había estado, pero en ese momento sus hormonas campaban a plena potencia, recordándole lo mujer que era y todas esas necesidades sexuales que había obviado durante dos años.

—Te he dejado los tejidos a ti —le indicó Micah.

—No hay problema.

Micah estaba enfrascado en su trabajo. La noche anterior lo había estado en ella. ¿Era el mismo hombre cuya mirada la había llenado con una lujuria encendida durante los trayectos en taxi al ir y volver del restaurante? ¿El mismo que se había sentado frente a ella y cuya mirada le decía que quería comérsela viva? ¿El mismo cuyos coqueteos e insinuaciones sexuales la había llenado de sensaciones de película X?

—¿Piensas trabajar algo o te vas a quedar ahí sentada soñando despierta?

No le gustó el comentario. Era obvio que no estaba de buen humor. Se preguntó quién le habría robado su juguete favorito. Aún no había alzado la vista del taburete alto en el que se sentaba ante el mostrador.

—Para tu información, se me paga por el trabajo que hago, no por el tiempo que me requiere llevarlo a cabo —agregó él.



Ella movió la cabeza. Y pensar que era el mismo hombre que había querido pasar treinta días con ella y su familia.

–En otras palabras...

–En otras palabras, doctor Westmoreland –ella apoyó las manos en la mesa y adelantó el torso–, puedo ocuparme de mis asuntos.

Él alzó la vista con una sonrisa en la cara.

–Sí, doctora Daniels, sé por propia experiencia que es muy capaz de hacerlo.

Entrecerró los ojos cuando se hizo evidente que en todo momento se había estado burlando de ella.

–Empezaba a cuestionarme acerca de ti, Micah.

–¿En qué sentido?

–Tu cordura.

–Ay.

–Te lo has ganado a pulso –no pudo contener una sonrisa.

–Ojalá me ganara otra cosa de ti. Tanto mi cordura como mi cuerpo lo agradecerían.

Ella enarcó las cejas y decidió que había llegado el momento de cambiar de tema.

–¿Cómo van las cosas? –preguntó–. ¿Has encontrado algo inusual?

Micah movió la cabeza.

–Aparte de lo que encontraste tú ayer, no, no pude dar con nada más. Ahora mismo Theo está diseccionando esas partículas de los tejidos. Quizá encuentre algo.

Ella suspiró con cierta frustración. Sí, solo era el segundo día, no obstante, estaba ansiosa por conocer los resultados de las muestras que analizaba Theo. Hasta el momento no se habían producido más muertes, lo que era bueno. Pero, al mismo tiempo, si no podían descubrir la causa, existía la posibilidad de que el mismo tipo de muerte pudiera repetirse.

–Ven a echarle un vistazo a esto –dijo Micah alzando la vista del microscopio.

Sin pensarlo, ella cruzó la estancia. Él bajó del taburete y ella lo ocupó. Miró en el microscopio y frunció el ceño. Luego lo miró confusa.

–No veo nada.

–Entonces es posible que no estés mirando en el lugar adecuado.

Kalina no estaba segura de lo que esperaba, pero no a Micah levantándola con gentileza del taburete para rodearla con los brazos. Su fragancia varonil la consumió e hizo que el fuego le recorriera todo el cuerpo. Y cuando la acercó más, pudo sentir toda la dureza de su cuerpo.

–No quiero esto, Micah –supo que era una mentira en el instante en que lo dijo, y por el calor de la mirada de él, también Micah lo supo.

–Entonces, es posible que deba convencerte de lo contrario –musitó segundos antes de bajar la boca a la de ella.

La intención de Kalina había sido apartarlo... pero en el momento en que separó los labios en un suspiro furioso y él aprovechó la oportunidad para introducirle la lengua, supo que estaba perdida. Las entrañas le temblaron ante la intensidad y fuerza de su lengua y el modo en que



comenzó a succionarla como si dispusiera de todo el derecho para hacerlo, como si fuera la última lengua que hubiera en la Tierra.

La estaba devorando. Dándose un festín con ella. Enloqueciéndola al tiempo que la probaba con una voracidad sexual que Kalina sentía hasta los dedos de los pies. Y una gran concentración de ese apetito se asentaba en la unión de sus piernas.

Y hablando de ese punto, sintió su erección... dura, rígida, presionándole el vientre, recordándole un tiempo en que había hecho algo más que pegarse a ella, cuando siempre terminaba dentro hasta el fondo. Era algo que no podía olvidar.

Y entonces comenzó a hacer algo que se vio empujada a realizar por el modo en que Micah le hacía el amor a su boca, al igual que por los recuerdos que la sobrepasaban. Igual que la última vez, comenzó a devolverle el beso, tomando la iniciativa al escapar del cautiverio de la lengua de él para capturársela con la suya.

Haciendo caso omiso a las emociones encontradas que la embargaban, lo besó con ardor, con un apetito que solo él podía despertar. Tomó posesión de esa boca y Micah la dejó. Le estaba permitiendo que hiciera lo que deseara. Lo que le complaciera.

Y el ruido gutural que oyó en ese momento y que no supo de quién procedía, en ese instante careció de importancia.

Micah ahondó el beso al tiempo que decidía que era el momento de tomar las riendas. De lo contrario, la tendría tumbada sobre la mesa más próxima con las piernas abiertas en un abrir y cerrar de ojos, sin que ninguno de los dos pudiera pensar en las consecuencias.

Como de costumbre, ella encajaba a la perfección en sus brazos y Kalina sintió como si ese fuera su lugar natural. No había nada como besar a una mujer hermosa que pudiera llenar la cabeza de un hombre con sueños encendidos por la noche y realidad ardiente durante el día. Le resultaba sencillamente asombroso el poder que podía ostentar una mujer sobre un hombre. En particular esa mujer sobre él.

Sin importar lo a menudo que lo hicieran, siempre quería más de ella. Por los gemidos que emitía, supo que disfrutaba del juego tanto como él.

Su cuerpo excitado tensaba con fuerza la cremallera de sus pantalones, suplicándole una liberación, esa parte de ella que había llegado a conocer tan bien en Australia. La fragancia femenina de Kalina flotaba en el aire y le llenaba los sentidos y el cuerpo con una lujuria encendida que hacía que la sangre volara por su cuerpo.

Un portazo en alguna parte hizo que se separaran de inmediato. Ella dio un paso atrás y cruzó los brazos, respirando con rapidez.

—No puedo creer que hicieras eso. ¿Y si alguien nos hubiera sorprendido?

Se encogió de hombros al tiempo que intentaba recobrar su propio aliento. Quería más del sabor de ella.

—Entonces, la interrupción me habría irritado bastante —respondió.

—Deberíamos estar trabajando —afirmó con mirada centelleante.

—Y lo hacemos. Sin embargo, tenemos derecho a unos descansos —se apoyó en la mesa—. Creo que necesitas relajarte un poco.

—Y tú serenarte. Has conseguido tu beso, Micah. Ya son dos. Si fuera tú, no intentaría buscar el tercero.



Tenía noticias para ella... intentaría conseguir el tercero, el cuarto, el quinto y muchos más. Era imposible que no volvieran a besarse.

–¿Por qué no podemos volver a besarnos? Estoy seguro de que hay muchos más de donde han venido esos dos.

Lo miró a los ojos.

–Lamento discrepar.

–Ya verás cómo te equivocas.

Ella entrecerró los ojos y a él le pareció absolutamente adorable.

–Si lo que intentas es impresionarme...

–No. Quiero que llegues a conocerme y lo que descubrirás sobre mí es que me encanta lo inesperado. Me gusta ser impredecible, y cuando se trata de ti, da la casualidad de que es una adicción.

–Gracias por comunicármelo. Tomaré todo eso en consideración mientras decido si te acompaño a tu casa en un par de semanas. Bien puedo comunicarte que nada de esto juega a tu favor.

–Jamás te tomé por una cobarde.

–La cobardía no tiene nada que ver. Es emplear la lógica y no ceder a los caprichos. Quizá tú deberías hacer lo mismo.

No pudo contener la sonrisa.

–Oh, encanto, estoy usando la lógica. Si fuera más sensato, te habría desnudado en vez de imaginar que lo hacía. De hecho, estoy haciendo algo más que imaginarlo, lo anticipo. Y cuando suceda, te prometo que justificaré cada gemido que saque de ti –sin hacer caso de la mirada de furia que le dedicó, miró la hora–. Creo que iré a comer algo. He terminado de apuntar mis hallazgos en el informe de hoy, pero si tú necesitas ayuda con lo que tengas que hacer, entonces...

–Gracias, pero puedo arreglarme sola.

–De nada. Y para que las cosas estén claras... La invitación a acompañarme a mi casa a Denver no tiene nada que ver con que te besara, acariciara o deseara hacerte el amor. La última palabra al respecto es tuya.

–¿De verdad? –enarcó una ceja.

–Absolutamente. Pero me gustaría advertirte de que no digas una cosa mientras tu cuerpo dice otra. Tiendo a prestar más atención al lenguaje corporal.

–Gracias por la advertencia.

–Y gracias por el beso –replicó él.

Ella frunció el ceño y él sonrió. Si tan solo supiera lo que le tenía reservado para después. Se quitó la bata del laboratorio.

–Volveré luego. No trabajes demasiado en mi ausencia. Quizá quieras empezar a ahorrar tu energía.

–¿Ahorrarla para qué?

Alargó la mano y le acarició levemente la mejilla con la yema de los dedos.



—Para cuando volvamos a hacer el amor —percibió el destello de fuego que apareció en los ojos de ella—. No es que pretenda aprovecharme, pero cuando descubras la verdad, que he sido falsamente acusado, supongo que querrás ser agradable conmigo. Y cuando lo hagas, estaré preparado. Y quiero que tú también lo estés. Estoy impaciente por volver a hacerte el amor y pienso lograr que valga la pena el infierno por el que me has hecho pasar, encanto.

La mirada que le lanzó ella lo convenció de que iba a disfrutar enormemente el momento.

Fue hacia la puerta y antes de abrirla se volvió y la recorrió de arriba abajo. Quería que sintiera el calor, su deseo. Quería que anhelara hacerle el amor tanto como él a ella.

Con gesto desafiante, Kalina le mantuvo la mirada en silencio. Él sonrió y le guiñó el ojo antes de marcharse.

Rindiéndose ante la prueba de que no podía dormir, se levantó.

Estaba convencida de que intentaba volverla loca adrede. Aunque no se había tomado más libertades con ella, el contacto visual le decía todo. Siempre que lo miraba a los ojos no había duda de lo que tenía en la mente. En más de una ocasión había alzado la vista del microscopio y se había encontrado con esos penetrantes ojos oscuros clavados en ella.

Sabía que él disfrutaba llegando hasta su último nervio, y parecía que ese nervio en particular tenía un cable eléctrico situado justo en la unión de sus muslos.

Había intentado centrar su concentración en el trabajo. Todos los resultados de las pruebas sobre los tejidos habían sido negativos. Aunque sospechaban que algún virus mortal había matado a esas cinco personas, el equipo aún no había sido capaz de dar con una causa o con datos concluyentes que sustentaran su hipótesis. Los gránulos seguían siendo un misterio y hasta el momento no habían podido rastrear la fuente. El gobierno hindú no estaba decidido a causar una conmoción importante sobre lo que consideraban algo aislado y no les dejaban realizar más pruebas con sujetos que habían enfermado pero se habían recuperado. El equipo había informado a Washington de los hallazgos realizados. Lo único que quedaba era levantar el campamento y volver. Kalina sabía que Micah seguía preocupado y así lo había expresado en su informe. Un virus contagioso ya era bastante malo, pero uno que no se podía rastrear era incluso peor.

Aunque había pasado una semana desde que la invitara a ir a Denver, todavía no le había contestado. Quedando solo tres días para marcharse de la India, seguro que él debía de estar preguntándose cuál sería la respuesta. Por desgracia, ella aún no tenía ni idea de cuál sería. Lo inteligente sería irse a Florida un mes, y más desde que Micah no le había facilitado nada la última semana, ya que aunque había evitado todo tipo de contacto íntimo, no había dejado de provocarla ni un segundo. Eran momentos en que no hacía más que mirarla con unos ojos encendidos tan poderosos como una caricia.

Respiró hondo. Hacía calor y necesitaba aire fresco. Después de ponerse la bata, cruzó la habitación, abrió los ventanales y salió a la terraza. El frescor la hizo temblar, pero no apagó el fuego que rugía en su interior.

En los últimos dos años había pasado cada día sin darle importancia al hecho de que estaba negando las necesidades sexuales de su cuerpo. Estar cerca de Micah le recordaba todo aquello de lo que había prescindido. La presencia de él avivaba los recuerdos de que la acariciara, la abrazara y la pegara a ese cálido cuerpo de hombre.

Echaba de menos unos besos masculinos, que le masajearan los pechos, la lengua de un hombre y la suave caricia de unos dedos varoniles entre sus piernas.



No había nada parecido a la penetración de un hombre excitado, entregándose por completo mientras ella hacía lo mismo con él.

Se le aceleró la respiración y el pulso ante lo que en ese momento era capaz de reconocer que se había perdido. Ningún otro hombre hacía más notable su abstinencia que el simple hecho de pensar en Micah. Se sintió encendida, increíblemente necesitada.

Nunca le había pasado nada semejante. Lo único que necesitaba era cerrar los ojos y recordar las caricias de Micah por su espalda antes de tomarle las nalgas con las manos y acercarla a la palpitante erección que tenía.

Los recuerdos eran abrasadores, hipnóticos y casi más que lo que era capaz de sobrellevar. Pero lo haría. No le quedaba elección. No permitiría que Micah pudiera con ella. Sin embargo, ella no tenía ningún reparo en hacer lo contrario... aprovecharse de él en la zona que había justo debajo del cinturón.

Se frotó la cara sin creerse lo que pasaba por su mente. Estaba a punto de darse la vuelta para entrar en la habitación cuando un movimiento debajo del balcón captó su atención. Un hombre estaba corriendo y no pudo evitar comprobar lo atractivo que era.

A pesar del frescor, llevaba una camiseta y unos pantalones cortos. Se preguntó quién en su sano juicio saldría a correr a esa hora de la noche.

Se apoyó en la barandilla y entrecerró los ojos. Entonces vio que se trataba de Micah. Era evidente que no era la única que no podía dormir. Eso le resultó interesante y se preguntó si el mismo deseo que la mantenía despierta también lo tenía atrapado a él en sus garras.

Estaba a punto de pasar por debajo de su terraza. Aparte del resplandor que emitía la luna, reinaba la oscuridad y no había motivo para que él levantara la vista... o eso dedujo. De forma errónea. De hecho, como si percibiera que Kalina estaba allí, se detuvo, miró hacia arriba y la paralizó con su mirada.

Y siguió mirándola hasta que su corazón latió diez veces más rápido. De pronto la brisa pareció morir y el entorno se volvió extremadamente quieto. Lo único que se percibía con claridad era su respiración entrecortada.

Le devolvió la mirada y vio que los ojos la devoraban de un modo en que no le dejó duda de que le atravesaba la bata. De hecho, si no tuviera la certeza de que llevaba puesta ropa interior, incluso ella pensaría que estaba desnuda. Quiriendo evitar los problemas inminentes que podrían surgir si continuaba esa situación, quebró el contacto visual.

Al instante él habló con voz ronca y profunda:

–Reúnete conmigo en la escalera, Kalina.

La petición la recorrió por su cuerpo ya excitado por lugares que no debería haber fluido. Experimentó unas emociones turbulentas. No supo si debería ir ni el por qué de llegar a satisfacer esa demanda.

Era lo bastante inteligente como para saber para qué quería verla. No hablarían ni del tiempo ni del virus. Y se dijo que estaría completamente loca si hacía lo que le había pedido.

Se alejó de la barandilla y regresó al interior, cerrando a su espalda los ventanales. Fue hacia la cama, se quitó la bata y estaba a punto de meterse entre las sábanas cuando se detuvo. Se dijo que él ya no le gustaba más, pero, ¿por qué negarse la oportunidad de disfrutar de una buena noche de sueño? Tenía anhelos que no había satisfecho en dos años y sabía por experiencia propia



que Micah en eso era muy bueno. No se amaban. Todo giraría en torno a necesidades y deseos que se verían satisfechos, nada más.

Se puso la blusa y la falda que se había quitado antes. Sabía lo que quería y más valía que Micah no jugara a ningún juego con ella, ya que no estaba de humor para ello.

Que el cielo la ayudara, pero solo estaba de humor para una cosa y en ese momento poco le importaba que él le cayera bien o no, mientras le eliminara el anhelo que la carcomía por dentro.

Micah iba de un lado a otro de la escalera tratando de ser optimista. Kalina aparecería. Se negaba a abandonar la esperanza. Había leído esa expresión en los ojos de ella. Había sido la misma que sabía que mostraban los suyos. Se deseaban de la misma manera. Toda la semana había estado jugando al gato y al ratón con ella, hasta el punto en que Theo le había dicho que hiciera algo al respecto del problema de actitud que tenía.

Había estado a punto de soltar una carcajada en la cara de su amigo. Con su actitud no había ningún problema; el problema se encontraba en su cuerpo.

Y ahí estaba. Esperando que ella no apareciera solo para mandarlo al infierno. Por lo que a él respectaba, ya estaba allí. Pasar dos años sin una mujer no había sido un picnic, pero no había deseado a nadie excepto a ella y por eso se había negado un sucedáneo.

No habría sido tan atrevido de pedirle que se reuniera con él en la escalera esa noche de no haber visto esa expresión específica en sus ojos. Lujuria encendida. La había captado muchas veces en los ojos de Kalina.

Se volvió al oír pisadas. Oyó el sonido del pomo al girar y su mirada permaneció clavada en la puerta. Respiró hondo. Se preguntó si sería ella. ¿Aparecería después de dos años de separación y el malentendido que aún existía entre ellos?

Cuando la puerta terminó de abrirse, soltó el aliento contenido. Era Kalina. No pudo dejar de mirarla, y cuanto más lo hacía, más la deseaba. Más necesitaba estar con ella.

Tenía que estar con ella.

Decidido a no dar por hecho nada debido a su aparición, avanzó despacio hacia ella con movimientos precisos. Sentía la erección que presionaba contra los calzoncillos.

Al llegar a su lado, alzó una mano para apartarle un mechón de la cara. Sabiendo que lo que pensaba era la verdad sobre él, entendió que había requerido un gran esfuerzo presentarse. Pretendía asegurarse de que no lo lamentara.

Iba a comentar algo, pero ella apoyó un dedo en sus labios.

–Por favor, no digas nada, Micah. Simplemente, hazlo. Tómame ahora y hazlo con intensidad.

Esas palabras le dispararon la sangre. Le apretó la mano con fuerza.

–Ven, subamos a mi habitación.

Ella movió la cabeza.

–No. Hazlo aquí. Ahora.

La miró largamente a los ojos.

–Yo no sugeriría eso si fuera tú –le advirtió–. Puede que consigas lo que quieres.

–Eso espero.



Captó el temblor en su voz y vio la urgencia en su expresión. Potenció toda la necesidad que bullía dentro de él y respiró hondo. No albergó ninguna duda de que iba a perder el enfoque, pero también de que iba a ganar algo más gratificante.

Entonces pensó en algo y maldijo para sus adentros.

–No llevo preservativos encima.

Sus palabras no parecieron desconcertarla. Simplemente, asintió.

–Sigo tomando la píldora y tengo buena salud.

–Yo también tengo buena salud –coincidió, y no consideró necesario reconocer que desde que había estado con ella no había vuelto a tener sexo con ninguna mujer.

–Entonces, hazlo, Micah.

–Lo que tú quieras, cariño.

Cerró la puerta de entrada a las escaleras antes de alzarla y pegarla contra la pared. Le levantó la falda y le abrió las piernas para que pudiera rodearlo con ellas. Su pene comenzó a sacudirse, endureciéndose aún más al bajar la cremallera del pantalón con el fin de liberarlo. Pasó las manos por las piernas de Kalina y sonrió al comprobar que no había ninguna braguita que debiera quitar de en medio. Estaba excitada y lista.

Igual que él.

Bajó la cabeza para tomarle la boca y al mismo tiempo apuntó su erección directamente hacia el centro de ella y comenzó a deslizarse dentro. Las manos de Kalina en sus hombros estaban acostumbradas a atraerlo para que encajara mejor.

La vio respirar hondo varias veces cuando quedó más atrincherado en su cuerpo. Él quebró el beso, cerró los ojos y echó la cabeza atrás a medida que le aferraba las caderas y el trasero y la penetraba más y más. Tenía la propia virilidad aferrada, succionada y estrujada por músculos femeninos.

Volvió a centrarse en sus labios con un beso profundo a medida que la embestía hondo, inclinándole el cuerpo para poder llegar hasta su punto G. Quería volverla loca, llevarla al abismo.

–Micah. Oh, Micah, no pares. Por favor, no pares. Echaba de menos esto.

No era la única. También él lo había echado de menos. En ese instante, algo fiero y abrumador lo desgarró y, como un martillo neumático fuera de control, la embistió con rapidez y fuerza. Estar dentro de ella de esa manera enviaba fuego por sus venas y lanzaba sangre a todas las partes de su cuerpo, en especial a la que los conectaba.

–¡Micah!

El orgasmo activó el suyo con una intensidad y un deseo ardiente que no dejaron libre ninguna parte de su cuerpo. Se adentró más en el cuerpo de Kalina. La explosión mezcló los fluidos cuando eyaculó con potencia dentro de ella. Kalina tembló de forma descontrolada mientras caía por el precipicio. Él la siguió.

Incapaz de contenerse, con la mano libre le apartó la blusa y el sujetador y plantó la boca en el pezón, succionándolo con fuerza. Al mismo tiempo, su cuerpo estalló en otro orgasmo y esa segunda explosión lo lanzó a alturas que no había escalado en dos años.

**Calor Intenso**  
**BRENDA JACKSON**  
**22º de la Serie Los Westmoreland**



En ese momento supo sin lugar a dudas lo que había estado faltándole en la vida. Y sin vacilación alguna entonces supo que pretendía cerciorarse de que ella no volviera a abandonarlo jamás.



## CAPÍTULO 07

Kalina abrió lentamente los ojos. De inmediato supo que aunque se hallaba en su dormitorio en la villa, no estaba sola en la cama. Tenía el trasero anidado contra unos duros músculos masculinos con una erección exaltada pegada contra el centro de su espalda.

Respiró hondo a medida que los recuerdos de la noche pasada la consumían. Micah tenía un modo especial de hacerla sentir femenina cada vez que la besaba, la tocaba o le hacía el amor. Y le había hecho el amor varias veces. Había sido como si ambos hubieran querido compensar los dos años de separación.

Tendiendo en cuenta los asuntos inconclusos existentes entre ambos, no estaba segura de que su pasión insaciable hubiera sido algo positivo. Pero la noche anterior no le había importado. Sus necesidades habían pasado por encima de su sentido común. En vez de concentrarse en la traición de él, se había centrado en todo lo que podía hacerle a su cuerpo. Y había ido más allá del deber para satisfacerla más que lo que imaginaba posible. En ese instante lo único que deseaba era mantenerse en la cama, estar ociosa y disfrutar.

–Cariño, ¿estás despierta? –preguntó Micah mientras pasaba una pierna por su cuerpo desnudo.

De no haberlo estado, ya lo estaba, pues la erección que tenía en la espalda se puso más rígida, si ello era posible. Respiró hondo, insegura de si ya se hallaba preparada para charlar con él. Sin embargo, sentirlo pegado contra ella le dio la impresión de que lo último que buscaba Micah era conversar.

–¿Kal?

Ella giró despacio.

–Sí, estoy despierta.

Él se apoyó en un codo y le sonrió.

–Buenos días.

Cuando iba a desearle lo mismo, le fue imposible. Él subió una mano por su cadera unos segundos antes de poseerle la boca. En cuanto sintió la lengua dentro de ella, se convirtió en una muñeca patética. Nadie besaba como Micah. Proyectaba todo lo que era en el beso.

Y mientras la besaba, recordó cada momento de lo que habían compartido.

Hicieron el amor dos veces en la escalera antes de que él la llevara hasta su habitación. Una vez allí, se habían desnudado y duchado juntos. Elaboraron lo vivido anteriormente bajo el chorro caliente de agua antes de enjabonarse el uno al otro. Él la había secado en un paso previo a lamerla por completo y volver a humedecerla.

Luego habían hecho el amor varias veces en la cama. Y lo último que recordaba era quedarse dormida completamente exhausta en sus brazos.

Fue Micah quien finalmente apartó la boca, pero no antes de lamerle los labios de un extremo al otro.

–Tienes que dejar de hacer eso –dijo ella con voz carente de convicción.

–Lo haré, cuando termine contigo –convino, mordisqueándole la comisura de los labios.



–Tienes que irte a tu habitación para que pueda vestirme para el trabajo, aparte de que tú también necesitas vestirme.

–Luego.

Y empezó a besarla de nuevo, con más ardor que antes. Intentó soslayar el placer que la sobrepasó, pero no pudo. De modo que se convirtió en una receptora gustosa y aceptó todo lo que él le dio. Fue algo tan poderoso, que cuando al fin Micah apartó la boca, se sintió literalmente mareada.

–Echaba de menos eso –murmuró él junto a su oreja–. Y también esto –se situó encima de Kalina, le alzó las caderas y la penetró con un movimiento fluido. La observó un momento eterno antes de comenzar a entrar y salir de su cuerpo–. Estar dentro de ti es increíblemente estupendo, Kal –susurró. Oh, nena, me estás matando –gruñó, incrementando la intensidad de las embestidas.

Kalina quiso discrepar. Era él quien la mataba. Era su cuerpo el que recibía el ejercicio de una vida entera. La sangre la recorría de arriba abajo, enviándole olas de choque que crecían y llegaban a todas partes. Nunca le habían hecho el amor de forma tan completa.

Su mente dejó de pensar cuando él gritó su nombre justo segundos antes de que el cuerpo se le sacudiera en un orgasmo poderoso. Kalina sintió la esencia de esa liberación volar directamente a su útero. La sensación activó un caos de sensaciones que se soltaron dentro de ella.

–¡Micah!

–Estoy aquí, cariño. Déjate llevar. Entrégate a mí por completo. No contengas nada.

Aunque lo intentara, le fue imposible contener algo. La potencia de su necesidad por él la aturdía, pero quisiera reconocerlo o no, sabía que lo que Micah y ella compartían era especial. Quería creer que solo estaba destinado para ellos.

Incluso cuando salió de su cuerpo, siguió abrazándola. Se había quedado quieto y ella se preguntó en qué pensaría. Como si le hubiera leído la mente, la tomó por el mentón e hizo que lo mirara.

Le dio un beso casi etéreo en los labios.

–Cena conmigo esta noche.

De inmediato recordó que una cena después de una noche de pasión era como había comenzado su aventura. Y después de la cena, habían vuelto a la casa de ella y habían mantenido una relación íntima durante dos meses gloriosos.

–Ya hemos hecho eso, Micah –ante la mirada confusa que recibió, agregó–: La cena y todo lo que va con ella. ¿Recuerdas Sídney? Un lugar diferente. La misma técnica. Una cena casual fue el comienzo de las cosas entre nosotros la última vez.

–Tienes que comer.

–Sí, pero no tienes que ser tú quien esté siempre ahí para alimentarme. Ya soy una chica crecida. Puedo cuidar de mí misma.

–De acuerdo. –se acercó para pasarle la lengua por el contorno del lóbulo de la oreja–. ¿Qué quieres de mí?

Ella rio entre dientes.

–Lo que obtuve anoche y esta mañana fue estupendo. No guardo quejas.

La miró ceñudo.



–¿No deberías querer más?

–¿Estás preparado para darme más? –replicó Kalina.

Él pareció ponerse serio con la pregunta.

–Quiero que llegues a conocer al verdadero Micah, Kal. No me has comunicado si estás dispuesta a acompañarme a casa o no.

Principalmente porque había tratado de quitarse la invitación de la cabeza.

–Necesito más tiempo.

–Solo te quedan dos días –le recordó.

Lo sabía. Y no estaba más cerca de tomar una decisión que dos semanas atrás. Acostarse juntos únicamente había servido para complicar las cosas. Pero no se arrepentía. Había necesitado una válvula sexual. Lo había necesitado a él.

–Bueno, ya está –le dijo Micah a Kalina y a Theo varias horas después, al final del día laboral–. No se ha informado de más muertes, y con el caso de los pocos supervivientes, el gobierno hindú no nos deja acercarnos lo suficiente para llevar a cabo un examen, ya que no tenemos prueba de que estén vinculados y las personas han sobrevivido.

–Los síntomas iniciales eran los mismos. Podrían haber sobrevivido por muchas razones –comentó Kalina con frustración.

El único modo de garantizar que los militares estadounidenses tuvieran un mecanismo preventivo allí en caso de que el virus surgiera otra vez, era creando una vacuna. Micah y su equipo no habían sido capaces de lograrlo. Los elementos químicos empleados no eran fácilmente rastreables en el cuerpo humano después del fallecimiento. Y la única señal de anormalidad que habían podido encontrar era la dilatación de la lengua. Aparte de eso, lo único que tenían era un virus sin explicación que se presentaba como la muerte por causas naturales.

Los tres sabían que no había ni un ápice natural en dichas muertes, pero no había nada que pudieran hacer en ese caso, salvo presentar un informe de sus hallazgos en Washington y esperar que ese tipo de «enfermedad misteriosa» no volviera a surgir. Antes de que el gobierno hindú hubiera bloqueado cualquier examen adicional a los supervivientes, Kalina había logrado obtener muestras de sangre que había fletado a Washington para que las sometieran a estudios más exhaustivos.

–Yo me marcho esta noche –indicó Theo, poniéndose de pie–. He quedado con Renee en París para uno de sus espectáculos. ¿Adónde iréis ahora vosotros dos?

–Yo me voy a casa en Denver –respondió Micah. Luego la miró a ella expectante.

–Yo aún no estoy segura de cuál será mi destino –indicó ella sin mirarlo.

–Bueno, cuidaos. Me voy a mi habitación a hacer las maletas. Ha sido muy divertido, pero tengo ganas de irme.

Micah también tenía ganas de ir a casa a relajarse un poco. Decidió que no volvería a preguntarle a Kalina cuál sería su decisión. Le había dejado bien claro que quería que pasara con él su tiempo libre.

Le estaba ofreciendo la oportunidad que nunca antes le había dado de llegar a conocerlo, pero era algo que ella tenía que querer. Hasta el momento, no daba la impresión de desear acometer dicho esfuerzo.



La estudió unos momentos.

–Bueno, ¿qué planes tienes para la noche? –debido a las palabras de ella aquella mañana, no quería preguntarle específicamente sobre la cena.

Kalina respiró hondo.

–No estoy segura. Puede que decida acomodarme en mi habitación con un buen libro.

–De acuerdo.

Contuvo el deseo de decirle que se quedaran juntos. Sin importar lo que habían compartido la noche anterior y esa mañana, Kalina tendría que invitarlo a pasar más tiempo con ella. La decisión tenía que ser suya... aunque no había nada malo en asegurarse de que tomara la correcta.

–Voy a alquilar un coche y a dar un paseo más tarde –ofreció.

–¿En serio? –lo miró–. ¿Adónde?

–Ningún sitio en particular. Solo necesito alejarme de la villa un rato –sentía que ambos lo necesitaban, aunque se marcharían de la India en un par de días, se habían quedado en las instalaciones durante casi toda la investigación–. Si te apetece, estás invitada a acompañarme.

Pudo ver que ella lo deseaba, pero era renuente a aceptar la invitación. No pensaba presionarla.

–Bueno, nos vemos luego.

Casi había llegado a la puerta cuando ella dijo:

–Micah, si estás seguro de que no te importa tener compañía, me gustaría acompañarte.

Soltó un suspiro de alivio para sus adentros.

–No, no me importaría. Me encantaría que me acompañaras. Y hay un club que pretendo visitar, así que ponte los zapatos de baile –y sin decir una palabra más, se marchó.

¿Zapatos de baile?

Movió la cabeza. A ella le encantaba bailar, pero a él jamás lo había visto hacerlo. Al menos no durante los dos meses que habían estado juntos.

Llamaron a la puerta y contuvo el aliento. Incluso con la distancia que los separaba, sentía el impacto de su presencia. Después de hacer el amor aquella mañana, Micah había ido a su habitación para vestirse antes de que ambos se reunieran abajo con Theo. Ese había sido el último día de todos en el laboratorio. Tenían el siguiente libre para lo que quisieran y el viernes se marcharían de la India.

El mayor Harris ya la había llamado dos veces para preguntarle adónde quería ir una vez que regresara a Washington, y Kalina seguía sin estar segura de querer reunirse con Micah en Denver.

Sabía que debía decidirse pronto.

Fue a abrir. El lento examen al que la sometió Micah le hizo saber que había hecho lo correcto al ponerse el vestido que llevaba.

–Se te ve muy bien –alabó con una sonrisa.

–Y a ti –le devolvió la mirada antes de reír entre dientes–. Pasa un momento. Has venido un poco temprano y aún no he cambiado de bolsos.

–Tómame tu tiempo.



La siguió al salón y ocupó el sillón que ella le ofreció. Lo dejó solo unos momentos antes de ir al dormitorio.

–Ya estoy lista –comentó al volver–. Lamento haberte hecho esperar.

Con una sonrisa, él se puso de pie.

–No hay problema –durante un momento ambos guardaron silencio, mirándose. Al final fue él quien habló–: No voy a fingir que anoche y esta mañana no existieron, Kal.

Ella asintió despacio.

–No recuerdo habértelo pedido.

Tenía razón.

–Bien, entonces creo que esto es seguro para mí, ya que llevo todo el día muriéndome por hacerlo.

La acercó y bajó la boca a la de ella.

Los brazos que rodearon a Kalina eran cálidos y protectores. Y gentil la mano que le acarició la espalda.

Pero nada podía compararse con la boca que la tomaba con movimientos pausados y profundos. El deseo empezó a surcarla y no pudo hacer otra cosa que gemir de placer. No había otras dos lenguas que pudieran unirse como las de ellos.

Él modificó la postura para acercarlos y ella sintió la presión de su erección dura. No le molestaría nada en absoluto si le sugería que no salieran esa noche.

Pero al final él quebró el contacto, no sin antes darle un beso fugaz en los labios.

–Me encanta tu sabor –susurró con ardor.

–Y a mí el tuyo –respondió ella con una sonrisa.

–Tendré que recordar eso.

–Hazlo –convino con tono travieso.

Kalina siempre había pensado que podría manejar cualquier situación o a cualquier persona, pero aproximadamente una hora después de marcharse de su habitación ya no estaba tan segura. Veía un lado de Micah que nunca antes había visto. Había empezado con el recorrido por el campo; y continuó cuando aún quedaba suficiente luz para disfrutar de la sección de la ciudad que no habían visto, en particular de las tiendas situadas al pie del Himalaya.

Había cenado en un restaurante del distrito comercial y la comida había sido deliciosa. En ese momento se hallaban en el club nocturno que les había recomendado el director del restaurante.

Se encontraba en los brazos de Micah en la pista de baile. La música era lenta y sus cuerpos se movían a un ritmo perfecto. Apenas era consciente de su entorno. El interior del club estaba en penumbra y abarrotado. Era evidente que se trataba de un lugar popular que alternaba una orquesta en vivo con un *disc jockey*.

–Me gusta este sitio. Gracias por traerme.

–De nada.

–Y este es nuestro primer baile –añadió.

Él la abrazó con más fuerza y sonrió.

–Espero que no sea el último.



También ella lo esperaba. Le gustaba la sensación de estar en sus brazos en otro sitio que no fuera el dormitorio. Era agradable. Pero podía percibir que la deseaba por el duro bulto que la presionaba cada vez que sus cuerpos se juntaban. También le gustaba saber que era deseada. Apreciaba en especial el conocimiento de que podía causarle eso... incluso en un club nocturno lleno en el centro de una pista de baile.

–Excalibur.

Ella lo miró desconcertada.

–Perdona.

–Mi segundo nombre es excalibur.

Ella parpadeó, preguntándose por qué le contaba eso.

–Oh, de acuerdo.

Él rio entre dientes.

–No lo sabías, ¿verdad?

–¿Se suponía que debía saberlo? –se encogió de hombros.

–Ojalá lo hubieras sabido. Debería habértelo contado. Tuvimos una relación de dos meses.

Sí, pero su aventura se había centrado más en el sexo que en la conversación.

–Sé más sobre ti que tú sobre mí, Kalina.

–¿Eso crees? –ladeó la cabeza.

–Sí.

–Bien, entonces, cuéntame qué sabes –indicó.

Apretó los brazos en torno a su cintura mientras se movían al son de la música.

–Tienes veintisiete años. Tu segundo nombres es Marie. Tu cumpleaños es el quince de junio. Tu color favorito es el rojo. Odias la remolacha. Tu madre se llamaba Ivonne y murió de cáncer cuando tú tenías diez años –sonrió orgulloso de sí mismo–. ¿Qué te revela eso?

Ella lo miró unos momentos, como si ordenara sus pensamientos.

–Que yo hice más confidencias que tú.

Rio al oír eso.

–Más o menos. Lo que me revela a mí es que tú compartiste más de ti conmigo que yo contigo.

Ya habían llegado a la conclusión de que no sabían mucho el uno del otro. Bien, él tenía más información. No pasaba nada. Lo que habían compartido esos dos meses había sido una cama, no mucho más.

–No debería haber sido únicamente sexo entre nosotros, Kalina. Puedo verlo ahora.

En eso sí que discrepaba. Su relación jamás pretendió ser algo más que sexo. Durante esos dos meses, había llegado a conocerse íntimamente pero no intelectualmente, y así era como lo había querido.

–Si lo que dices es cierto, Micah, nadie me lo dijo. Recuerdo con claridad que tú estableciste las reglas para una relación sin ataduras. Y recuerdo que yo acepté dichas reglas. Tu carrera era tu vida, igual que la mía.



Al parecer le había dado algo en lo que pensar, ya que no dijo nada a eso. La música cesó y la condujo de vuelta a la mesa. Los esperaba un camarero para tomarles el pedido. Él le apartó la silla.

Los modales impecables que tenía era algo que no podía negarle.

–Tus hermanos y tus primos tienen la misma educación que tú.

–Acompáñame a Denver y averígualo tú misma –le guiñó un ojo.

Ella puso los ojos en blanco con exasperación.

–No te piensas rendir, ¿verdad?

–No. Creo que me debes la oportunidad de limpiar mi nombre.

Guardó silencio mientras el camarero depositaba sus copas delante de ellos. Luego ella bebió un sorbo de vino y preguntó:

–¿Es importante para ti limpiar tu nombre, Micah?

Se reclinó en la silla y la observó.

–Si de verdad me conocieras como quiero que me conozcas, no me preguntarías eso.

Una parte de ella quería creer que de verdad anhelaba que lo conociera mejor, que no había hecho lo que su padre había afirmado. Pero, ¿y si iba a Denver con él, llegaba a conocerlo y, al final, seguía considerando que era capaz de llevar a cabo lo que lo había acusado de hacer?

–Micah...

–Me lo debes, Kalina. Creo que he sido más que justo, si tenemos en consideración que soy inocente de todo lo que me has acusado. Como ya te he dicho, me debes la oportunidad de demostrar que tu padre mintió.

Ella respiró hondo y se preguntó si de verdad se lo debía. No dispuso de mucho tiempo para reflexionarlo. Él alargó el brazo y le tomó la mano. Un simple contacto de Micah le hacía cosas, hacía que sintiera lo que no quería sentir.

–No había querido volver a hacer el amor contigo hasta que no hubiéramos resuelto las cosas entre nosotros –expuso él con voz baja–. Pero te deseaba y sabía que tú me deseabas a mí. ¿Haría que te sintieras más cómoda yendo a casa conmigo si prometiera no tocarte durante nuestra estancia allí?

Ella entrecerró los ojos.

–No, porque terminarías encontrando maneras de tentarme hasta el punto en que yo terminaría siendo quien te buscara a ti. Soy bien consciente de esos juegos tuyos, Micah.

Él no lo negó.

–De acuerdo, entonces. Somos adultos. Con necesidades. Pero el objetivo de que vayas a Denver conmigo no es el de continuar nuestra interacción sexual. Quiero dejarlo bien claro desde el principio.

Lo había dejado claro más veces que lo que Kalina quería recordar. Con un nudo en el estómago, se preguntó cuándo iba a reconocer que la renuencia que sentía de ir a Denver era que podía terminar demasiado apegada a él, a su familia, al entorno...

El corazón le martilleó ante la idea de que eso sucediera.



Durante años, en especial tras la muerte de sus abuelos, se había sentido como una solitaria. Había tenido a su padre... siempre que lograra quedarse en un sitio el tiempo suficiente para estar con ella. Pero su relación no era la típica de padre e hija. En el fondo creía que él la quería, pero también sabía que expresaba ese amor tratando de controlarla.

Mientras acatará las órdenes que daba como si fuera un soldado a su mando, permanecía en su estima. Pero como se rebelara, habría un precio alto que pagar. El único motivo por el que se había disculpado por sus actos acerca del cancelado viaje de ella a Beijing era que, por primera vez en su vida, veía que podía enfadarla lo suficiente como para perderla. Y los dos lo sabían. Y aunque él jamás lo había reconocido, era tan inconformista e independiente como ella.

Bajó la vista y vio que Micah aún le sostenía la mano. Era una sensación agradable. Demasiado agradable. Pensó en retirarla, pero decidió dejarla donde estaba, ya que él parecía satisfecho de sostenerla. Se le aceleró la respiración cuando comenzó a acariciarle la palma con suavidad. Era un contacto tan estimulante.

Sus miradas se encontraron. Él dejó de acariciarle la piel y entrelazó los dedos con los de Kalina.

–Vamos, quiero tenerte otra vez en mis brazos.

La condujo a la pista de baile y ella apoyó la cabeza en su pecho. Micah la rodeó con los brazos. El corazón le latía con fuerza contra la mejilla y su erección volvía a presionarle con fuerza el estómago. Sonrió. ¿De verdad él creía que podrían ir juntos a Denver sin llegar a compartir una cama?

–He tomado una decisión, Micah. Iré contigo.



## CAPÍTULO 08

–Bienvenida a mi casa, Kalina.

Se hizo a un lado para dejarla entrar y echar un vistazo alrededor. En su cara vio asombro y admiración. No le había comentado qué esperar y en ese momento se alegró de no haberlo hecho. Era la primera visita oficial que cualquier mujer hacía a su casa, descartando a sus parientes. Lo que Kalina pensara le importaba mucho.

En el testamento de su bisabuelo se había estipulado que a la edad de veinticinco años cada heredero Westmoreland recibiría una tierra de cien acres. Al ser el mayor, Dillon se había quedado con el hogar de la familia, que incluía la enorme casa familiar que se levantaba en más de trescientos acres de tierra.

Micah había establecido una carrera como epidemiólogo y al cumplir los veinticinco años ya vivía en Washington. Durante años había mantenido la tierra sin trabajar y siempre que iba a casa, se quedaba en la de Dillon. Pero cuando éste se casó y formó una familia propia, Micah sintió que había llegado la hora de construir su propia casa.

Se había tomado seis meses libres para supervisar el proyecto. Habían sido los seis meses posteriores al fin de su relación con la misma mujer que en ese momento se hallaba en su salón. Había necesitado algo para ocupar su tiempo y sus pensamientos, y construir esa casa parecía el proyecto ideal.

Podía contar con los dedos de una mano las noches que había pasado allí. La última vez había sido para la boda de su hermano Jason, en agosto. Había sido agradable quedarse en su propia casa y la logística había funcionado a la perfección, ya que toda su familia vivía cerca.

–Bueno, ¿qué te parece? –preguntó, dejando el equipaje de Kalina junto a la puerta de entrada.

–¿Este lugar es para una persona?

No pudo evitar soltar una carcajada. Sabía por qué lo preguntaba. La mansión de Micah se alzaba en el Lago Gemma, el enorme caudal de agua que su bisabuelo había bautizado así en honor de su abuela cuando se estableció allí tantos años atrás. La enorme casa de estilo rancho tenía dos plantas con más de mil ochocientos metros de espacio de vivienda.

–Sí, reconozco que dejé que Gemma me convenciera para dejarme llevar, pero...

–¿Gemma?

–Una de mis primas. Es diseñadora de interiores. Para aprovechar al máximo el lago, dio por hecho que necesitaría la segunda planta, y en cuanto al tamaño, supuse que cuando dejara de trabajar para los federales, querría establecerme, casarme y tener una familia. Era mucho más fácil construir la casa de mis sueños ahora que ir añadiendo cosas más adelante.

»Tuve que irme durante unos meses al Perú y al regresar, la casa estaba casi acabada. Me tomé más tiempo libre y estuve aquí cuando Gemma comenzó a decorarla.

–Es preciosa, Micah.

Le alegró que le gustara.

–Gracias. Prácticamente le di a Gemma un cheque en blanco y ella se dedicó a lo suyo. Desde luego, como no era su dinero, decidió ser un poco extravagante y ostentosa –sonrió–. Hasta hace



un año, usaba esta casa como modelo para mostrar su trabajo siempre que intentaba impresionar a clientes nuevos. Y como puedes ver, su trabajo habla por sí solo.

–Desde luego –Kalina miró alrededor–. Tu prima tiene mucho talento. ¿Ya no está en el negocio?

–Sigue en él.

–¿Pero ya no necesita tu casa como modelo? –inquirió Kalina.

–No, porque desde que se casó con Callum, principalmente vive en Australia. Él es de allí. Tienen un hijo de dos meses de edad. Los conocerás en algún momento de la próxima semana. Vienen a casa de visita.

Había dado órdenes estrictas a su familia para que se mantuviera lejos de su casa con el fin de que le dieran tiempo para asentarse con su invitada. Desde luego, todo el mundo estaba ansioso de conocer a la mujer que había llevado con él.

–Van a ser unos treinta días interesantes –dijo ella mientras admiraba un cuadro enorme en la pared.

–¿Por qué dices eso?

–Bueno –se encogió de hombros–, todos esos indicadores que vi al venir hacia aquí. La Casa de Jason. El Refugio de Zane. Canyon's Bluff. La Red de Ramsey. La Mazmorra de Derringer. La Fortaleza de Stern... ¿Necesito continuar?

Él rio entre dientes.

–Eso debes agradecerse a mi prima Bailey. Le... dimos el honor de bautizar la parcela de tierra de todos y se le ocurrieron algunas extravagancias –recogió el equipaje de ella–. Ven, te llevaré a tu habitación. Si no te apetece subir las escaleras, tengo un ascensor.

–No, no hay problema. Además, me da la oportunidad de soltar los músculos del largo vuelo que hemos tenido.

Lo siguió a una de las habitaciones situadas en la segunda planta. No se habían acostado desde aquella noche que habían pasado juntos en la escalera. Pero eso no significaba que la idea no había pasado por su mente unas cuantas veces.

–¡Vaya! –Kalina entró en el cuarto de invitados y no pudo evitar quedarse atónita, mirando alrededor.

La habitación mostraba tonalidades chocolate, blancas y verde lima. Todo, desde la cama enorme con dosel hasta las cortinas y los cojines, hacían juego a la perfección. Las paredes estaban pintadas de blanco, lo que le daba a la habitación amplitud y claridad. Del otro lado de la ventana enorme, había una vista panorámica del lago que ella había visto al llegar. Tenía un cuarto de baño privado del triple de tamaño que el de su casa de Virginia. Además de un jacuzzi y una ducha.

El que le diera un cuarto de invitados indicaba que Micah quería que la relación pasara de lo físico a lo mental. Simplemente, no estaba tan segura de coincidir con la lógica de él. Podía llegar a conocerlo mientras compartían cama y tampoco entendía por qué él no opinaba lo mismo. Lo vio depositar el equipaje sobre la cama mientras ella seguía observando otros aspectos interesantes de la habitación.

–Ahora entiendo por qué Gemma utilizó tu casa como piloto –dijo Kalina, deteniéndose ante él–. De hecho, debería figurar en una de esas revistas de arquitectura y decoración.

–Lo hizo. El año pasado. Tengo una copia abajo. Si te apetece, puedes leer el artículo.



–De acuerdo.

–Te dejaré descansar y relajarte. Pretendo preparar la cena más tarde.

–¿Cocinas? –ella enarcó una ceja sorprendida.

–Por supuesto. Y se me da bastante bien, ya lo verás –se adelantó y le dio un beso suave en los labios–. Y ahora descansa un poco.

Unas horas más tarde, Kalina cerró los ojos mientras saboreaba la comida que tenía en la boca.

–Mmm, está delicioso –dijo, abriéndolos y mirando a Micah del otro lado de la mesa.

Después de disfrutar del jacuzzi, había dormido un poco y despertado unas horas más tarde ante el olor de algo que se cocinaba en la cocina de abajo. Se había puesto una camiseta, unos pantalones y, sin molestarse en calzarse, había bajado y encontrado a Micah ante el fogón. Descalzo, sin camisa y con unos vaqueros de cintura baja, parecía el epítome de todo lo que era sexy mientras se movía por la espaciosa cocina. Lo había estado observando y visto lo cómodo que se sentía cocinando. No pudo evitar admirarlo.

Miró alrededor de la cocina.

–¿Qué buscas? –preguntó él.

Lo miró y sonrió.

–A tu chef.

–Aquí no encontrarás a ninguno –comentó con tono risueño–. Todo esto lo he hecho yo. No me gusta cocinar especialmente, pero no me moriré de hambre si tengo que hacerlo yo.

De eso ya no le cabía la menor duda. Había preparado un pudín de carne, arroz con salsa, judías verdes y té con hielo. Le explicó que había llamado con antelación para que su prima Megan fuera al supermercado a hacerle compras. Había adquirido todo lo que le había pedido y algunas cosas que no había apuntado... como los tres sabores de helado que en ese momento había en el congelador.

–¿Alguna vez te sientes solo aquí, Micah?

La miró a través de la mesa y rio.

–¿Bromeas? Estoy rodeado de parientes. Intento ponerme al día en mi descanso cada vez que vengo a casa, pero ellos no lo hacen fácil. Aunque no estoy aquí la mayor parte del tiempo, estoy involucrado en el negocio familiar. Tengo una parte en el negocio de mi hermano y mi primo de cría de caballos, en el negocio de ganado ovino de mi primo Ramsey y estoy en la junta de Blue Ridge Land Management –le contó que su padre y su tío habían fundado la empresa años atrás y que su hermano Dillon era presidente ahora.

Kalina reconoció de inmediato el nombre de la empresa. Solo pudo sentarse y mirarlo fijamente. No había tenido idea de que era uno de esos Westmoreland.

No es que tener mucho dinero lo fuera todo, pero le hablaba de su carácter más que lo que él imaginaba. Trabajaba porque quería hacerlo, no porque lo necesitara. Sin embargo, siempre trabajaba tanto como cualquier miembro del equipo... a veces incluso más duramente. No pudo evitar preguntarse por qué había elegido su especialidad y por qué estaba tan comprometido y entregado a ella.

Durante la cena le habló más de su familia, en especial de las correrías de los primos y hermanos jóvenes.



–¿Y dices que sois quince? –preguntó, apartando su plato.

–Sí, del clan de Denver. Todo el mundo está aquí excepto Gemma, que ahora vive en Sídney, y los pocos que aún siguen en la universidad. No hace falta decir que el período de vacaciones representa un momento divertido para nosotros porque todos estamos en casa –al levantarse para llevar los platos al fregadero, preguntó–. ¿Te apetece salir más tarde a pasear a caballo? He pensado en darte un recorrido del resto de la casa y luego recorrer el resto de mi propiedad.

–Me encantaría –repuso entusiasmada.

Él volvió a sentarse junto a ella.

–Pero primero creo que necesitamos hablar.

–¿Sobre qué? –enarcó una ceja?

–Sobre la cama en la que dormirás.

Y antes de que pudiera responder, la había alzado en vilo para llevarla de la cocina al salón y depositarla sobre su regazo en el sofá.

Micah sonrió ante la expresión confusa en el rostro de Kalina.

–No sabía que existiera un debate acerca de dónde iba a dormir –no lo engañó ni por un instante.

–¿No? Te coloqué en la habitación de invitados por un motivo.

–Entonces quizá necesitamos volver a tratar esa necesidad sobre tu política de no sexo.

–Será menos complicado si durante un tiempo no compartimos la cama.

–¿Hasta que llegue a conocerte?

–Sí.

–Discrepo de tu lógica de adoptar ese enfoque, en particular desde que me deseas. ¿Lo niegas?

¿Cómo iba a poder negarlo si tenía una erección que estaba seguro de que Kalina podía sentir, si prácticamente la tenía sentada sobre ella.

–No, no lo niego, pero como ya dije cuando te invité aquí, quiero que...

–Llegue a conocerte –concluyó ella–. Te he oído. Más veces que las que quería. Y no considero que el hecho de que compartamos una cama tenga algo que ver con lo que hagamos fuera del dormitorio.

–Bueno, pero yo sí. La última vez que mantuvimos una relación fue estrictamente sexual. Ahora quiero hacer que cambies el modo en que piensas de mí.

–¿En qué sentido? –pareció realmente confusa.

Deseó poder contarle la verdad, que era la mujer que quería por encima de todas las demás. Que quería casarse con ella. Tener hijos con ella. Pero todo lo que quería no significaba nada hasta que Kalina pudiera confiar en él. Jamás serían lo que él anhelaba hasta que no fuera capaz de creer que no era el hombre que su padre se había inventado. Y en esa ocasión Micah se negaba a dejar que el sexo relegara esos deseos.

–Quiero que pienses en otras cosas que no sean solo el sexo cuando se trate de nosotros, Kalina –expuso.

–¿Por qué? –preguntó ceñuda.

Podría contarle lo que sentía, pero no creía que le creyera.



–Porque ya hemos estado ahí antes. Hasta tú dijiste que nuestra relación estaba empezando con la misma técnica. Quiero que pienses que en esta ocasión es diferente.

De pronto en la facciones de ella apareció una percepción nueva, pero él tuvo la impresión, incluso antes de que Kalina abriera la boca, de que fuera lo que fuere lo que estuviera pensando, era completamente erróneo.

–De acuerdo, creo que ya lo entiendo –afirmó.

–¿Y qué es lo que entiendes? –preguntó con temor.

–Eres uno de los Westmoreland mayores y crees que deberías establecer un ejemplo para los demás –comentó como si su suposición tuviera una lógica absoluta.

–¿Establecer un ejemplo para los demás en qué sentido? –preguntó.

–Presentándome como una amiga y no como una amante. Mencionaste que tu prima Bailey era joven e impresionable.

Tenía que mantener la cara seria. Y contenerse de poner los ojos en blanco. En cuanto conociera a Bailey, comprendería lo absurda que era dicha afirmación. Aunque tenía veintitrés años, Bailey probablemente no tenía una gran vida sexual, posiblemente gracias a sus hermanos y primos mayores y protectores. Y ya había dejado atrás la fase impresionable. Bailey podía maldecir peor que un estibador. Y tanto sus hermanos y primos como él ya habían llegado a la conclusión de que el hombre que se enamorara de ella merecería la máxima admiración... además de la compasión de la familia.

–Créeme. No tengo que ocultar mi vida amorosa ante nadie. Todo el mundo aquí es adulto y comprende lo que hacen los adultos.

–En ese caso, ¿qué otro motivo podrías tener para no querer que nos acostemos juntos? A menos que...

La miró unos segundos, y al ver que no continuaba, la instó a seguir:

–¿A menos qué?

–Nada –bajó la vista a las manos en su regazo.

Volvió a tener la impresión de que fuera lo que fuere lo que le molestara, era erróneo. Le alzó el mentón y le acercó la cara.

–Y yo sé muy bien que no estás pensando lo que creo que estás pensando, menos cuando mi deseo por ti está a punto de atravesar mi cremallera. No hay modo en que puedas negar que lo sientes.

Ella asintió despacio.

–Sí, puedo sentirlo –musitó.

También él, aparte de que era mucho más consciente que antes de lo mucho que la deseaba.

Despacio, ella se humedeció la comisura de los labios.

–Entonces, ¿por qué me niegas lo que quiero? ¿Por qué te lo niegas a ti mismo?

Tuvo que pensar mucho para recordar porque se lo estaba negando a ambos. Tenía un plan. Un pequeño sacrificio en ese momento representaría muchos dividendos para los años venideros. Le costó recordarlo porque en ese momento ella eligió mover el pequeño trasero sobre su regazo, contra la cremallera, haciéndolo consciente de lo agradable que era sentir su erección contra esas nalgas.



–¿Kalina?

–¿Mmm?

–Para –dijo en un tono que sabía que era débil. Tampoco ayudaba mucho haber fantaseado que hacían el amor en ese mismo sofá.

–No, no quiero parar y no puedes obligarme –aseveró con esa voz obstinada típica de ella.

En ese instante bajó la lengua para lamerle la zona de su mentón y él gimió.

–Me encanta tu sabor, Micah.

Oír esas palabras equivocadas hizo que recordara lo mucho que también le gustaba el sabor de ella. Respiró hondo con la esperanza de encontrar resistencia. Pero el aroma femenino le reveló lo mucho que la deseaba. Pudo imaginar la dulzura de su néctar.

Pensó en todo... contar ovejas, los cuadros de la pared, el hecho de que aún no hubiera recogido la mesa de la cocina... pero nada pudo despejarle la mente de su aroma o del modo en que empleaba la lengua. Ya había bajado para lamerle las clavículas. Maldijo no haberse puesto una camisa.

–Cariño, tienes que parar –la instó con voz tensa.

Ella no le prestó atención y continuó con lo que la ocupaba. Micah se dijo que daría cualquier cosa por algo que interrumpiera lo que ella estaba haciendo, porque empezaba a perder el poder de voluntad de ponerle fin.

Unas sensaciones ardientes y palpitantes remolinearon en sus entrañas cuando ella se deslizó por su regazo. Cuando dedujo lo que estaba a punto de hacer, era demasiado tarde. Le había bajado la cremallera e introducido la mano en los vaqueros para conseguir justo lo que quería. Él la rodeó con más fuerza con la intención de incorporarla, pero una vez más llegó tarde. Kalina bajó la cabeza y lo tomó en su boca.

Kalina soslayó el tirón de su cabello y mantuvo la boca plantada con firmeza sobre Micah. Cuando acabara con él, se pensaría dos veces lo de resistirse a ella, no darle lo que deseaba o actuar según pensamientos necios, como que no compartieran una cama cuando había hecho todo el trayecto hasta Denver justo para estar con él.

Por lo que se veía, le sobraba descaro, pensó mientras encajaba la boca con firmeza sobre él, aunque a duras penas, ya que era muy grande. Era el único hombre al que alguna vez le había hecho eso. La primera vez no había estado segura de haberlo realizado bien. Pero él le había asegurado que sí y también que había disfrutado mucho. Quizá si le proporcionaba más disfrute empezaría a pensar tal como ella quería que pensara. O, por el momento, simplemente dejara de pensar.

–Maldita sea, Kalina, por favor, para.

Oyó su súplica, aunque no le pareció muy convincente, de modo que continuó, y al rato el tirón de su pelo cesó. En ese momento enroscaba los bucles del cabello alrededor de los dedos para mantenerle la boca justo donde la tenía. No hacía falta. No pensaba irse a ninguna parte.

O al menos eso pensaba. Pero de pronto él la alzó y la arrojó sobre el sofá. Luego le quitó la camiseta por la cabeza y le bajó los *shorts* y las braguitas, dejándola totalmente desnuda.

Sintió por todo el cuerpo el calor de su mirada, en particular en el núcleo femenino.

–No es necesario que desperdicies una buena erección, Micah –comentó con descaro.



Fue evidente que él estaba de acuerdo. Se bajó los vaqueros y los calzoncillos por las caderas musculosas, no perdió tiempo en desprenderse del todo de la ropa antes de moverse para ocupar su lugar entre las piernas abiertas de ella.

Ella alzó los brazos para recibirlo y susurró:

–Piensa en esto como un merecido festín que me debes hace tiempo.

Antes de que Kalina pudiera reír su propia ocurrencia, él le tomó la boca en el instante en que la penetraba, sin detenerse hasta llegar al fondo. Y luego comenzó a moverse, alimentando su deseo hasta el punto de llevarla casi al descontrol. Ella alzó las caderas del sofá para recibir cada duro embate.

Luego se apartó de su boca, la miró y le preguntó con voz gutural:

–¿Por qué?

–Porque carece de sentido negarnos este placer.

No dijo si estaba de acuerdo o no con ella. Simplemente, apoyó las manos en el trasero de Kalina y le alzó las caderas para que pudiera recibir su embestida descendente.

Le encantó el modo en que se movía dentro de ella. Era como si quisiera usar su cuerpo para darle un masaje, aunque no estaba segura qué quería establecer. Alzó los brazos y le tomó el rostro entre las manos, obligándolo a mirarla.

–¿Qué? –preguntó Kalina sin aliento.

Justo cuando iba a responder, se lo pensó mejor y se agachó y volvió a apoderarse de sus labios. Los pensamientos abandonaron su mente cuando se sintió tan inmersa en ese beso y en el modo en que acariciaba el interior de su cuerpo.

Ella le apoyó las manos en los hombros y al instante le rodeó el cuello a medida que cada sensación se intensificaba. Luego su cuerpo estalló y a él le sucedió lo mismo de forma simultánea. Gritaron el nombre del otro.

Con una oleada que la recorrió por completo, ella llegó a la conclusión de que era un placer que se hallaba más allá que cualquier cosa que jamás hubiera sentido.

Había sido mejor que cualquier fantasía y no se le ocurría una manera mejor de que le dieran la bienvenida en la mansión de Micah.



## CAPÍTULO 09

Después de hacer el amor, Kalina había perdido el sentido. Irritado por su propia debilidad, la había alzado en brazos y subido las escaleras hasta la habitación. Después de depositar el cuerpo desnudo bajo las sábanas, se había marchado y cerrado la puerta.

Mientras se maldecía y se llamaba todo tipo de cosas, había limpiado la cocina, sacado la ropa de sus maletas y lavado algo de ropa en la lavadora. Una vez terminadas todas esas tareas, en el exterior reinaba la oscuridad. Luego había ido a su despacho para llamar a su familia y comunicarle que ya había vuelto. La mayoría lo había supuesto al ver luces en su casa. Les comunicó que tanto su invitada como él harían acto de presencia cuando estuvieran preparados. Terminó acordando llevarla a cenar a la casa grande a la noche siguiente.

Una vez que colgó el teléfono, eran casi las nueve de la noche y lo sorprendió no haber oído a Kalina. Fue a buscarla y la encontró aún dormida. Enfadado consigo mismo por ceder a la tentación y olvidando momentáneamente su plan, se fue a acostar.

Se despertó alrededor de la medianoche con el sonido de pisadas que bajaban la escalera. Fue muy consciente cuando se detuvieron ante la puerta cerrada de su dormitorio antes de continuar hasta la planta baja. Supo que Kalina había ido a saquear la nevera... probablemente el helado de tres sabores que guardaba allí.

Al despertar aquella mañana había vuelto a comprobar cómo se hallaba. En algún momento durante la noche se había puesto un pijama y en ese momento dormía encima del edredón. Había requerido toda su fuerza de voluntad no desnudarse y tumbarse a su lado.

Luego se había enfadado consigo mismo por pensar que no debería haber dejado que durmiera sola. Debería haberle hecho el amor toda la noche. Debería haber dejado que durmiera en sus brazos. Debería haberla despertado esa mañana haciéndole el amor.

Desterrando esos pensamientos necios de su cabeza, había ido a la cocina. Había preparado el desayuno, dejándolo al fogón para que se mantuviera caliente, antes de ir al granero. Prefería no estar alrededor cuando Kalina despertara. Esa mujer era pura tentación.

–Buenos días, Micah. Ya estoy lista para salir a montar.

Giró en redondo y clavó la vista en el rostro de Kalina.

–¿De dónde has salido?

Sonrió y lo miró como si le hubiera hecho una pregunta boba.

–Del interior de la casa. ¿En qué otra parte podría haber estado?

–No te oí acercarte –frunció el ceño.

Ella hizo un gesto displicente con la mano.

–Lo que tú digas. Ayer prometiste llevarme a montar a caballo, pero no llegamos a cumplirlo porque estábamos ocupados en otras cosas. Ya estoy lista.

Acentuó el ceño al recordar cuáles eran esas cosas. Llevaba puestos unos vaqueros y botas viejos y una camisa a cuadros. Intentó no centrarse demasiado en el modo en que los vaqueros le ceñían el cuerpo, instándolo a acariciarle cada curva. Estaba estupenda, y le costó que los ojos no se le desencajaran.

–¿Vamos a montar o no?



–Perfecto –convino, recogiendo su sombrero Stetson de un anaquel en la pared del granero–. Vamos a montar.

Kalina no podía creerse que Micah estuviera de malhumor solo porque lo había tentado a hacerle el amor. Pero ahí estaban, yendo lado a lado sobre las monturas y él prácticamente sin hacerle caso.

Cuando detuvo los caballos junto a una cordillera para que pudiera observar el valle, lo observó a hurtadillas. Exhibía una expresión lóbrega y la sombra de su mentón indicaba que esa mañana no se había afeitado. Se lo veía tan sexy y tan devastadoramente atractivo que prácticamente era una excitación andante. Le había costado no sugerir volver a la casa para hacer el amor. Pero sabía que estaría tentando su suerte.

–¿Hay algún motivo por el que me miras, Kal?

Ella sonrió para sus adentros.

–Ninguno. Solo pensaba.

La miró directamente, se echó el sombrero para atrás y esos ojos le provocaron sensaciones que ya flotaban en su estómago.

–¿Y en qué piensas?

–En tu estado de ánimo. ¿Eres por lo general una persona taciturna?

Ceñudo, miró hacia el valle.

–No soy taciturno –musitó.

–Sí, lo eres.

–El sexo pone a la mayoría de los hombres de buen humor. Veo que contigo consigue justo lo opuesto. Eso me resulta bastante interesante.

La miró.

–No lo entiendes, ¿verdad?

–Es evidente que no –se encogió de hombros, Por lo tanto ¿qué te parece si me iluminas en lo que no entiendo?

Él respiró hondo.

–No es nada –musitó.

–Es obvio que ay algo, Micah.

–No hay nada –persistió. Luego miró el reloj de pulsera–. Le prometí a todo el mundo que te llevaría a cenar a la casa grande. Se mueren por conocerte.

–Lo mismo digo –la observó durante demasiado rato–. ¿Qué? –inquirió ella, preguntándose por qué no dejaba de mirarla.

Él movió la cabeza.

–Nada. Te prometí un recorrido del lugar. Vamos. Volvamos a casa.

Tardó unos momentos en comprender lo que había dicho él.

Volvamos a casa.

Aunque sabía que Micah no había querido decirlo del modo en que sonó, lo dijo como si fueran una pareja casada y la mansión fuera de ambos. Se preguntó por qué de pronto se sentía decepcionada de que el hogar de Micah jamás sería suyo.



–Kalina me cae muy bien, Micah, y no se parece en nada a lo que había esperado.

Bebió un sorbo de su copa mientras se hallaba con Zane en un costado y observaba cómo sus primas y primos políticos habían aceptado a Kalina y la hacían sentir como si estuviera en casa. La sonrisa de ella le indicó que se sentía cómoda con ellos.

Micah miró a su primo.

–¿Qué esperabas?

Zane rio entre dientes.

–Otra científica loca como tú. Alguien que iba a aburrirnos con toda esa jergonza científica. Desde luego, no esperaba a una doctora sexy. Diablos, si no estuviera contigo, yo mismo pasaría al ataque.

Micah no pudo evitar sonreír. Su primo era el seductor de la familia.

–Estoy seguro de que lo harías, y me alegra que no sea así. Agradezco la lealtad.

–De nada. Pero tal vez deberías dejarles bien claro los límites a los gemelos cuando lleguen la semana próxima.

Pensó en Aidan y en Adrián y en los problemas en los que les gustaba meterse, en particular en el Condado de Westmoreland.

–No has traído a ninguna mujer para presentárnosla desde Patrice. ¿Significa esto algo especial?

Bebió otro trago de su copa antes de decidir ser completamente sincero.

–Algún día pretendo casarme con Kalina.

Zane esbozó una sonrisa.

–Lo imaginaba. ¿Y ella lo sabe?

–Aún no. Intento darle la oportunidad de que llegue a conocerme.

Si a Zane ese comentario le pareció extraño, no lo manifestó. Cambió de tema y puso al día a Micah en cómo iban las cosas en la comunidad.

Cuando Zane terminó, Micah comentó:

–No he oído a Dillon decir si Bane iba a venir a casa.

Zane se encogió de hombros.

–No estoy seguro, ya que quizá se encuentre entrenándose en alguna parte.

Micah asintió. Todo el mundo sabía el objetivo de su hermano menor de convertirse en un SEAL de las Fuerzas Especiales, al igual que su misión de encontrar algún día a la mujer que había dejado hacía unos años. Y conociéndolo, sabía que Brisbane terminaría por lograr ambas cosas.

–Kalina me cae bien, Micah.

Este se volvió cuando su hermano Jason se acercó. Era el miembro más reciente de la familia casado, y tanto su esposa Bella como él esperaban mellizos. Los bebés llegarían en cualquier momento.

–Me alegro, ya que es posible que termines por acostumbrarte a verla por aquí –comentó Micah.

–¿Significa eso que estás a punto de jubilarte como científico loco de los Westmoreland para volver a casa e iniciar una familia?



–No, nada de eso. Me encanta mi carrera y a Kalina le pasa lo mismo. Solo significa que trabajaremos juntos más tiempo y que siempre que venga a casa, lo haremos juntos.

Bebió un trago y pensó que lo que acababa de decir sonaba realmente bien.

Todas las mujeres que la rodeaban se desvivían por hacer que lo pasara bien. Todas se habían esforzado en hacerla sentir como en casa. Todas eran cálidas y amigables.

Incluso Bailey, que Micah le había advertido que se había mostrado distante con Patrice, fue más que amigable y Kalina sintió que la cálida hospitalidad que le ofrecía era auténtica. De inmediato aceptó la invitación que le hicieron de ir de compras con ellas aquella semana y hacer otras cosas como ver un par de películas de chicas, visitar el spa e ir al salón de belleza para que las peinaran. Querían tener una semana «divertida». Dado el estado de ánimo presente de Micah, supuso que pasar tiempo lejos de él no sería una mala idea.

Después de que regresaran de pasear a caballo, Micah había seguido mostrándole la casa y ella había quedado más que impresionada con lo que había visto. El dormitorio de él la había dejado sin habla y no pudo imaginarlo durmiendo solo en esa cama enorme. Pensaba ponerle remedio a la situación. Carecía de sentido común dormir en camas separadas. Sabía que no iba a gustarle, pero tendría que superarlo.

–Mmm, me pregunto por qué Micah mira hacia aquí ceñudo –le susurró Pam, esposa de Dillon–. Es esa expresión de «no has hecho lo que te dije».

Kalina sonrió.

–Echa humo por algo que hice, pero tendrá que aceptarlo.

Pam rio entre dientes.

–Sí, al final lo hará. De vez en cuando les gusta salirse con la suya pero no consideran que eso pueda ser un deseo recíproco para nosotras. No hay nada malo en demostrarles que «la suya» no siempre es la mejor forma.

Horas más tarde, sentada al lado de Micah mientras regresaban a la mansión, Kalina recordó la conversación mantenida con Pam. Quizá seguir desafiando sus expectativas, demostrarle que su elección no era la mejor elección, era como debía seguir manejando a Micah.

–¿Lo has pasado bien, Kalina?

Lo miró. No le había hablado mucho durante la velada, aunque la única vez que había abandonado su lado había sido cuando las mujeres habían ido a reclamarla. Si esa era su manera de hacer que llegara a conocerlo mejor, estaba muy lejos de su objetivo.

–Sí, ha sido maravilloso. Disfruté charlando con las mujeres de tu familia. Todas son agradables. Me han caído muy bien.

–Tú también a ellas. Pude verlo.

–¿Y qué me dices de ti, Micah? ¿Te caigo bien?

Pareció sorprendido por la pregunta.

–Sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

–Mmm, por nada en especial.

Miró el paisaje que volaba ante la ventanilla del coche y sintió que algo cálido se encendía en su interior cada vez que era consciente de que él la miraba.

En una de esas ocasiones giró la vista para que sus ojos se encontraran.



Micah giró para entrar en los terrenos de la mansión.

–Después de todos los Westmoreland que conocí hoy, me cuesta imaginar más.

Micah sonrió.

–Los hay, créeme. Los conocerás en unas semanas cuando lleguen para el bautismo del hijo de Gemma y Callum.

–Debe ser agradable –susurró ella.

–¿Qué? –la miró.

–Formar parte de una familia grande donde todos los integrantes están próximos y cuidan el uno del otro. Eso me gusta. Jamás he experimentado algo así.

Micah no dijo nada y quizá fuera lo mejor.

Cuando detuvo el coche, ella le dijo:

–Te gusta salirte con la tuya, ¿verdad, Micah?

Al principio guardó silencio y luego se echó el Stetson hacia atrás.

–¿Es lo que piensas?

–Sí. Pero quizá deberías tomar algo en consideración.

–¿Qué?

–Sea lo que fuere lo que intentas demostrarme, existe la posibilidad de que tu manera no sea la más acertada de hacerlo. Me trajiste aquí para que pudiera conocerte mejor. Es el segundo día y ya estamos en conflicto el uno con el otro, y solo porque te tenté para que hicieras algo que yo sabía que los dos queríamos hacer. Pero si prefieres que no vuelva a suceder; entonces, así será. En otras palabras, te daré justo lo que quieres... que es prácticamente nada.

Sin decir otra cosa, abrió la puerta, bajó de la furgoneta y fue hacia la casa.

Cinco días más tarde, Micah tomaba café en la cocina cuando entró Kalina. Las cosas entre ellos no estaban mal, pero podrían estar mejor. Siempre se mostraban agradables el uno con el otro. Demasiado agradables.

Ella no tenía ni idea de que debajo de tanta amabilidad había un hombre cuyo cuerpo anhelaba hacerle el amor, abrazarla por la noche. Deseó que pudiera dormir con él en vez de hacerlo sola en el cuarto de invitados. Pero su mente sabía que la decisión que había tomado de que no hicieran el amor durante un tiempo era la correcta. Era su cuerpo el que deseaba otras cosas.

Se verían por las mañanas y, por lo general, durante los días cada uno iba por su camino. No era inusual que una de sus primas o cuñadas pasara a recogerla. Esos días la vería bastante tarde. Hasta ahí llegaba la intención de pasar tiempo juntos.

–Buenos días, Micah.

Dejó la taza y apartó el periódico.

–Buenos días, Kalina. ¿Disfrutaste yendo de compras ayer?

Se sentó a la mesa frente a él y sonrió.

–¿Las chicas y tú pensáis volver a ir a alguna parte hoy? –decidió preguntarle.

–No –movió la cabeza–. Hoy pienso quedarme aquí. Pero prometo no cruzarme en tu camino.

–No lo harás –regresó a la mesa y se sentó–. Aparte de aquel día que salimos a montar a caballo, no te he mostrado el resto de mi propiedad.



Ella enarcó una ceja sorprendida.

—¿Quieres decir que hay más?

—Sí, hay una parte que le alquilo a Ramsey para sus ovejas, y otra que le alquilo a mi hermano Jason y a mis primos Zane y Derringer para sus negocios de cría de caballos —bebió un trago de café—. ¿Qué te parece si pasamos el día juntos?

Ella sonrió encantada.

—Me encantaría.

Horas más tarde, cuando regresaron a la mansión, ella se sentó en la primera silla que encontró, una mecedora de piel que había en el salón. Cuando Micah le sugirió que pasaran tiempo juntos, no había esperado que estarían fuera casi todo el día.

Después de cambiarse, habían montado a caballo y le había mostrado el resto de la propiedad. Luego habían regresado para poder volver a cambiarse de ropa e ir a la ciudad en la furgoneta. Había conducido hasta la residencia geriátrica para visitar a un hombre llamado Henry Ryan. Micah le explicó que Henry había sido el médico de la ciudad durante años y había traído al mundo a todos los Westmoreland nacidos en Denver, incluidos sus padres. El anciano, que ya tenía noventa y muchos años, sufría de Alzheimer.

De regreso a casa, él le había explicado que había días en que visitaba al anciano y Henry no lo reconocía. Micah había expuesto que Henry era la mayor influencia de que él entrara en el campo de la medicina.

Ese día había visto otra faceta de Micah. Sabía que era un doctor dedicado, pero lo había visto interactuar con la gente en un plano personal. No solo había visitado a Henry, sino que había ido por las habitaciones de otros ingresados en el geriátrico que había llegado a conocer con los años. Los recordaba y ellos lo mismo a él.

Al ver en particular a los hombres mayores, comprendió que algún día su padre se haría viejo y ella sería su cuidadora. En ese momento disfrutaba de una gran salud, pero el tiempo pasaba. También pudo ver, más que nunca, la persona cariñosa que era Micah.

Se volvió hacia él, sentado en un sofá frente a ella.

—Esta noche prepararé la cena.

—¿Sabes cocinar? —enarcó una ceja.

—Sí —respondió con una risa—. ¿Recuerdas que durante un tiempo viví en la granja que mis abuelos tenían en Alabama? Eran excelentes cocineros y me enseñaron a moverme por una cocina. Lo que pasa es que no suelo tener el tiempo suficiente para hacerlo mientras trabajo —miró el reloj—. Creo que prepararé unos espaguetis y ensalada. ¿Te importa si te pido prestada la furgoneta para ir a aquel Walmart ante el que pasamos para ir a comprar algunos ingredientes frescos?

—No. Aunque será mejor que primero hables con Chloe o con Pam. Probablemente tengan lo que necesitas, ya que les encanta cocinar.

—Estoy segura, pero de todos modos necesito pedir que me hagan una receta. No pensé en ello antes mientras estábamos de paseo. No tardaré mucho.

—Me alegra ver que ya no estás de malhumor, Micah —dijo Derringer Westmoreland con una sonrisa mientras alimentaba a uno de los caballos.



Este le dedicó una mirada desagradable, pero a Derringer no le preocupó. Sabía que su Micah no era un hombre hostil.

–No sé qué te la provocó, pero necesitas calmarte. Ahorra tus ceños para esas enfermedades contagiosas.

Micah cruzó los brazos.

–¿Y desde cuándo te has vuelto un experto en asuntos domésticos, Derringer?

El otro rio entre dientes.

El día en que me casé con Lucía. Te lo aseguro, mi vida no ha sido la misma. Estar casado es estupendo. Deberías probarlo.

Micah bajó las manos a los lados.

–Eso planeo. Lo que he de lograr primero es que Kalina confíe en mí. Debe conocerme mejor.

Derringer se mostró ceñudo, lo que no lo sorprendió.

Mientras Zane no había visto nada peculiar en ese comentario, Derringer sí.

–¿Es que no te conoce ya?

–No del modo en que yo quiero. Cree que la traicioné hace un par de años, y pienso que en cuanto me conozca, verá que no soy capaz de hacer algo así.

Fue el turno de Derringer de cruzar los brazos.

–¿No sería más fácil decirle que tú no lo hiciste?

–Lo he intentado. Es la palabra de su padre contra la mía, y ella eligió creer la de su progenitor.

Pensativo, Derringer se frotó el mentón.

–Siempre puedes encarar al viejo y sacarle la verdad a golpes –entonces miró alrededor–. Y hablando de Kalina, ¿dónde está? Sé que las chicas hoy han decidido no hacer nada porque Chloe y Lucía tenían que llevar a los bebés a sus habituales revisiones pediátricas.

–Va a preparar la cena y tenía que comprar algunas cosas en el supermercado –miró la hora–. Lleva ausente más tiempo del que imaginé.

Derringer se mostró preocupado.

–¿Crees que se ha perdido?

–No debería, ya que solo iba al Walmart que hay a unos pocos minutos de aquí.

Salieron de la cuadra cuando el teléfono móvil de Micah sonó. No reconoció el número.

–¿Sí?

–Señor Westmoreland, soy la enfermera Nelson del Denver Memorial. Ha habido un accidente de coche en el que se ha visto involucrada Kalina Daniels.

El corazón de Micah dejó de latir.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó con tono frenético.

–No estoy segura. El doctor la está examinando ahora mismo.

Distraído, Micah acabó la llamada y miró a Derringer.

–Kalina se ha visto involucrada en un accidente y la han llevado al Denver Memorial.

Con celeridad, su primo ató el caballo al poste más cercano.

–Vamos.



–¿Sabe cuál es la peor pesadilla de un médico de urgencias?

Kalina miró al médico que le inspeccionaba el moretón en el brazo.

–¿Cuál?

–Tener que tratar a otro doctor.

Kalina rio.

–Eh, no me porté tan mal, doctor Parker.

–No –el médico asintió al tiempo que sonreía–. Entiendo que estuvo peor. Según los enfermeros de la ambulancia, no dejó que la inspeccionaran hasta que comprobaron primero a la persona que conducía el otro coche. El que se saltó el semáforo en rojo y provocó el accidente.

–Solo porque sabía que yo me encontraba bien. Fue a ella a quien se le abrió el *airbag* –explicó.

–No me gusta el aspecto de este chichón en su cabeza. Debería mantenerla la noche aquí para someterla a observación.

Kalina movió la cabeza.

–No desperdicie una cama. Estaré bien.

–Puede. Puede que no. No tengo que explicarle cómo son las heridas en la cabeza, ¿verdad, doctora Daniels?

Ella puso los ojos en blanco.

–No, no tiene que hacerlo.

–¿Vive sola?

–No. Estoy visitando a alguien de la zona. Creo que su enfermera ya ha llamado a Micah.

El médico la miró.

–¿Micah? ¿Micah Westmoreland?

–Sí –Kalina sonrió–. ¿Lo conoce?

–Sí, fui al instituto con su padre. Conozco bien a esos Westmoreland. Fue una tragedia cómo perdieron a sus padres y tíos en aquel accidente de avión.

–Sí, lo fue.

–La gente de aquí no puede evitar admirar cómo se mantuvieron unidos ante semejante pérdida, y ahora todos han logrado salir adelante, incluido Bane. Dios sabe que estábamos a punto de rendirnos con él, pero tengo entendido que ahora está...

De pronto la cortina de intimidación se hizo a un lado y Micah apareció allí con una expresión aterrada en la cara.

–¡Kalina!

Y antes de que ella pudiera volver a respirar, él había cruzado el espacio que los separaba y la abrazaba.



## CAPÍTULO 10

De vuelta en la casa, Kalina, sentada cómodamente en el sofá, puso los ojos en blanco.

—Como vuelvas a preguntarme si estoy bien, gritaré. Lee mis labios, Micah. Estoy bien.

Micah respiró hondo. Al recibir esa llamada de la enfermera, había perdido toda su ecuanimidad. Menos mal que lo acompañaba Derringer. Probablemente, le habría sido imposible conducir hasta el hospital sin sufrir su propio accidente. Tan perturbado se encontraba.

—No te duermas, Kalina. Si lo haces, no me va a quedar más opción que despertarte —le advirtió.

Ella movió la cabeza.

—Micah, ¿has olvidado que yo también soy doctora? Estoy familiarizada con los procedimientos de una lesión en la cabeza. Pero, como ya le dije al doctor Parker en el hospital, estoy bien.

—Y pretendo asegurarme de que sigas así —cruzó hasta ella, se inclinó y le dio un beso en los labios. Se sentó a su lado—. Al recibir esa llamada, sentí la clase de dolor y temor emocionales que había esperado no volver a experimentar jamás.

Ella lo miró unos momentos y luego le tomó la mano.

—Lo siento. No pretendía hacerte eso.

Él suspiró profundamente.

—No fue tu culpa. Los accidentes suceden. Pero si antes no lo sabía, ahora sí.

—¿Saber qué? —enarcó una ceja.

—Lo mucho que me importas —con gentileza la sentó sobre su regazo—. Sé que has estado pensando que me he mostrado taciturno estos últimos días, pero anhelaba que creyeras que no soy la persona que crees que soy.

Lo rodeó con los brazos.

—Lo sé. Y también sé que es la razón por la que no querías hacerme el amor —giró en sus brazos para mirarlo—. Pero de esa manera lo único que hacías era desperdiciar el tiempo de ambos. Incluso antes de irme de la India comprendí que no me habías mentido sobre nuestro asunto en Sídney.

Sorprendido, él se echó para atrás.

—¿Sí?

—Sí. Antes de venir contigo a Denver había aceptado lo que dijiste como la verdad —sonrió—. Supuse que debías estar contando la verdad, de lo contrario, corrías un gran riesgo al traerme aquí para presentarme a tu familia. Y supe sin lugar a dudas que decías la verdad en cuando llegamos a tu casa y quisiste poner freno a nuestros actos sexuales. Estabas dispuesto a pasar sin algo que sabía que realmente deseabas solo para demostrarme cómo eras.

Él le tomó la mano.

—Sentía que debía hacerlo. Te amo, Kalina.

—Y yo a ti. También lo comprendí antes de venir a Denver. Aquella noche que me llevaste a bailar y sentí algo en el modo en que me abrazabas, en el modo en que me hablabas. Aquella noche supe la verdad de lo que habías intentado decirme. Y también conocí la verdad sobre mis sentimientos por ti.



Calló un momento antes de proseguir:

–Aunque no hay excusa para los actos de mi padre, creo que sé por qué hizo lo que hizo. Siempre ha sido controlador, pero nunca pensé que llegaría tan lejos. Me equivoqué. Y me equivoqué por no creer en ti.

–No, como ya he dicho, no me conocías. Tuvimos una relación que era puramente sexual. El único compromiso que establecimos fue compartir una cama. No necesité mucho para darme cuenta de que quería mucho más de ti. Luego, me dominó la indignación porque no me creyeras, que realmente pensaras que no me importaba, que pudieras pensar que me aliaría con tu padre en algo así. Desperdicié dos años sintiéndome airado, pero la noche que volví a verte, supe que sin importar lo que pasara, te haría mía.

–Entonces, no hay problema –le tomó el mentón con dos dedos– soy tuya.

Él solo era capaz de pensar en que casi la había perdido y en cómo ese temor le había dificultado la respiración. Y en ese momento ahí la tenía, de vuelta en su casa, donde debía estar. En ese instante supo que siempre la protegería. No controlarla como su padre, sino protegerla.

–Hazme el amor, Micah. Te necesito dentro de mí –le susurró sobre los labios.

No supo muy bien cómo pudo llegar al dormitorio de arriba. Solo supo que la depositó en el centro de la cama, que la desnudó primero a ella y luego la siguió él en un abrir y cerrar de ojos. Se quedó en el pie de la cama, contemplándola.

Era la primera vez que la tenía en su cama, pero infinidad de veces había fantaseado con que estuviera allí. Había sido duro desearla y jurar no tocarla.

–Te amo –dijo con voz ronca y baja, a rebotar de emoción–. Ya lo sabía, pero desconocía cuánto hasta que recibí esa llamada, Kalina. Eres mi corazón. Mi alma. La misma razón de mi existencia – fue despacio hacia la cama–. Jamás supe cuánto atesoraba esta parte de nuestra relación hasta que la perdí. Ya no puedo volver atrás y verla solo como «simple sexo». No cuando recuerdo tu sonrisa leve que me hace saber lo satisfecha que te sientes. No, nunca hemos tenido sexo. Siempre hemos hecho el amor.

Kalina aspiró la fragancia de Micah y, sin desear prolongar la espera, se incorporó en la cama y fue a su encuentro. Cuando él colocó la rodilla en la cama, cayeron juntos sobre las colchas. En ese momento, todo cesó de existir salvo ellos.

Como si necesitara asegurarse de que el momento era real, alargó las manos y le tocó la cara. Pero no se detuvo ahí, sino que bajó las yemas de los dedos por su pecho y sintió los músculos duros de su estómago. Las manos descendieron aún más, hasta la parte dura de él, que asió con deleite.

Incapaz de seguir esperando, se inclinó y le dio un beso suave sobre los labios. Luego bajó más, capturó un pezón entre los labios y lo succionó.

Ella se arqueó contra él, haciendo que aumentara la succión y se deleitara con el sabor de Kalina.

–Micah.

El tono de su voz lo alertó de que necesitaba dentro de ella esa parte de él que no dejaba de palpar. Le soltó el pezón y la tumbó sobre la cama. Antes de situarse entre las piernas de ella, tenía que probarla. Movié el cuerpo para enterrar la cabeza entre sus piernas.



Kalina gritó cuando la lengua de Micah le lamió el interior. La punta estaba caliente y llena de determinación. Y el modo en que remolineó en su interior hizo que sus sentidos remolinearan al unísono. Estaba convencida de que ningún otro hombre podía hacer cosas con su lengua como hacía él. La dejaba sin sentido y lo único que podía hacer ella era yacer allí y gemir.

Y entonces sintió la temprana señal de que estaba a punto de tener lugar un seísmo. El modo en que sus pies comenzaron a hormiguearle mientras todo su cuerpo experimentaba una miríada de sensaciones.

Respiró hondo y vio que él había percibido lo que estaba a punto de suceder y se había colocado encima de ella. La erección se deslizó entre su humedad y la llenó al ir más allá.

Micah la miró. Estaba a punto de darle la cabalgata de su vida y Kalina la necesitaba. La anhelaba.

Él comenzó a entrar y salir de ella sin dejar de mirarla a los ojos. No había nada parecido al hecho de que el hombre que tenía su corazón, su alma, le hiciera el amor.

Siguió embistiéndola, machacándola como si quisiera compensar todo el tiempo que habían perdido, todos los malentendidos y los desacuerdos. Ella no pensaba engañarse creyendo que esas cosas no iban a repetirse, pero en ese momento el amor amortiguaba los golpes.

En ese instante, curvó el cuerpo adrede para darle en un ángulo que hizo que su punto G llorara. Eso activó el grito de Kalina, lo que hizo que estallara en el momento en que lo hacía él. Se aferraron el uno al otro, con los cuerpos unidos. Y momentos más tarde, cuando los últimos restos de la explosión se alejaron aleteando de ella, cayó sobre Micah, gimiendo su nombre.

Las siguientes dos semanas pasaron con fluidez, aunque fueron ajetreadas para la familia Westmoreland. Gemma y Callum volvían para bautizar a su primogénito y Ramsey y Chloe habían aceptado ser los padrinos.

La mayoría de los invitados llegaría el jueves y había hecho reservas en los hoteles más próximos, pero otros se quedaban con miembros de la familia. Jason y su esposa, Bella, habían convertido lo que había sido el hogar heredado por el abuelo de ella en una posada privada solo para la familia cuando iba de visita.

Pam había solicitado la ayuda de Kalina en la planificación de actividades para todo el mundo, y esta apreció el hecho de ser incluida. Tenía los días ocupados, pero las noches continuaban perteneciéndole en exclusiva a Micah. Consideraba que no había nada como despertar siempre en los brazos de él. Como esa mañana.

Pero cuando intentó levantarse para iniciar la jornada de trabajo, él le asió el pie para recuperarla. Luego se dedicó a lamerle la pantorrilla. Cuando se puso a gemir, le dijo:

—¿Ves?, sabes que te gusta.

—Sí, pero no tenemos tiempo. Todo el mundo empieza a llegar hoy.

—Déjalos. Pueden esperar.

Al soltarla con la intención de ceñirla por la cintura, aprovechó la oportunidad para escabullirse de la cama. Pero no con la suficiente rapidez. La aferró por el brazo y la hizo retroceder.

—¿Pensabas que ibas a poder escapar, doctora Daniels?

Ella soltó una carcajada y se arrojó a sus brazos.

—La verdad es que aún no estoy preparada para salir de la cama —convino antes de plantarle un beso en los labios.



Cuando él le soltó los labios y el hormigueo comenzó a desaparecer, sintió un tirón en su mano izquierda y bajó la vista. Contuvo el aliento ante el hermoso anillo de diamante que Micah acababa de deslizarle en el dedo. Se llevó la mano al pecho.

–¡Oh, Dios mío!

Micah rio entre dientes al acercar la mano con la alianza a sus labios y besarla.

–¿Te casarás conmigo, Kalina Marie Daniels? ¿Vivirás aquí conmigo? ¿Tendrás mis hijos? ¿Me harás el hombre más feliz de la tierra?

Las lágrimas cayeron por su rostro y trató de secarlas, pero no cesaron de caer.

–¡Oh, Micah, sí! ¡Sí! Me casaré contigo, viviré aquí y tendré tus hijos.

Él rio y la envolvió en sus brazos, sellando la promesa con otro beso.

Fue mucho después cuando abandonaron la mansión para ir a la casa de Dillon. Este había llamado para informar de que los Westmoreland de Atlanta ya habían empezado a llegar. Cuando se estaba con ellos, no se tardaba mucho en descubrir que la familia lo era todo. Disfrutaban de los momentos en que estaban juntos.

Micah le había explicado que los Westmoreland estaban compensando los años que no habían compartido al desconocer la existencia de los otros.

Kalina entró en la casa de Dillon y Pam con Micah a su lado y un anillo en el dedo. Varios miembros de la familia notaron el diamante, la felicitaron y le preguntaron cuándo sería el gran día.

En cuanto entraron en el salón, Kalina se detuvo en seco. Había varias personas charlando animadamente.

–¿Qué sucede, cariño? –le preguntó Micah.

En vez de responderle, miró hacia el otro extremo y él siguió la dirección de su mirada, y de inmediato supo qué le molestaba.

–Esa mujer está aquí –fue lo único que manifestó ella.

Micah no pudo contener una sonrisa.

–Sí y creo que es hora de que la conozcas.

–Preferiría no tener que hacerlo.

–Entonces, mi primo, el senador Reggie Westmoreland, se preguntará por qué te muestras grosera adrede con su esposa.

–¿Su esposa? –alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Sí, su esposa –explicó risueño–. Olivia Jeffries Westmoreland...

–Pero tú me hiciste pensar...

–No me eches la culpa a mí, cariño –le dio un beso rápido en los labios–. Tú diste por hecho que Olivia y yo manteníamos una relación. Yo jamás mencioné algo parecido. Y si no recuerdo mal, te dije que no había nada entre nosotros. Olivia y Reggie me habían invitado a comer durante mi estancia en Washington, pero fue Olivia quien fue a recogerme aquel día. Yo no pude evitar que te sintieras celosa.

Se miraron unos momentos hasta que una sonrisa lenta atravesó el rostro de ella y se encogió de hombros.



–De acuerdo, puede que lo estuviera. Pero solo un poco.

–Mmm, solo un poco –comentó con tono dubitativo.

Rio y le apretó la mano.

–Ven a conocer a Reggie, Olivia y sus gemelos, al igual que al resto de mis primos. Y creo que deberíamos anunciar nuestra buena nueva.

Era tarde cuando Micah y ella al fin regresaron a casa. Después de un día completo en compañía de los Westmoreland, debería haberse sentido exhausta, lista para caer de bruces sobre la cama, pero se sentía llena de energía.

Después de darse una ducha juntos y de acomodarse para ver una película en la cama, sonó el teléfono.

–¿Estás viendo la televisión, Micah? Creo que deberías poner la CNN. Está sucediendo algo en Oregón. Parece que la gente cae muerta en la calle sin motivo aparente.

Micah se levantó de la cama en un abrir y cerrar de ojos. Miró a Kalina, quien tenía el mando a distancia en la mano.

*Nadie está seguro de lo que pasa, pero hasta ahora han muerto más de diez personas. El Centro para el Control de Enfermedades ha...*

En ese momento, el teléfono que tenía con acceso directo a Washington sonó. Contestó con celeridad.

–¿Sí?

Miró a Kalina y asintió.

–De acuerdo, vamos para allá –cortó–. Han llamado a todo el equipo. Nos necesitan en Oregón.



## CAPÍTULO 11

Micah miró alrededor de la sala enorme donde estaba su equipo. Kalina, Theo y Beau. Todos habían leído el informe y sabían a qué se enfrentaban. El Centro para Control de Enfermedades había convocado a un equipo internacional y ellos tres formaban parte de él. Todas las pruebas reunidas apuntaban a un posible ataque terrorista. Si no tomaban el control de lo que estaba sucediendo y le ponían fin, el efecto podría hacer que el 11 S pareciera pequeño en comparación.

Por el tejido extraído a algunas de las víctimas, no tardaron en coincidir en que trataban con el mismo tipo de virus que Kalina, Theo y él habían investigado hacía unas semanas en la India. ¿Cómo había llegado a los Estados Unidos? Y lo que era más importante, ¿quién era el responsable de su propagación?

Sintió el teléfono vibrar en el bolsillo y no tuvo que sacarlo para saber quién llamaba. Era la misma persona que había estado sometiendo el aparato a un tercer grado durante los últimos dos días. El general Daniels. Exigía que a Kalina se la enviara a casa, lejos de cualquier posibilidad de contagio. Igual que dos años atrás, una parte de él entendía la preocupación del hombre por la seguridad de su hija. Pero a pesar de lo mucho que amaba a Kalina y anhelaba mantenerla a salvo, también respetaba la profesión elegida por ella y las elecciones realizadas en la vida. Y era ahí donde diferían el viejo militar y él.

No obstante...

—Eso es todo por ahora. Os daré las últimas noticias en cuanto las reciba de Washington. Manteneos a salvo —miró a Kalina—. Doctora Daniels, ¿podrías quedarte unos momentos, por favor? Me gustaría hablar contigo.

Se situó detrás del escritorio a medida que los demás salían y Beau, siendo el último, cerraba la puerta a su espalda.

—¿Sí, Micah? ¿De qué se trata?

Sacó del bolsillo el teléfono que aún vibraba y lo depositó en el centro del escritorio.

—Tu padre —luego extrajo de un cajón un sobre cerrado de aspecto oficial y se lo entregó—. También de tu padre.

Ella lo abrió y comenzó a leer los documentos. Momentos más tarde, lo miró a los ojos.

—¿Órdenes para que me reasignen a otro proyecto?

—Sí.

Lo miró largo rato antes de volver a guardar los documentos en el sobre. Micah notó la curvatura de derrota en sus hombros.

—Bueno, ¿cuándo me marchó?

Él se reclinó en el sillón.

—Yo, por encima de cualquiera, no deseo que te pase nada, Kalina —dijo en voz baja—. Te amo más que a la vida y sé lo peligroso que es para ti que estés aquí. Los muertos han ascendido a quince. Ya hay un grupo terrorista local que reclama la victoria y jura que más personas perderán la vida antes de que todo esto acabe.

No quiero que figures entre ese número.

Respiró hondo.



»Tú eres la otra mitad que me completa. El sol que veo cada mañana y la roca que mantengo cerca de mí cuando me acuesto. No quiero perderte. Si te pasara algo, yo también moriría.

Vio que ella contenía las lágrimas, como si ya conociera el veredicto. Empezaba a acostumbrarse. Alzó el mentón con gesto de desafío.

–Entonces, ¿me mandarás lejos de aquí?

–No, yo te mantendré a salvo. Tu padre ya no lleva la voz cantante en tu vida personal o profesional. Rechazo sus órdenes basándome en que eres necesaria aquí. Trabajaste en este virus hace apenas unas semanas. Lo conoces. Eso solo debería bastar para pasar por encima de su petición ante el Centro de Control de Enfermedades.

Ella soltó un suspiro.

–Gracias.

–No me las des. Los próximos días van a ser duros. Quienquiera que provocara esto, se encuentra ahí afuera esperando que el ataque tenga éxito. Ha habido pocos supervivientes, y a esos ha habido que ponerlos en cuarentena y están en situación crítica.

–Ojalá el CCE no hubiera puesto la muestra de sangre que les envié en un anaquel más –se quejó ella–. Fue lo único que pude sacar de la persona que sobrevivió...

Micah se irguió.

–Quizá sea eso. Necesitamos que alguien analice de inmediato el contenido de esas ampollas. Me importa un bledo la poca prioridad que les han concedido. Esto es urgente –alzó el teléfono que le daba línea directa con Washington y el Departamento de Salud y Servicios Humanos.

Cuatro personas más murieron en los siguientes dos días, pero Micah encendió los asientos del CCE para que estudiara el contenido de las ampollas que Kalina les había enviado semanas atrás. Había reunido a su equipo en el laboratorio para ponerlo al corriente de lo que sucedía.

–¿Y crees que podríamos crear un suero capaz de detener el virus? –preguntó Beau.

–Eso esperamos –se frotó la cara– Puede que se trate de una conjetura, pero es lo único que tenemos.

En ese momento sonó el teléfono con línea directa con el CCE y contestó de inmediato.

–Doctor Westmoreland.

Asintió un par de veces y luego sus facciones reflejaron una expresión de alivio.

–¡Estupendo! Envíenlo aquí y nosotros lo dispensaremos –miró a su equipo–. En base a lo analizado en esas ampollas, creen que han creado un antídoto. Vendrán en un avión militar. Vamos a trabajar con los equipos locales y asegurarnos de que cada hombre, mujer y niño sea vacunado de inmediato –se puso de pie–. ¡En marcha!

Cinco días más tarde, un avión militar con Micah y su equipo a bordo aterrizó en la Base Aérea de Andrews. El antídoto había funcionado y se habían salvado millones de vidas. Seguridad Nacional había arrestado a todos los involucrados.

Nada más bajar del avión un vehículo oficial del gobierno se detuvo ante ellos. A Micah no lo sorprendió ver que quien bajaba del coche era el padre de Kalina. El general Daniels los miró ceñudo. Todo el personal militar presente saludó y se puso firme mientras él avanzaba hacia el equipo.

El general Daniels se detuvo ante ellos.



–Doctor Westmoreland, necesito felicitarlos a usted y a su equipo por un trabajo bien hecho.

–Gracias, señor –decidió ofrecerle el respeto que se había ganado. Teniendo en cuenta la mentira que había urdido y contado, que lo mereciera era otra cuestión.

La mirada del hombre se desvió hacia Kalina y Micah supo de dónde había heredado ésta su obstinación.

Alzó el mentón y miró a su padre con ojos centelleantes.

–Kalina Marie.

–General.

–Se te ve bien.

–Gracias.

El general habló con los otros y luego, oficialmente, les dio permiso para marcharse. Cuando los tres se quedaron a solas, le dijo a su hija:

–He venido para llevaros al doctor Westmoreland y a ti a vuestro hotel.

El ceño de Kalina se profundizó.

–Antes iré andando. Señor.

Micah vio el dolor que le había causado al militar las palabras de Kalina y decidió extenderle al general algo que el otro jamás le había dado: empatía.

–No, no irás andando al hotel porque eso significaría que yo tendría que ir caminando contigo – le comentó con tono jocosos. Somos un equipo, ¿lo recuerdas? Y como dé un paso más, me voy a desplomar. Además, hay un par de cosas que necesitamos hablar con él, ¿no crees? Como nuestros planes de boda.

El general parpadeó.

–¿Volvéis a estar juntos? ¿Y os vais a casar?

Kalina se volvió hacia su padre.

–Sí, y no gracias a ti.

El hombre tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

Y Micah creyó en su arrepentimiento.

–Y hay algo más que creo que deberías contarle a tu padre, Kalina.

–¿Qué?

Él sonrió.

–Que va a ser abuelo.

Tanto Kalina como su padre se quedaron atónitos, aunque por motivos diferentes.

–¿Lo sabías? –preguntó ella.

–Sí –asintió con sonrisa más amplia–. Olvidas que también soy médico.

–¿Y aun así dejaste que me quedara en el equipo?

Con suavidad, él alargó la mano y le acarició la mejilla.

–Estabas bajo mi amor y mi protección, pero no bajo mi control –luego miró al padre de ella cuando añadió–: Hay una diferencia, general, y algún día encantado me sentaré con usted y se la explicaré –el hombre mayor asintió y entre ellos pasó una comprensión y aceptación profundas–.



Pero ahora mismo, me gustaría que me llevaran al hotel más cercano. Pienso dormir los próximos cinco días –y se dirigió hacia el coche del gobierno.

–Conmigo a tu lado –añadió Kalina al caminar a su lado.

Dos meses más tarde, en un caluroso día de junio, Micah y Kalina se casaban en el jardín de su mansión con todos los Westmoreland presentes.

Con la ayuda de Pam, Lucia, Bella, Megan, Bailey y Chloe, Kalina había encontrado el vestido de novia perfecto. También había formado relación con las mujeres que en ese momento consideraba hermanas. La luna de miel en París fue un bonito regalo de bodas... obsequio de su padre.

Un rato después, durante la recepción, miró a su marido. Era un hombre tan atractivo, más elegante que nunca enfundado en el esmoquin.

En un momento en que estaba a solas, Micah se acercó y le tocó la mano. Ella alzó la vista y sonrió. No se había dado cuenta de que había vuelto junto a su lado.

–Toma, te he traído esto –depositó una copa con agua fría en su mano. Kalina bebió un trago del agua con gas–. ¿Estás lista para nuestra luna de miel, cariño?

Ella le sonrió.

–Sí, estoy lista.

Se miraron.

Y lo estaba. Estaba más que preparada para compartir su vida con el hombre al que amaba.

**FIN**